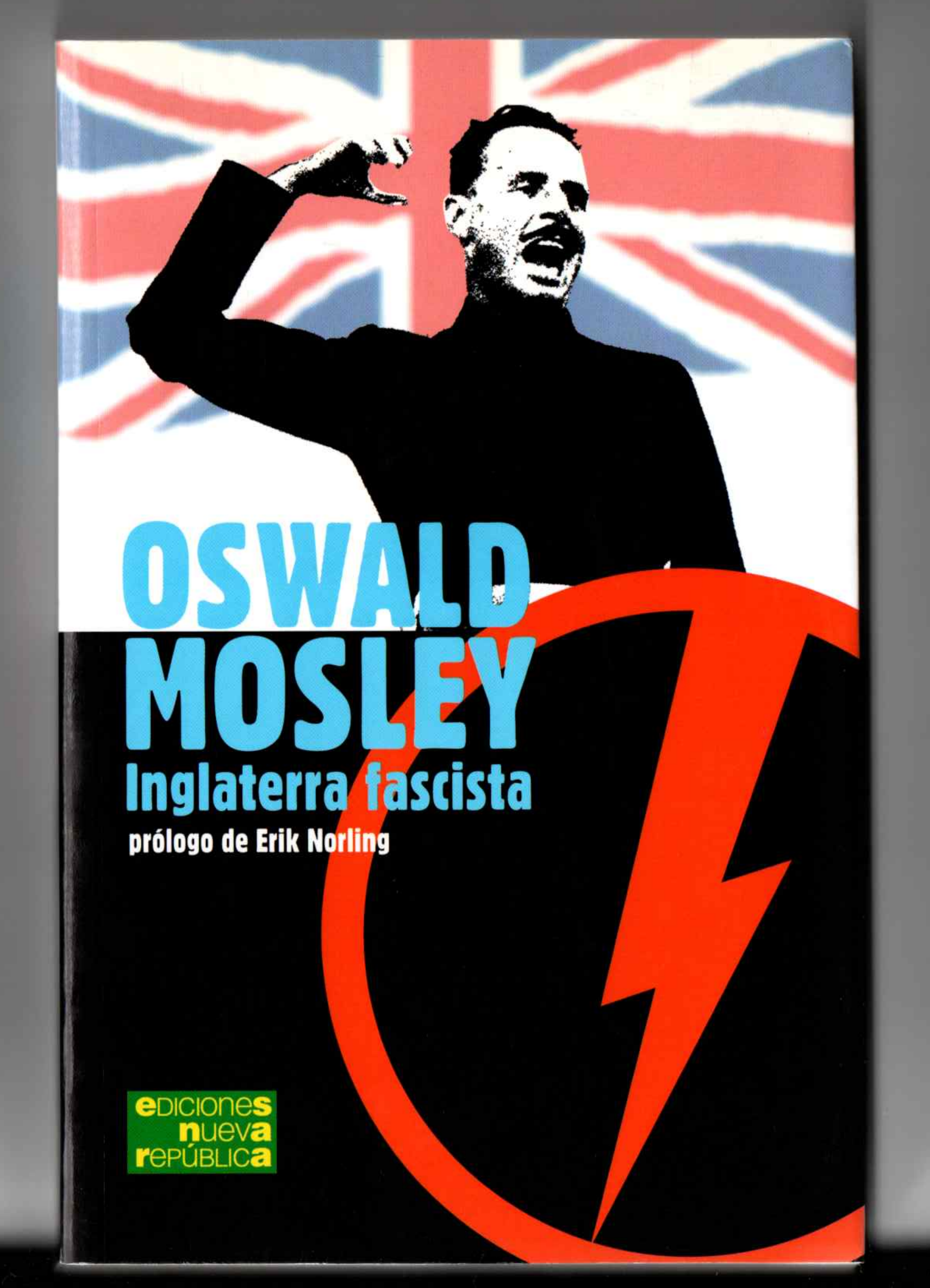

OSWALD
MOSLEY
Inglaterra fascista
prólogo de Erik Norling
ediciones
nueva
república

Otros títulos
en Ediciones Nueva República

"Fascismo Rojo"
Colectivo Karl-Otto Paetel

"Fascismo Revolucionario"
Erik Norling

"Sobre la Konservative Revolution"
Clemente Simoes
Denis Goedel
Thierry Mudry
Alain de Benoist
Robert de Herte
Werner Olles
Louis Dupeux
Alexander Duguin

"Tres ensayos contra la modernidad"
Carlos Caballero Jurado

"Conquista del poder y Metapolítica"
José Luis Ontiveros

"Ensayos sobre Disenso"
Alberto Buela

"Testamento Político"
Benito Mussolini

"El sello de la Muerte"
Ramiro Ledesma Ramos

"Caracas. Buenos Aires. Jerusalén.
Tres ensayos geopolíticos"
Norberto Ceresole

"Hitler. La marcha hacia
el Reich (1918-1933)"
Léon Degrelle

"Las JONS revolucionarias"
Erik Norling

"Nuestras Ideas"
Ramón Bau

"Los Wandervögel"
Nicola Cospito

Novedades:

El Estado Comunitario
Jaime María de Mahieu

Corrientes políticas e ideológicas del nacionalismo alemán. 1918-1932
Adriano Romualdi

www.edicionesnuevarepublica.com



Oswald Mosley

INGLATERRA FASCISTA

EDICIONES NUEVA REPÚBLICA, S.L.
Dirección postal: Apartado de Correos 44, E-08750 Molins de Rei [Barcelona]
Teléfono: 639 824 354
Fax: 977 803 190
Página en la red: www.edicionesnuevarepublica.com
Correo electrónico: pedidos@edicionesnuevarepublica.com

Depósito legal: B-37.225-2002
I.S.B.N.: 84-932649-2-X

Impreso en MONFUS, S.L., Conde de Urgel, 141, E-08036 Barcelona

El poder, la autoridad y la unidad de la Roma Imperial, han tenido por emblema representativo las "fasces". De esa Roma del pasado deriva la tradición de progreso y civilización ya dos veces milenaria, de la que el Imperio Británico es actualmente el principal custodio. El haz de varas simboliza la fortaleza de la unión. Separadas, es fácil quebrarlas; unidas, resulta imposible romperlas. La segur simboliza la autoridad suprema del Estado organizado, al que todos los sectores -partidarios y enemigos- deben fidelidad y adhesión.

INDICE

PRÓLOGO

Héroe de guerra, hijo de una familia aristocrática, diputado electo por el Partido Conservador, todo parecía presagiar que Oswald Mosley tendría una carrera fulgurante en la política británica. Le vaticinaban los mejores augurios y una posición acomodada en el sistema. Sin embargo, inesperadamente lo abandona todo. Rechaza a sus mecenas y se pasa a las filas de la izquierda donde cree encontrarse más a gusto, junto a sus camaradas de trincheras que sufrían las consecuencias de la crisis económica. Pero no transcurrirá mucho tiempo antes de comprender que igualmente aquí no puede desarrollar sus ambiciosos planes para renovar la política británica.

En 1931, tras abandonar el Partido Laborista y fracasar en su intento de crear un partido "políticamente correcto", se arroja al vacío, a la aventura del fascismo junto a un puñado de seguidores, muchos de ellos procedentes de la izquierda. Escribe en 1932 su libro, verdadero programa del futuro partido fascista británico, titulado "The Greater Britain" (Una Gran Bretaña más grande), que se convierte en una especie de "Biblia" para los seguidores de Mosley siendo reeditado en numerosas ocasiones y vendido por centenares de miles de ejemplares. En 1933 es traducido al español en Argentina y publicado por la editorial bonaerense Ediciones Argentinas Condor, cuya edición es la que presentamos nuevamente, únicamente con algunas correcciones de estilo. Obra desconocida que creemos que es de una importancia decisiva

para aquellos que deseen comprender y asimilar el mensaje revolucionario del fascismo.

Mosley, siempre preocupado por hallar una política económico-social que llevase la paz social y convivencia a sus compatriotas, analiza y desarrolla unas propuestas que servirán de pilares básicos para la acción política del movimiento que tenía en mente fundar y que, sin temor alguno, ya define como fascista pese a quien pese. No olvidemos que cuando escribe éste libro aún no existe el partido fascista británico. Desarrollado en varios capítulos desgrana los ejes centrales que decidirá su política: Estado, economía, lealtad a la corona, política industrial y financiera, relaciones exteriores. Importante señalar que no incluye referencias a la cuestión judía, tema que sin embargo sí se convertirá en un pilar de la propaganda del movimiento en un progresivo acercamiento al nacional-socialismo hacia 1934-35.

Ahora bien, para poder comprender en su integridad la trayectoria y envergadura de este personaje conviene detenernos e interrogarnos ¿quién era Oswald Mosley? ¿Quienes fueron sus seguidores? ¿Cuáles eran los ideales que abrazaron? Considerándolo imprescindible, hemos incluido un estudio sobre la figura de Mosley y un breve análisis del fascismo británico, su evolución e importancia real de un movimiento que alteró y conmovió la casi bucólica política británica de la primera mitad del siglo XX. Con Mosley les dejamos, y como él mismo concluye este libro, les "pedimos a quienes se nos unen, que nos acompañen en una aventura grandiosa y arriesgada. Les pedimos que estén preparados para sacrificarlo todo." Así sea.

Erik Norling
Europa, Anno 2002

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA:

¡EUROPA, UNA NACION!

Oswald Mosley y el fascismo británico

Por Erik Norling

Fascismo y europeísmo

Desde hace décadas, los historiadores debaten sobre la esencia y naturaleza del fascismo, doctrina de acción y fuerza que conquistó voluntades de centenares de millones de europeos durante la primera mitad del pasado siglo XX. Fenómeno complejo donde los haya, difícil de clasificar y definir, aún hoy despierta las más variadas teorías sobre sus orígenes, antecedentes, evolución y contenidos político-sociales. No cabe la menor duda que la trasnochada interpretación del fascismo como mero apéndice de la extrema derecha, o reacción de la clase burguesa ante el temor del socialismo, ha quedado absolutamente invalidada. Ciertamente durante años, la creencia que el fascismo era el brazo armado de las clases dominantes dominó en los estamentos académicos e intelectuales gracias a la ingente labor de la propaganda ejercida desde los países del llamado "paraíso soviético". Así, hasta la caída estrepitosa del comunismo en 1989, muchos creyeron a píes juntillas en esta falacia que sigue reproduciéndose en ocasiones en medios poco meticulosos en cuanto a sus fuentes. Fue a mediados de los años ochenta cuando nuevos historiadores, muchos de ellos antifascistas confesos, comenzaron a re-escribir y analizar, ubicándolo en su verdadero contexto, al fascismo.

Era el fascismo, ante todo, un movimiento moderno, que conjugaba las dos ideas fuerza del momento: nacionalismo y socialismo, ambas necesitadas de una imperiosa renovación. Los dirigentes fascistas, aquellos que encabezaron los respectivos movimientos en cada país, tenían un pasado, en su mayoría, que les unía a los movimientos sindicalistas y socialistas de principios de siglo, cuyo nacionalismo les hizo considerar otras formas de alcanzar el socialismo. Que fue una revolución de las ideas políticas es algo aceptado por todos los que se han detenido en estudiarlo. Asimismo que supuso una ruptura drástica de las creencias preestablecidas hasta entonces, obligando a las ideologías dominantes (liberalismo y socialismo, e incluso el autoritarismo conservador) a intentar adaptar sus cosmovisiones a la nueva situación a la que se enfrentaban, que les amenazaba con barrerles de la política si no eran capaces de detener al enemigo fascista, mucho más joven y atractivo.

En cada país el fascismo se manifestó con características distintivas, propias de la fisionomía peculiar de cada pueblo, por lo que cabe hablar de fascismos en plural. Aunque bebiesen de fuentes comunes, el fascismo alemán era radicalmente distinto del italiano, mientras que el rumano poco se parecía al neerlandés. Al ser movimientos nacionalistas en su esencia, cada país desarrolló un fascismo adaptado a sí mismo. Entonces, ¿qué unía a los fascismos y les era común? La respuesta es bien simple: el socialismo. Sin este componente, obviado por muchos historiadores, el fascismo no hubiera sido sino un autoritarismo renovado. La respuesta social del fascismo, superadora de los caducos nacionalismos decimonónicos y de las teorías marxistas, cautivó por completo a una generación de jóvenes europeos.

Derrotados en 1945 militarmente, que no moralmente, los fascismos jamás desaparecieron del todo pese a la atroz represión de la posguerra que aún hoy continua. Aprendieron de sus errores, se adaptaron a las nuevas circunstancias político-sociales manteniendo obstinadamente la validez de la mayoría de sus planteamientos de preguerra. Uno de estos ideales prendió especialmente en las nuevas hornadas de militantes neofascistas que pretendía mantener encendida la antorcha de una Tercera Vía, por encima de derechas e izquierdas: la posibilidad de unidad europea, **Europa Nación**.

La idea de Europa no fue una respuesta de éstos grupos a los intentos de posguerra de crear la Comunidad Económica Europea, antecedente de la Unión Europea, sino que formaba parte del bagaje de los fascismos desde los años 30. A lo largo de los seis años del conflicto mundial el fascismo europeo, presionado por los enemigos exteriores e internos, esbozó un amplio proyecto de unificación continental. El socialismo se hizo europeo, el nacionalismo evolucionó rompiendo las barreras nacionales para convertirse en un nacionalismo europeo, capaz de competir con la consigna internacionalista de comunistas y liberales. De esta forma, cuando los movimientos neofascistas se lanzaron a la arena política tras la contienda el europeísmo se convirtió en uno de los temas centrales de sus programas, especialmente en Italia donde el M.S.I. cosechó éxitos electorales con la bandera del Europa. De todos los líderes fascistas que comprendieron que el fascismo era ante todo europeísmo no podemos sino destacar al desconocido para el gran público, el británico Oswald Mosley.

Fascismo a la inglesa

Resulta irónico que sea precisamente en Reino Unido, paradigma del aislamiento anti-europeo, donde surgiera una figura como la de este líder fascista. Ignorado, cuando no menospreciado, por los historiadores, el fascismo que se desarrolló en las Islas Británicas muestra una serie de características especiales que lo hacen singular si bien conforme se analiza se comienza inmediatamente a atisbar los elementos comunes a todo fascismo. Los prejuicios e ideas preconcebidas que se tenían del fascismo de Mosley han configurado de él la imagen de un fascismo de clase alta, imperialista y xenófobo, propio de hijos de familias de bien londinenses con una escasa capacidad de atracción social. Nada más lejos de la realidad pues un análisis de su militancia y programa político revela, como ha señalado Stanley Payne, que se trató de uno de los fascismos más elaborados y socialmente avanzados, más cercano al fascismo de izquierdas al estilo Doriot, Deat y Mussolini que al alemán.

Al igual que en el resto del continente, el fascismo en Gran Bretaña nace dividido y con orígenes diversos, es ante todo un fenómeno inglés pues en el resto de las nacionalidades de las islas apenas logró apoyo popular. En la década de los veinte las primeras agrupaciones que se autotitulaban fascistas hicieron su aparición, de manera casi pintoresca, en la política británica. Algunos abrazaron el nacional-socialismo, otros el antisemitismo como ejes de su propaganda. Pero no sería hasta la aparición en escena de Oswald Mosley y su Unión Británica de Fascistas (B.U.F.- *British Union of Fascists*) cuando propiamente dicho podamos hablar de la existencia de un verdadero movimiento de masas de corte fascista en las islas.

Entre 1932 y 1940, el B.U.F. se transformó en el referente de los fascistas británicos, con decenas de millares de militantes, éxitos electorales, grandes mítines y una propaganda que rompía la tradicional dualidad entre laboristas y conservadores. El fascismo a la inglesa no era una mera quimera o sueño de unos iluminados, era una realidad que amenazaba la hasta entonces tranquila política británica por lo atractivo de sus planteamientos que le convertía en un partido transversal socialmente. Los desfiles de camisas negras, la bandera con el lítore ondeando sobre la principal avenida de Londres, la oratoria de su líder encandiló a muchos británicos, entre ellos destacados intelectuales. Propugnará una política de acercamiento europeo, de pacificación social y económica, logrando crear un movimiento transversal que aunó tanto a clases obreras como medias en un proyecto que, por primera vez en la política británica buscaba estrechar lazos con el continente. El estallido de la contienda mundial barrerá al movimiento, detendrá su imparable ascenso, ilegalizado y perseguidos sus dirigentes. La mayoría de éstos detenidos y aislados por razones de seguridad mientras que millares de sus militantes caían participando en una guerra contra la que se manifestaron desde un comienzo.

Concluida la contienda Mosley decidió reanudar su lucha política. Era uno de los escasos dirigentes fascistas de preguerra que seguían en activo en Europa. Adaptó sus consignas a los nuevos tiempos, abandonó lastre del pasado (parafernalia, uniformes, antisemitismo) y se lanzó nuevamente a la arena política con una idea central, hacer llegar al pueblo británico el ideal europeísta con su *Union Movement*.

Nace un líder

Sir Oswald Ernald Mosley nació el 16 de noviembre de 1896 en el seno de una conocida y acaudalada familia de la aristocracia británica, lo que le facilitaría su actividad política al disponer de ingentes recursos propios, de ahí también que pudiera utilizar el título de "Sir". Asistió a la exclusiva escuela de Winchester y a la Academia militar de Sandhurst, reservada entonces a los jóvenes procedentes de las clases sociales más privilegiadas. Destacaría especialmente en deportes como esgrima y boxeo, porte atlético que no le abandonará ni en su vejez. Formará parte del equipo nacional de esgrima, incluso cuando esté dedicado de lleno a la política. Al estallar la Primera Guerra Mundial, cuando tenía 18 años, se alista en lo que entonces era la incipiente fuerza aérea, antecedente de la famosa R.A.F. Fue uno de los primeros 60 pilotos británicos que entraron en combate sobre los cielos de Europa. Herido en combate, con secuelas de por vida en una de sus piernas, debió abandonar la aviación declarado inútil para el servicio militar. Sin embargo insistió en ocupar un puesto en primera línea en las sangrientas trincheras de esa inútil guerra donde fue pluricondecorado por su valor y arrojo mostrado frente al enemigo en las batallas de Loos e Ypres, donde fue nuevamente herido y, finalmente, enviado a Inglaterra.

Tras el conflicto fue candidato al Parlamento por el Partido Conservador en 1918, las primeras elecciones de la posguerra, y fue elegido con una amplia mayoría sobre su oponente laborista que no esperaba ser reelegido. A sus 22 años era el miembro más joven del la cámara baja. Sir Oswald Mosley se convirtió en la voz de los ex-combatientes y promotor de amplias políticas sociales que le acercaron al laborismo, pues consideraba que el Partido Conservador no representaba a las clases populares. Todos le aclamaban como futuro ministro y la prensa como el "hombre más brillante del Parlamento". En 1920 contrae matrimonio con Cynthia Curzon, hija del Virrey de la India y Secretario de exteriores del Partido Conservador. A la boda, celebrada en la capilla real de Westminster, asistieron los monarcas.

El Partido Laborista flirteaba con Mosley, que ya había abandonado el Partido Conservador y había sido reelegido al Parlamento

como independiente. En 1929 le nombraron Gobernador del ducado de Lancaster y se afilió al laborismo. Reelegido nuevamente para el Parlamento, ahora como laborista, fue nombrado secretario de Estado, él tiene una meta fija: lograr implantar un sistema de seguridad social que cubriera las necesidades y penurias de las clases obreras del país. En 1930 presentó al presidente del Gobierno el llamado "Memorandum Mosley" que abrió un profundo debate en el seno del gobierno y del laborismo sobre las medidas que debían adoptarse para atajar la incipiente crisis económica que amenazaba con sacudir los cimientos de Gran Bretaña. Era un ambicioso plan que pretendía aumentar el empleo, con medidas simples y originales, proteger la industria nacional frente a los que pretendían importar productos manufacturados de las colonias donde la mano de obra era mucho más barata. A ello se le añadía un detallado plan de obras públicas y aumento de las prestaciones sociales. Obviamente dicho plan fue acogido con frialdad por los sectores conservadores mientras que dentro de la izquierda recibió numerosas muestras de apoyo, siendo reelegido miembro del Comité Nacional del mismo, aunque fuera derrotado en el congreso del partido.

Rodeado de un grupo de dirigentes de ambos partidos, entre ellos varios diputados, Mosley planeó irrumpir en la política nacional por su cuenta, con un tercer partido capaz de romper el monopolio de los dos grandes partidos, en definitiva: una Tercera Vía renovadora. El 28 de febrero de 1931, tras abandonar el laborismo, funda el "Nuevo Partido".

La vía inexorable hacia el fascismo

La propuesta de un nuevo partido despertó un entusiasmo sin parangón en la tranquila vida política británica, especialmente entre los jóvenes. La figura de Mosley, veterano de guerra, de porte atlético, laborista de extracción social conservadora, con un programa atractivo y una oratoria inflamable hacían de él una promesa que nadie podía dejar de lado. Su programa incluía medidas populistas, reclamando un ejecutivo fuerte, y una política económica autárquica de espíritu keynesiano. La Gran Depresión del 29 comenzaba a llegar a las Islas Británicas y el número de parados superaba los 2,5 millones de obreros

y trabajadores de las clases medias, amenazando con la miseria a la gran parte de éstos. La presión de la mano de obra barata de las colonias provocaba serios desajustes, en los costes de producción del antaño importante tejido industrial.

Gran parte de la militancia provenía del laborismo, y el éxito en una elección parcial donde venció el candidato conservador al atraer Mosley la mitad de los votos laboristas, pronto provocó que tanto comunistas como socialistas comenzaran a intentar interrumpir los mítines del nuevo partido. Los encuentros con alborotadores de izquierdas presagiaba una ofensiva de mayor envergadura para hacer callar a Mosley, que pronto comenzó a ver cómo su propaganda era boicoteada en los medios de comunicación, sufriendo una abierta censura. En junio lanzó su semanario *Action*, con una tirada inicial de 160.000 copias y, al convocarse elecciones parlamentarias parciales para cubrir 24 asientos parlamentarios vacantes, se preparó para una dura campaña electoral.

Los resultados fueron una debacle, ningún candidato de Mosley fue elegido aunque él logró un respetable tercer puesto con el 24% de los votos de su circunscripción. El partido colapsó, cundió el desanimo, el semanario dejó de aparecer y le abandonaron aquellos que pretendía utilizar el nuevo partido como plataforma oportunista. Mosley se encontró sólo, injuriado pero convencido que sus ideas no estaban equivocadas, y así lo creían muchos de sus militantes de base que le exigían que continuase en la política. Debía elegir el camino a seguir y tras una corta peregrinación lo encontró en el fascismo.

En enero de 1932 viaja a Italia, acompañado de sus más cercanos colaboradores, donde se entusiasma con los logros del fascismo mussoliniano. Se entrevista con miembros del Partido Nacional Fascista y del Gobierno siendo recibido en audiencia por el propio Mussolini. Está convencido que el fascismo es la doctrina del mañana, también para Inglaterra. Disuelve el "New Party" fundando una asociación de debate juvenil (NUPA) para mantener encuadrados a los militantes que le restaban. A su vuelta a Inglaterra Mosley escribe, entre mayo y junio de 1932, el programa del futuro partido fascista británico, "*The Greater Britain*" (Una Bretaña más grande). Mientras tanto, junto a sus más incondicionales, planea detalladamente el lanzamiento de un movimiento fascista.

La Unión Británica de Fascistas B.U.F.

El primero de octubre de 1932 funda oficialmente la Unión Británica de Fascistas (B.U.F.- *"British Union of Fascists"*) junto a 32 fieles. La bandera del lítore en el círculo ondea por primera vez sobre lo que será la primera sede del partido en Londres, en Great George Street, en pleno centro de la capital británica. Mosley había cruzado su Rubicón particular y los puentes que le unían a los partidos tradicionales fueron quemados. Sólo frente a todos. Una revuelta contra el destino, como la definió el biógrafo del partido James Drennan en 1934.

El partido inició su marcha con un entusiasmo comparable a cuando Mosley creó el "New Party". El primer mitin público se celebró en Trafalgar Square, en pleno centro de la capital con la asistencia de un centenar de oyentes curiosos. Poco después congregará a decenas de millares de partidarios en la misma plaza. Los militantes más fieles vuelven nuevamente a seguir a su líder, ahora enarbolando la bandera del fascismo. Visita en varias ocasiones Alemania e Italia, donde se inspira y copia los elementos más llamativos de su simbología, lemas y uniformes. En junio de 1933, tras retornar de la Muestra Internacional Fascista en Italia, decide organizar la primara gran manifestación de fuerza cuando 1.000 camisas negras, uniforme adoptado por los militantes del partido, desfilan por Londres. En otoño de ese mismo año se alquila el instituto de Whiteland en Chelsea, uno de los barrios más poblados de Londres bautizando la nueva sede como *"The Black House"* (La Casa Negra). Ésta se convertirá en el cuartel general del movimiento, entre 50 y 200 "camisas negras" residiendo y trabajando en estas dependencias, con disciplina militar. La guardia personal de Mosley, *"The Blackshirts"*, residían también allí. La sede disponía de club social, oficinas, comedores, dormitorios para residentes, etc.

Mosley se acercó a los grupos fascistas existentes, en especial los *"British Fascists"* de la excéntrica Rotha Lintorn Orman. Mujer de un vigor excepcional, enfermera voluntaria en la Gran Guerra había sido condecorada en dos ocasiones por el arrojo mostrado en su labor en el

frente de batalla. En 1924 había fundado un partido fascista británico que jamás superó unos cuantos millares de militantes, desapareciendo a mediados de los 30, fagocitado por el B.U.F. El otro grupo al que Mosley intentó atraer fue la *"Imperial Fascist League"* del veterinario y capitán Arnold Leese. Esta organización, que actuará paralelamente al B.U.F., no pasará de la categoría de secta con entre 300 y 500 militantes, que utilizaban la esvástica como símbolo superpuesto sobre una bandera británica afirmando que su doctrina era la del "Fascismo racialista". Furibundamente antisemita, Leese no aceptará a Mosley acusándole de tener contactos y lugartenientes hebreos, incluso insinuando relaciones familiares del propio dirigente fascista con éstos. Más éxito tuvo por el contrario entre los British Fascists, pese a que la propuesta de fusión en mayo de 1932 fuese descartada por el comité nacional del partido que acusó a Mosley de ser un socialista y peligroso izquierdista. El principal animador de los British Fascists, Neil Francis-Hawkins, abandonó el grupo y se pasó a Mosley junto a la mayoría de la militancia que constituirá el núcleo principal de primeros "camisas negras".

A principios de 1934 el movimiento recibió un inesperado y sustancial apoyo. El Barón Lord Rothermere, propietario de diarios tan conocidos como "The Daily Mail" y "The Evening News" se decidió a apoyar públicamente a Mosley con una significativa editorial "¡Hurra por los Camisas Negras!". De esta forma, súbitamente, Mosley comenzó a ser aceptado por los medios de comunicación, los clubes sociales y organizaciones cívicas conservadoras que hasta entonces le habían considerado un izquierdista visionario. El 22 de abril de ese año organizó su primer mitin importante, en el Albert Hall de la capital, donde ante una audiencia de 7.000 oyentes reclamó un lugar en la política británica para el fascismo. Capaz de hablar durante horas, sin siquiera notas, Mosley encandilaba a las masas de oyentes. Les profetizó y recordó que "¡Nuestra hora ha llegado! Somos necesarios para nuestro pueblo ahora más que antes, ¡VIVIMOS UNA NUEVA ERA! [...] representamos los millones de hombres que son víctimas de las fábricas desmanteladas. La empresa privada puede trabajar si los hombres del gobierno quieren hacerla funcionar..."

Ignorado por los demás partidos, y en especial las agrupaciones antifascistas, hasta ese momento, al comprobar el éxito que comenzaba

a tener Mosley es objeto de una persecución mediática y personal sin límites. Pese a ello la militancia se acercaba a los 70.000 adheridos con casi 600 secciones, las actividades de los grupos locales se reproducía por doquier, el optimismo reinante entre los fascistas británicos se exteriorizaba en todo momento. La violencia física contra los fascistas se convirtió en una realidad diaria. Para ello se creó una unidad especial de protección "Escuadra I" compuesta por los "camisas negras" más leales. Animado por el éxito y el apoyo social que recibía decidieron convocar para junio de 1934 otro mitin gigante, en el Olympia Hall de Londres. En esta ocasión la audiencia fue de 13.000 esperando escuchar la palabra de Mosley.

Fecha importante -el mitin de junio de 1934 en el Olympia Hall- en la evolución del fascismo británico, pues el acto acabó en una monumental batalla campal entre comunistas y judíos contra los fascistas. Tras horas de disturbios, carreras policiales, heridos y detenidos, la imagen del partido en la prensa del día siguiente apareció como un movimiento violento y peligroso. Los lobies judíos presionaron a Lord Rothermere para que retirara el sostenimiento a la organización, y junto a él varios personalidades financieras, que lo abandonaron en julio. La economía del partido se resintió inmediatamente, acosado por la prensa y los grupos antifascistas violentos. Las clases medias que habían nutrido gran parte de la militancia, confundiendo al partido con un apéndice del Partido Conservador, en ese momento les abandonaron.

En 1935 los problemas se acentuaron, la militancia decreció y las deudas aumentaban reduciendo la actividad del partido. Se redujo la plantilla de funcionarios del partido y la sede debió ser abandonada por otra más modesta, también en el centro de la city londinense, cerca de la catedral de Westminster. Asimismo se decidió por no presentar candidatos a las elecciones generales de ese año aunque ello no significaba que Mosley cejase en su empeño y proclamó en 1937 su campaña "Lo próximo el fascismo".

Lanzará nuevas publicaciones (como el diario "*Action*" en 1936 y el "*Fascist Quartely*", órgano de formación para mandos) y organizará reuniones de masas. Gracias a ello logró superar la crisis y nuevamente la militancia comenzó a crecer. En este momento atraía especialmente a clases populares, hacia donde deseaba llegar, y el partido se

introdujo y abrió sedes en barrios hasta entonces prohibidos por ser "Zona Roja" como Londres Este. En junio de 1936 convocó una manifestación al aire libre, en el parque de Victoria de ese barrio londinense donde 5.000 "camisas negras" mantuvieron el orden entre 100.000 oyentes. Entre octubre y noviembre de ese mismo año las estadísticas del partido registran 1.800 actos a lo largo de todo el país, siendo el de mayor relieve la marcha de "camisas negras" que se celebró el 4 de octubre en el barrio judío de Londres por donde los fascistas pretendía cruzar demostrativamente. Los disturbios, conocidos en la mística del fascismo británico como "La batalla de Cable Street" provocaron que el Gobierno propusiese y lograse su aprobación por el Parlamento de la "*Public Order Act*" que prohibió los uniformes políticos y los actos públicos militarizados que entró en vigor el primero de enero de 1937. Una medida destinada, obviamente, a detener el ascenso de Mosley.

La militancia era en un 80% procedente de las clases obreras y medias bajas, artesanos y tenderos, que temían las consecuencias económicas de la Depresión y de la llegada de los inmigrantes judíos que en Londres se acercaban a los 125.000 miembros de esa comunidad a mediados de los años 30. Los sindicatos profesionales fascistas agitaban, especialmente entre los autónomos, pequeños propietarios de tiendas y talleres. Un análisis de la militancia y los candidatos municipales revela implantación social del partido, en unos momentos en los que declararse fascista era una osadía y que demostraba valor. En los barrios obreros de la capital el partido tenía hasta quince locales abiertos, con salas de reuniones, librerías abiertas al público, gimnasios, clubes, etc. Muchos de sus militantes y dirigentes locales provenían de las filas de la izquierda, siendo totalmente ajenos a esa imagen que del fascismo inglés se ha querido presentar de "fascistas de etiqueta." Es también por aquellos meses cuando el partido pasa a denominarse oficialmente "Unión Británica de Fascistas y Nacional Socialistas", un aspecto que pocos conocen.

Socialismo, antisemitismo y política exterior

La prensa del partido y la actividad editorial se convirtió en los medios de propagación del mensaje social y nacional de los fascistas británicos. Los panfletos y publicaciones del movimiento atrajeron a un gran número de intelectuales que escribieron regularmente, colaborando sin utilizar seudónimos. Personajes de la talla de Ezra Pound y Wyndham Lewis, dos de las máximas plumas en inglés de este siglo; Ross Williamson, escritor y ecologista de primera hora; A.P. Lauri, conocido profesor de arte; J.F.C. Fuller, general y afamado historiador militar cuyas obras aún hoy en día se consideran clásicos en las academias militares que se convirtió en el asesor en cuestiones militares de Mosley, podían leerse en la prensa fascista, especialmente en el "B.U. Quaterly", de formación intelectual dirigido a cuadros de mandos y militantes. Admiración que producía incluso en intelectuales alejados formalmente del fascismo como el principal ideólogo del socialismo británico, George Bernard Shaw, lo que le causaría no pocos problemas en el seno de su propio partido.

Considerado como uno de los movimientos fascistas con un programa más coherente y elaborado, éste se debió, sin lugar a dudas a la ingente labor de Alexander Raven Thomson. Filósofo e intelectual, autoridad académica en Platón, Sócrates, Spengler y Shakespeare, su capacidad de síntesis y elaboración doctrinal le convirtió en el principal referente ideológico del movimiento, desde su puesto de editor de la prensa del movimiento e impulsor de la editorial. Incansable militante, fue el candidato más votado en las elecciones de 1937 recogiendo un 23% de votos en su circunscripción. Autor de la teoría del Estado Corporativo Fascista, una elaboración doctrinal alabada incluso por sus enemigos políticos que respondía a las más detalladas cuestiones presentadas por sus militantes y críticos, siendo un complemente a las posturas keynesianas de Mosley.

En 1936 el nombre incluyó el adjetivo "nacional-socialista", concesión a los muchos dirigentes y militantes que se consideraban más NS

que fascistas en el sentido estricto de las diferencias doctrinales existentes entre ambas concepciones políticas. Los objetivos públicos del movimiento, a cuya sumisión debían entregarse todo militante que juraba lealtad al mismo, no dejaban lugar a la duda:

"Ganar el poder para la Unión Británica mediante el voto del pueblo y entonces establecer en Gran Bretaña un Estado Corporativo que asegurará que

Todos servirán al Estado y nadie a una facción.

Todos trabajarán y por tanto enriquecerán el País y a sí mismos.

Las oportunidades estarán abiertas a todos, pero privilegios a nadie.

Los puestos de honor serán sólo conforme al talento.

Recompensa será tan sólo contra servicio.

Se abolirá la pobreza mediante la ciencia moderna aplicada en el Estado organizado.

Las barreras de clase serán destruidas y las energías de cada ciudadano devotas a la nación británica, que gracias a los esfuerzos y sacrificios de nuestros padres ha existido gloriosamente por centurias antes de esta pasajera generación, y que gracias a nuestros esfuerzos será elevada a su más alto destino- Gran Bretaña nacerá del credo Nacional Socialista."

En esta evolución se sustituyó el lítore, excesivamente pro-italiano, por un rayo en un círculo, más parecido a la runa de las SS alemanas. El propio Mosley, cuyo matrimonio con Diana Mitford le había acercado cada vez más a Alemania, no se recataba de utilizar el término "nacional-socialismo" para definir el programa del movimiento. En 1938 publica "*Tomorrow We Live*" (Mañana viviremos), actualización de su libro "*The Greater Britain*" de 1932 y sus "100 preguntas contestadas" de 1934. Este ensayo se considera como uno de los más importantes para comprender la evolución ideológica del dirigente británico. Claramente influenciado por el pensamiento de Spengler, el conocido filósofo alemán al que considera el principal precursor del fascismo europeísta, Mosley se muestra convencido de la decadencia de las formas políticas conocidas hasta entonces y reclama a sus militantes que

se preparen para afrontar duras pruebas en la confrontación que se avecinaba. Interesante también comprobar, con lo que acaba el libro, que anuncia como inevitable la unidad europea, "podrá nacer una nueva comunión" -escribe Mosley-, "de intereses para sostener la comunión que debe existir en la sangre común."

Inevitable comentar un aspecto que ha sido en numerosas ocasiones estigmatizado por los adversarios de Mosley: el antisemitismo del fascismo inglés. Primero señalar que el ascenso del antisemitismo también formó parte de la evolución del movimiento, para, en segundo lugar, advertir que dicha judeofobia no puede compararse con el alemán. Hasta 1934 Mosley -cuya primera esposa tenía sangre judía-, estuvo rodeado de numerosos dirigente y militantes judíos, algunos fervorosos defensores del fascismo. Sin embargo la creciente oposición mostrada por grupos judíos al naciente movimiento (hebreos formaban la mayoría de los dirigentes de los grupos antifascistas violentos) y los ataques recibidos provocó una reacción anti-judía en el seno del movimiento. Aportó a ello también el aumento de afiliaciones y actividades en los barrios de Londres Este donde la población obrera británica se enfrentaba a la incesante inmigración judía, provocando brotes de antisemitismo radical, fuera y dentro del fascismo local.

La violencia de las escuadras de "camisas negras" contra los judíos, que en ocasiones se produjo, fue reprimida internamente y se prohibió cualquier manifestación fuera de lugar. Ello no impedía que en la propaganda del partido las alusiones antijudías fueran numerosas. Compendio de los sentimientos que embargaba a los militantes fascistas londinenses es el folleto redactado por E.G. Clarke, (dirigente fascista de Londres Este, y procedente de las filas del laborismo) en 1937 para aclarar la postura de "*La Unión Británica y los Judíos*" donde reconoce el autor que "mucho antes que el Nacional Socialismo fuera fundado en Gran Bretaña, en el fondo de los corazones de muchos ingleses siempre ha existido desconfianza y animadversión hacia el Judío". A continuación explica la situación y el conflicto con la comunidad hebrea de este barrio londinense para afirmar los pilares esenciales del antisemitismo fascista: "No perseguimos a los judíos por su raza. No nos oponemos a los judíos por su religión. No les atacamos por lo que son. Nos defendemos a nosotros mismos de ellos por lo que hacen."

Efectivamente, el antisemitismo de la Unión Británica carecía de base racialista, con algunas excepciones notables de algunos de sus propagandistas, pero para Mosley como para la prensa del partido la "Cuestión Judía" era un tema puramente sociológico, de enfrentamiento a una comunidad que se oponía a un proyecto de regeneración nacional. Los judíos jamás fueron excluidos del partido ni se les prohibía su adhesión, argumento preferido por los radicales antisemitas contrarios a Mosley como Arnold Leese que aprovechaba esta circunstancia para difamarle.

Mosley será acusado de antisemita también por su apoyo a la causa palestina, un tema que hoy en día permanece como tema de candente actualidad. En "Mañana viviremos" anuncia que para los fascistas británicos es inconcebible una solución que pase por la entrega de Palestina a los sionistas. "Palestina no está disponible como hogar para la raza judía dispersa por el mundo" -escribe Mosley en 1938-, "por la simple razón que ya es el hogar de los Árabes." De producirse sería, prosigue, "un crimen infligir, con violencia, un mal mucho mayor al Árabe aliado, que confió en la palabra de Gran Bretaña en guerra." Para esas fechas el antisemitismo en el movimiento era una constante como hemos comprobado. El propio Mosley le debe dedicar un capítulo completo a la llamada "Cuestión Judía" en este su programa considerando que la "Solución Final" debe concretizarse en una simple máxima: la deportación a un Hogar Nacional Judío donde pueda el pueblo hebreo desarrollarse y vivir sin interferir en el resto de los pueblos.

En materia de política exterior el movimiento se encontró pronto en una encrucijada. La tradicional germanofobia de los británicos -no olvidemos que muchos de los dirigentes eran veteranos de la primera Guerra Mundial-, propició el acercamiento a Italia y a la idea de Imperio que el fascismo mussoliniano propugnaba a principios de la década de los 30. Sin embargo, por propia evolución el ascenso de la Nueva Alemania no pudo sino irradiar sobre un movimiento que, en lo cultural y económico, estaba más cercano al nacional-socialismo. Por ello Mosley no colaboró con los CAUR italianos, sino que se adhirió a la Liga de Nacionalistas propiciada por los servicios de propaganda alemanes. Conforme se acercaba el final de la década, Mosley cada vez se sentía más atraído por el nacional-socialismo. Ello no significaba

que el movimiento abandonase su intenso patriotismo, característica esencial del mismo que atrajo a gran número de militantes con una larga hoja de servicios en las fuerzas armadas.

España

Para un nacionalista como Mosley, pese a sus viajes por el extranjero, no cabía otra meta que la del patriotismo británico. No viajará a España hasta 1949 cuando, tras la guerra, se le renueva su pasaporte. Conocerá entonces a Serrano Suñer y otras personalidades del régimen franquista, con el que no simpatizaba al considerarlo excesivamente conservador. Durante la Guerra Civil española abogó por una no-intervención en el conflicto, que tan sólo podría provocar derramamientos de sangre inglesa, innecesaria del todo según Mosley. Pese a ello la prensa y los militantes fascistas británicos apoyaron sin ambages a la causa nacionalista, no siendo aislada la doble militancia en organizaciones pro-España Nacional y la Unión Británica. Entre ellos señalar al general Fuller, destacado dirigente del partido, que colaboró entusiásticamente con la Asociación de Amigos de la España Nacional, visitando en 1937 España en una gira de propaganda. El conocido poeta del movimiento Roy Campbell también viajó a España, aunque para alistarse, sirviendo en un Tercio de Requetés. En las páginas del "*B.U.F. Quaterly*" publicó su afamado poema dedicado a los héroes del Alcázar. Otros militantes se unieron a la Legión Extranjera y combatieron a los británicos que se habían alistado en las Brigadas Internacionales.

El nombre de Mosley aparece por primera vez en una publicación fascista española en el semanario de Ramiro Ledesma *La Conquista del Estado* que en su número de mayo de 1931, reproduce una fotografía de Mosley y bajo "El Honorable Oswaldo Mosley" añade que "he aquí la figura de actualidad política en Inglaterra. Disidente del laborismo, ha fundado un partido nuevo, de tendencia imperialsocialista, que ha llenado de estupor y confusión a los buenos ingleses. En breve publicaremos detalles amplios de esta nueva formación." Resulta atractivo comprobar que los incipientes nacional-revolucionarios españoles que por entonces comenzaban a andar sus primeros pasos, vieron a Mosley

también como un referente, aún antes de su conversión al fascismo. Pese a lo prometido no se publicó nada más sobre él en este semanario que desapareció a finales de ese mismo año.

La siguiente ocasión que Mosley es señalado por la prensa fascista española es en el semanario *F.E.* de Falange Española que en su número de febrero de 1934 traducirá la editorial de Lord Rothermere, "¡Hurra por los camisas negras!" donde anunció su apoyo a la formación en la primera página de su diario. Traducido al español y bajo el epígrafe de "Fascismo en Inglaterra" aparece junto a una fotografía de camisas negras desfilando. Curiosamente el órgano falangista destaca a los "camisas negras" ingleses por su antisocialismo, todo lo contrario a la visión que aportase las J.O.N.S., lo que en sí encierra una concepción de la política que separó inexorablemente a ambos grupos e utilizarán al movimiento inglés para atacarse.

Al separarse Ledesma de Falange Española, en uno de sus habituales ataques contra el dirigente falangista, utilizará la figura de Mosley para mofarse de "los fascismos de imitación" como el de Inglaterra donde, según Ledesma, "está Mosley con sus camisas, su partido fascista y sus sueños mussolinescos, como aquí Primo, con otro equipo de la misma naturaleza." Prosigue Ledesma analizando, con una clara intencionalidad antifalangista, los elementos esenciales del fascismo británico: "1º. Tienen un caudillo, un Duce, aristócrata, millonario, que gasta sus cuartos en organizar el partido. Así, Mosley, que es sir, multimillonario y extravagante. [...] 2º son movimientos blandos, pastosos, algodonosos [...] 3º se caracterizan también por su tendencia notoria a desconocer toda angustia popular. [...] El nacional-sindicalismo jonsista es todo lo contrario de eso."

Según Mosley, habría conocido a José Antonio Primo de Rivera en una visita que éste habría efectuado a Londres. En sus memorias cuenta que "yo le había visto sólo una vez, cuando en los años treinta él me había hecho una visita a nuestro cuartel general de Chelsea, en Londres. Me causó una profunda impresión, y su asesinato me había parecido siempre una de las tragedias individuales más dolorosas de Europa." Otros autores se aventuran a afirmar que se conocieron personalmente en una de las reuniones de Montreux de la Internacional Fascista, a la que asistió el dirigente español, aunque ello fue imposible pues Mosley

no estuvo presente en reunión alguna de las celebradas por los C.A.U.R..

La última ocasión que aparece relacionado el nombre de José Antonio con el de Mosley es en el proceso que le condenaría a muerte en 1936. Utilizando como fuente un artículo aparecido en *El Liberal* de Murcia el 25 de octubre de ese año, el Fiscal acusó al dirigente español de connivencia conspiratoria con los nacional-socialistas alemanes, junto a Mosley, para derrocar el Gobierno español. Dicho artículo señalaba "que llevó a cabo negociaciones con las autoridades alemanas. Antes había estado alojado en Berlín el jefe nacional de Falange Española [...] quién tomó parte en un mitin, en el que también hizo uso de la palabra Mosley."

José Antonio, interrogado por el Fiscal señaló a éste "que no se celebró ningún acto ni mitin en Alemania en que tomase parte el declarante, ni tampoco Mosley, pues no conoce a dicho señor." Ello nos lleva a dudar del testimonio de Mosley en sus memorias sobre la visita de José Antonio a Londres, pues tampoco hay constancia de un viaje a Inglaterra entre 1932-35 en la extensa historiografía existente sobre éste. Un episodio que queda en el misterio en torno a la figura sobre el fundador de Falange Española.

Dirigentes fascistas

Aparte de la radiante figura de Mosley, el B.U.F. contó con otros destacados dirigentes que fueron pilares esenciales para poder construir una organización como ésta. Procedentes de las filas de la izquierda muchos de ellos, no había distrito donde no se contase con algún dirigente que había sido sindicalista o militante destacado del club laborista local, también atrajo a personalidades de otras posiciones políticas, pero jamás de la derecha conservadora.

Los principales colaboradores de Mosley fueron Neil Francis-Hawkins y Alexander Raven Thomson, ambos permanecerán fieles a Mosley incluso después de la guerra. Procedente de los *British Fascists*, Neil-Hawkins se convirtió en el organizador y "mano gris" del movimiento, una de las figuras más eficaces del mismo y verdadero

artífice del éxito de los mítines y concentraciones de masas.

Ex-diputado laborista, John Beckett, de la misma edad que Mosley, se había forjado en las duras luchas sindicalistas y como militantes de la ala ultra-izquierdista del laborismo, en el Partido Laborista Independiente. Elegido diputado por la izquierda en la década de los años 20 gozaba de una popularidad tan sólo comparable a Mosley. Pronto derivó hacia posiciones cada vez más radicales en el seno del partido, acusando a la dirección de aburguesamiento y concesiones a la ala conservadora. Confeso nacional-socialista Beckett se escindirá con Joyce cuando deciden fundar la Liga Nacional Socialista para después, tras separarse de Joyce al que acusaba de excesivo antisemitismo (se rumoreaba que Beckett era de ascendencia judía) proseguir su carrera en el efímero Partido del Pueblo Británico.

Nacional-socialista lo era igualmente el capitán Robert Gordon-Canning, descendiente de Lord Byron y como él un permanente aventurero. Conocido héroe de la Primera Guerra Mundial donde había recibido la Cruz Militar en una unidad de caballería, para después servir como asesor en cuestiones árabes en los servicios diplomáticos. Ferviente defensor de la causa árabe, fue de los primeros en denunciar el pacto entre los imperialistas británicos y los sionistas. Redactor para asuntos de política internacional de la prensa del movimiento, es autor de varios panfletos tales como "¿Árabe o judío?", "El Espíritu del Fascismo" y "La Fuerza interior de un Nacional-Socialista" en el que recogía los pilares básicos que debían sostener la acción de cualquier militante nacional-socialista: heroísmo viril, militancia sacrificada, fe y lealtad, sostenimiento de las religiones espiritualistas (no olvidemos que el autor era experto en el Islam, al que consideraba a la par del Cristianismo y referente del nacional-socialismo), camaradería y patriotismo.

A.K. Chesterton, periodista y veterano de guerra, primo del afamado escritor del mismo apellido, siempre destacó por su afilada pluma y fácil oratoria. Había nacido en Sudáfrica en 1898 y durante la Primera Guerra Mundial sirvió a sus 16 años en el ejército británico convirtiéndose en oficial y héroe de guerra. Adherido desde el primer momento en el seno del mismo se convirtió en uno de sus principales propagandistas. Autor de textos antisemitas pero también de algunos de los más

soberbios resúmenes de la doctrina fascista británica, *El credo de un fascista revolucionario*, con un prólogo de Mosley. Explicaba Chesterton que "el fascismo es una apasionada revuelta del espíritu del hombre", rebelión de "la generación de los perdidos" frente a un mundo en decadencia donde los partidos establecidos han traicionado las esperanzas de todo un pueblo. Para convertirse en un "fascista revolucionario" en primer lugar el militante debe "haber transformado su misma vida [...] dejando de lado las comodidades y la seguridad."

Al estallar la Segunda Guerra Mundial se alistará el primero, sirviendo en el ejército de África, volverá a Inglaterra donde se convertirá tras la misma en un referente de la derecha nacionalista inglesa en su particular cruzada para defender al Imperio hasta su muerte en 1973.

Aunque el fascismo siempre se ha presentado como un movimiento eminentemente viril, y por tanto masculino, no es menos cierto que en Inglaterra la participación de las mujeres fue excepcionalmente activa. Ya comprobamos como el primer grupo fascista lo funda y dirige una mujer, y en la Unión Británica la sección femenina estaba dirigida por la dinámica Anne Brock Griggs. Madre de dos hijos, casada con un funcionario del Estado que no podía militar, se adhirió al movimiento desde los primeros días siendo nombrada, primero Oficial de Propaganda femenina y después organizadora de la sección femenina. Candidata en las elecciones locales de 1937, destacó como oradora en los mítines y autora de artículos sobre temas femeninos en la prensa del movimiento. Publicará un folleto dirigido a captar mujeres titulado *Mujeres y fascismo* en el cuál les instaba a participar en la vida política, formar parte del futuro Estado Corporativo donde la mujer tendría un puesto destacado, al mismo nivel que el hombre.

Finalmente destacar a uno de los más carismáticos y activos dirigentes de Mosley, aún hoy rememorado como una de las figuras míticas del fascismo inglés. Nos referimos a "Bill" Joyce, más conocido como William Joyce, "Lord Haw-Haw". Nacido en 1906 en Estados Unidos de padres irlandeses, siempre reafirmó su adhesión a la idea imperial británica pese a sus orígenes. Se adhiere a Mosley desde el principio y se convierte en artífice de su propaganda, convencido que hay que utilizar las técnicas alemanas para captar la opinión pública. Convencido nacional-socialista se separa a principios de 1937 del

movimiento junto a unos cuantos destacados dirigentes (entre ellos Beckett) y funda la Liga Nacional Socialista en la que pretendió radicalizar aún más el mensaje nacional-socialista para Inglaterra. En su folleto programático, *Nacional socialismo ahora*, argumentaba que si bien Hitler era un patriota alemán su doctrina era también válida para Gran Bretaña, "Utilizamos el Nacional Socialismo para Gran Bretaña; porque somos británicos. Nuestra Liga es por entero británica; y para lograr la victoria para el Nacional Socialismo aquí debemos trabajar lo suficientemente duro para justificar la inspiración que se recibe del Nacional Socialismo de cualquier otro lugar."

Joyce fracasó en su intento de crear un movimiento de masas nacional-socialista británico, pues la Unión Británica acaparaba toda la posible militancia con sus amplios medios. Por ello la Liga de Joyce se disolvió en 1938 tras algunas campañas propagandísticas y la edición de algunos folletos como *Fascismo y Judaísmo*, o también de la pluma de Joyce *Dictadura* en los que atacaba la Democracia y profetizaba un futuro fascista para el país. En 1939 viajó a Alemania, convencido de decadencia del Imperio Británico y la necesidad de trabajar para despertar al pueblo británico del engaño que los medios de comunicación ejercían sobre ellos ante una guerra inútil entre hermanos:

> *"Espero y creo que cuando las llamas de la guerra hayan pasado el pueblo de a pie de Inglaterra reconocerán su tierra otra vez y buscarán, en el Nacional-Socialismo, el caminar juntos en el progreso humano en amistad con sus hermanos de sangre alemana. Que esta esperanza y creencia no sean en vano hay dos garantes, para mi suficiente: la grandeza de Adolfo Hitler y la Mayor Gloria del Todopoderoso Señor."*

Comenzó a trabajar en las emisiones en lengua inglesa de la radio alemana donde su característica voz, utilizando el seudónimo de "Lord Haw-Haw" se convirtió en uno de los recuerdos más profundos de los ingleses de esta época. Adquirió la nacionalidad alemana, siendo capturado al finalizar la contienda. El 3 de enero de 1946 era ejecutado por los ingleses mediante la horca acusado de traición.

Por la paz: internados

En 1937 Mosley presenta candidatos para las elecciones municipales en Londres, feudo del partido. Debido al sistema de mayorías absolutas que se exige para las elecciones inglesas, es decir que el candidato que saca más votos en cada distrito es el que resulta elegido, era prácticamente imposible conseguir representación en la Consejo Municipal. Sin embargo los resultados obtenidos demuestran el apoyo popular del partido en la capital, entre el 14% y el 23% de los votos sacaron los representantes fascistas y donde se concentraba la mitad de su militancia. Importante señalar también que el derecho al voto estaba restringido a los cabezas de familia, por lo que el los jóvenes aun mayores de edad no podían votar y éstos representaban el 70% de los seguidores de Mosley.

Las prohibiciones oficiales de portar uniformes, saludos fascistas, estandartes no se respetaban en los actos internos como los campamentos de verano y concentraciones de militantes. Sin embargo, de cara al exterior se intentó moderar el aspecto externo, modificando el nombre del movimiento a Unión Británica, quitando el epíteto fascista de sus siglas y de todas las publicaciones, como sucediera en otros partidos fascistas y nacional-socialistas europeos por las mismas fechas, para evitar que la opinión pública identificara sus movimientos con las potencias fascistas.

Los grupos de presión prosiguieron su tenaz campaña contra el nuevo partido, lanzando la consigna de censura absoluta. De incitar a la violencia y a oponerse a Mosley pasaron a ignorarlo. Ello unido al creciente espíritu anti-fascista promovido por los acontecimientos en Europa (Ascenso de Alemania, Unión de Austria, los Sudetes) hizo que la opinión pública les viera con animadversión. No se amilanó y se centró en detener una guerra que consideraba inútil y fruto de una campaña de los lobbies financieros para derrotar a Hitler.

Tal y como sucedió en Estados Unidos, en Gran Bretaña se organizó un importante movimiento ciudadano contrario a la guerra y partidario de la paz. Lo abanderará la Unión Británica que con el lema "*Britain First*" y "*Mosley for Peace*" (Mosley por la Paz), que por doquier se

convirtió en un verdadera proclama pacifista, algo que curiosamente coincidían con los comunistas por entonces. La nueva situación provocó un importante aluvión de militantes, que creció hasta los 40.000, en su mayoría procedentes de las clases urbanas, temerosas de entrar en guerra. Las marchas y mítines se acentuaron y Mosley convocó a sus partidarios para una gran manifestación para el 16 de julio de 1.939 en el Palacio de Exposiciones de Earls Court en Londres que podía aceptar una cabida de 15.000 personas. Una prueba de fuerza que vendría a demostrar si tenía o no capacidad de convocatoria. Una vasta campaña de propaganda recorrió Inglaterra, en todas las calles los grupos de militantes fascistas vendían entradas (como era de costumbre el acceso era previo abono) y carteles con la imagen de Mosley cubrían toda la capital. Trenes especiales de cercanías y del metro se contrataron para traer a los miles de simpatizantes y militantes. Cuando llegó la fecha Mosley pudo encontrarse con 30.000 británicos que esperaban escuchar las palabras del hombre que consideraban predestinado para dirigir el país. Escoltado por bandas de tambores y cornetas, banderas y parafernalia al más puro estilo de los congresos de Nuremberg inaugurados por los nacionalsocialistas en Alemania, Mosley se dirigió a los asistentes durante varias horas.

Mosley acusó al "Partido de la Guerra" que por fines económicos deseaba un conflicto que tendría consecuencias catastróficas para el Imperio (como se demostraría años después cuando se hundió). No se recató de señalar a los verdaderos instigadores: la plutocracia judía. Dirigiéndose a un auditorio entregado les advirtió que existía un "peligro judío" tras esta campaña bélica, "el Poder del Dinero que dirigen los Grandes Judíos está cambiando cada valor, la moral, destruyendo cada fibra, arrancando cada raíz que aún se mantiene aferrada al suelo inglés [...] fuerzas malignas que marchaban triunfantes para destruir los cosas que son nobles y que fueron bellas." Sin embargo no pudo detenerse, en septiembre de ese año Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania.

Se aconsejó a sus militantes servir lealmente a la Corona, si bien manifestando siempre su rechazo a este conflicto. Publicó un folleto, "*La Paz Británica: Cómo conseguirla*" en enero de 1940 que se vendieron más de 100.000 copias, en abril de 1940 se celebraron 137 míti-

nes y reuniones pacifistas del movimiento tan sólo en Londres. Era evidente que la opinión pública no estaba completamente convencida de la necesidad de luchar contra Alemania. El Primero de Mayo de 1940 pudo celebrar su último mitin de masas, dirigiéndose a los obreros y se preparó para las elecciones. No hubo, sin embargo, ocasión de comprobar si esta adhesión se mantendría en las elecciones generales que estaban previstas para 1940. Como consecuencia de la situación bélica el Parlamento no llegará a convocar las elecciones hasta después de la guerra.

Por otro lado el Gobierno, con el apoyo del Parlamento, procedió a ilegalizar a la Unión Británica y detener a sus principales dirigentes. En septiembre de 1939 el Parlamento aprobaba la Ley de Defensa 18b que suspendía los derechos civiles y el Habeas Corpus, por primera vez desde que se instituyese en la Edad Media. El 22 de mayo se modificó la ley para poder detener a los dirigentes fascistas ingleses.

Efectivamente, al día siguiente centenares de militantes y dirigentes pacifistas del movimiento fueron detenidos e internados. Cerca de un millar en total. Jamás fueron sometidos a juicio, y la mayoría pasará la guerra en prisión y en campos de concentración. El 10 de julio de 1940 la Unión Británica era declarada organización ilegal y oficialmente disuelta. Con ella finalizaba ocho años de un combate sin parangón por Inglaterra y el Imperio.

Nuevamente en la brecha: ¡Europa, una nación!

Concluida la contienda Mosley pudo reanudar las actividades, si bien la mayoría de sus militantes se habían dispersado y muchos preferían olvidar sus años fascistas. En 1946 publicó su libro *Mi respuesta* y al año siguiente otro titulado *La Alternativa* que pretendían ser una especie de nuevo programa, reformado, que pudiera servir de germen para una nueva formación política. Aquí utilizó, por primera vez, el lema de "Europa, una Nación" que le caracterizaría. El nuevo partido fue fundado el 8 de febrero de 1948, bautizado Union Movement, con

el mismo símbolo de la UB. Recibió el apoyo de muchos de sus antiguos dirigentes y en cuestión de meses tenía varios millares de militantes y medio centenar de locales abiertos a lo largo del país. En 1953, en las elecciones locales de Moorfields recibieron el 33% de los votos.

En 1959 Mosley fue de los primeros en denunciar la insensata política de inmigración que permitía la legislación británica y que provocaría una crisis sin parangón en la sociedad europea. Convocó mítines y el entusiasmo de preguerra parecía volver. En mayo de 1960 el movimiento recogió un 20% de los votos en el barrio de Bethnal Green, en Londres Este. Participó en numerosas iniciativas paneuropeas, de agrupar a los diversos grupos y partidos neofascistas en una organización europeísta pero fracasaron, siendo considerado uno de los padres del neofascismo europeísta. Su libro "*Europa: Fe y Proyecto*", aparecido en inglés en 1960, y traducido al alemán y francés, nos revela un pensador entregado a la idea de Europa, una Europa de las Patrias, con una meta: sentar las bases para un patriotismo europeo. Pero, consciente de la necesidad de regenerar los cuadros de mandos y dirigentes del movimiento, y tras sus reiterados intentos frustrados de acceder al Parlamento (la última ocasión en 1966) se retiró para viajar y escribir sus memorias. El fascismo británico se desmembró en varios grupos y partidos diferentes, muchos de ellos aún en activo como el National Front, mientras los partidarios de Mosley se reunían en cenas de hermandad para recordar los tiempos pasados, publicando un boletín interno, "*The Comrade*", que seguía apareciendo a principios del año 2000 de manera irregular.

El 3 de diciembre de 1980 fallecía, en su mansión parisina, Sir Oswald Ernald Mosley, el que fuera líder de los fascistas británicos. Tenía 84 años y casi setenta a sus espaldas de lucha política.

Bibliografía básica sobre Oswald Mosley y el fascismo británico

BOOKER, J.A., *Blackshirts on-sea*, Londres, Brockingday Publications, 1999.

BREWER, John D., "The British Union of Fascists: Some Tentative Conclusions on its Membership", *Who were the fascist. Social Roots of European Fascism*, Bergen, Universitetsforlaget, 1980, pp. 542-556.

CABALLERO, Carlos, *Los fascismos desconocidos,* Barcelona, Huguin, 1982.

CROSS, Jamie, *British Fascist Regalia from 1920's to 1940*, s.l., edición privada, ca. 1998.

DURHAM, Martin, "Women and the British extreme right" en *The far right in western & Eastern Europe*, Essex, Longman Group, 1995, pp. 272-289.

HAMM, Jeffrey, *Mosley's Blackshirts*, Londres, Sanctuary Press Ltd, 1984.

LINEHAN, Thomas, *East London for Mosley. The British Union of Fascist in East London and South-West Essex 1933-40*, Londres, Frank Cass, 1996.

---------, *British fascism 1918-1939, Parties, ideology and culture*, Manchester, University Press, 2000.

MOSLEY, Oswald, *Mi vida*, Barcelona, Luis de Caralt, 1973.

NOLTE, Ernst, *El fascismo de Mussolini a Hitler*, Barcelona, Plaza y Janés, 1975.

PAYNE, Stanley, *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995.

SIMPSON, A.W. Brian, *In the highest degree odious*, Oxford, Clarendon Press, 1994.

SKIDELSKY, Robert, *Oswald Mosley*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1975.

TURLOW, Richard, *Fascism in Britain*, Londres, I.B.Tauris Publishers, 1998.

WEALE, Adrian, *Renegades. Hitler's Englishmen*, Londres, Warner Books, 1995.

Página web de la OMF (Amigos de Oswald Mosley):
www.oswaldmosley.com

PARTE I

EL FASCISMO Y EL ESTADO

INTRODUCCIÓN

El derrumbe

En ningún momento, durante los últimos diez años, ha habido en Gran Bretaña menos de un millón de desocupados y en la actualidad, la cifra de los mismos se acerca a los tres millones. En 1929 -año que se considera hoy en día como el de mayor prosperidad industrial- el comercio británico acusó flojedad; grandes zonas industriales permanecieron descuidadas y solamente las Bolsas disfrutaron de un aspecto de prosperidad.

Tenemos pruebas trágicas de que la vida económica se ha desarrollado más que nuestras instituciones políticas. Inglaterra no ha logrado recobrarse de los efectos del período de guerra; y tal resultado, aunque complicado por causas especiales, se debe en gran parte al régimen de Gobierno estatuido por y para el siglo diecinueve.

Descartando toda queja acerca del proceder o de la capacidad de los Gobiernos individuales, creo personalmente que, bajo el régimen hoy imperante, el Gobierno no puede ser dirigido con eficiencia.

El objeto de este libro es probar, mediante un análisis de la situación actual y siguiendo una política constructiva, que existe la necesidad de un cambio fundamental. Nuestro régimen político data sustancialmente de 1832. El siglo pasado ha visto la invención y el perfeccionamiento del telé-

grafo, el teléfono y las comunicaciones inalámbricas. A principios del mismo, los ferrocarriles constituían una novedad y un viaje de una docena de millas constituía una empresa ya seria.

Desde entonces, el transporte ferroviario ha crecido y prosperado, tan sólo para hacer lugar a la revolución aún mayor del transporte motorizado por caminos modernos. La cuestión de la producción de energía data de menos de un siglo, y la electricidad acusa recientes perfeccionamientos. Los modernos procesos de producción en masa y racionalización, datan solamente del período de la guerra. En el transcurso del siglo pasado la ciencia ha multiplicado innumerables veces la capacidad productiva del hombre. La banca, tal como la conocemos hoy en día, no existía en 1832; y hasta la constitución del Banco de Inglaterra y el moderno patrón oro tienen menos de un siglo. El orden social se ha desarrollado casi tan rápidamente como las posibilidades económicas. En el curso de la última centuria los niños trabajaban doce horas diarias en minas y talleres. Se desterraba a los ladrones y se colgaba a los cuatreros. Los ratos libres y la educación han acrecentado enormemente el interés público en cuanto al Gobierno se refiere. La gran expansión del comercio nos ha hecho depender más y más unos de otros; la aparición de diarios populares ha organizado y dado forma a la opinión del pueblo.

Desde el punto de vista de hace un siglo, todos esos cambios son de carácter revolucionario. La esfera del Gobierno se ha ampliado y sus complicaciones han crecido. A nadie sorprende que el régimen político de 1832 carezca por completo de actualidad hoy en día. "El más grave peligro del mundo moderno -escribe sir Arthur Salter en su brillante obra "Recovery"- es el de que las actividades especializadas del hombre superarán su capacidad de criterio regulador".

Nuestro problema consiste en reconciliar las variaciones revolucionarias con los intereses más amplios de la Nación. Muchos hombres desean trabajar para sí mismos; las leyes penan al que impide a alguien proceder así. Pero no se consienten intereses ajenos a los del Estado; las leyes son fútiles, si permiten semejante estado de cosas. Leyes sabias e instituciones sensatas son aquellas que imponen sin restringir; las que permiten desarrollar en toda su amplitud la actividad humana, pero la guían por los caminos que sirven a los fines de la Nación.

El fascismo, moderno régimen.

De ahí la necesidad de un régimen moderno, no tan sólo en política, sino en el conjunto todo de nuestra vida nacional. La tendencia es fascista, primero, porque se basa en un elevado concepto de la ciudadanía -ideales tan elevados como los que inspiraron a los reformistas de hace un centenar de años- segundo, porque reconoce la necesidad de un Estado autoritario, situado por encima de los intereses partidarios. Habrá quienes experimenten prejuicios por el uso de la palabra "fascista", debido a que el significado de la misma ha sido completamente tergiversado en este país. Sería fácil para nosotros eliminar esos prejuicios empleando otra denominación, pero ello no sería honesto. Tratamos de organizar el moderno régimen de este país mediante sistemas británicos, en forma adecuada y característica de Gran Bretaña. Constituímos especialmente un movimiento nacionalista y si nuestras aspiraciones pudieran compendiarse en tres palabras, estas serían: "Inglaterra ante todo". Sin embargo, este movimiento no se halla en modo alguno limitado a Gran Bretaña; se produce en todos los grandes países a medida que se aproxima su hora de crisis, y en cada uno de ellos asume una forma y un carácter adecuado a las características del mismo.

Como movimiento mundial ha llegado a ser conocido con el nombre de fascismo y es, por consiguiente, correcto utilizar esa denominación. Si nuestra crisis hubiera sido de las primeras en producirse en lugar de ser de las últimas, el fascismo había resultado una invención británica. Nuestra tarea consiste, no en inventar el fascismo, sino en hallar para él en Gran Bretaña la expresión y el desarrollo más elevado que sea posible.

El fascismo no difiere de los movimientos políticos de antaño en cuanto a credo de carácter mundial. Cada uno de los grandes acontecimientos políticos ha constituído en su tiempo un movimiento de carácter universal; el conservadorismo, el liberalismo y el socialismo son comunes a casi todos los países. El inglés que se llama a sí mismo "conservador" o "liberal" no adopta por ello un credo extranjero, sólo por el hecho de que los partidos de otro país llevan la misma denominación. Trata de mejorar, mediante métodos y sistemas ingleses, una filosofía

política que se encuentra en forma organizada en todas las naciones.

A este respecto, el fascista ocupa precisamente la misma posición: su credo es asimismo una profesión de fe universal. Sin embargo, por la naturaleza nacional de su régimen, debe buscar en el método y en la forma de su organización, un carácter que es más distintamente británico que el de los movimientos políticos de antaño. En el desarrollo de ese régimen y de una permanente filosofía política, hemos llegado a conclusiones que sólo pueden ser adecuadamente descritas como fascismo.

Su tergiversación

Todos los nuevos movimientos son mal interpretados. Sin la menor duda, nuestra Unión Británica de Fascistas verá tergiversados sus propósitos por los políticos de otras escuelas más antiguas. El movimiento no ha partido de gente teórica ni sabihonda. Nació al surgir el descontento por un régimen bajo cuya égida nada puede lograrse. La "vieja troupe" tiene hoy el poder y para ellos, la mejor forma de salvación consiste en tergiversar los fines de nuestro movimiento.

Semejantes tácticas pueden demorar, pero no impedir el avance del movimiento. Sin embargo, se arguye contra nosotros utilizando a ese fin todos los incidentes de las luchas brutales que tienen lugar en países de temperamento y carácter completamente distintos. Nos hallamos asimismo frente al hecho de que algunos pocos han interpretado a su manera el nombre "Fascismo"en nuestro país. Denunciando a sus adeptos por ignorancia o por maldad, como una "Guardia Blanca reaccionaria".

Por cierto que ello es la perversión extraña de un régimen de cambio y progreso dinámico. En todos los países, el fascismo ha sido regido por hombres salidos de la "izquierda" y en sus filas se han combinado los elementos conservadores y patrióticos de la nación, con ex-socialistas, ex-comunistas y revolucionarios, que han renegado de sus diversas ilusiones progresistas, en favor de la nueva y ordenada realidad de progreso. En nuestra nueva organización agrupamos ahora a todos aquellos elementos del país que han estudiado profundamente y comprendido, por tanto, la gran misión constructiva del fascismo; no

hay lugar entre nosotros para aquellos que han tratado de hacer del fascismo el lacayo de la reacción, tergiversando con ello sus normas y destruyendo su fortaleza. En realidad, el fascismo constituyen el credo más grandemente revolucionario y constructivo del mundo. Busca el logro de sus fines en forma legal y constitucional, siguiendo métodos legales y ordenadores; pero en su objetivo es revolucionario o de no serlo, no es nada. Recusa el actual orden de cosas y adelanta la alternativa definida y constructiva del Estado Corporativo. Para muchos de nosotros este credo representa lo que hemos buscado durante nuestra vida política. Enlaza la premura dinámica de cambio y progreso, con la autoridad, la disciplina y el orden, sin los cuales nada grande puede lograrse.

Esta concepción la hemos buscado a través de muchas vicisitudes de partidos y de hombres; la hemos hallado en el movimiento por cuya implantación en Gran Bretaña, estamos luchando. Esa peregrinación tras de tal idea, ha expuesto al autor a muchos cargos de inconsecuencia. No tengo excusa que ofrecer por ello. Si acaso, me molesta el hecho de que durante catorce años de vida política y más de un cambio de partido, he luchado constantemente por los mismos ideales. En realidad, ¿qué es lo que arguye un hombre al afirmar que ha sido siempre consecuente con su partido? Sencillamente, que ha dejado transcurrir su vida sin aprender cosa alguna; arguye puramente una estupidez a toda prueba. En un mundo en el que los hechos y las situaciones varían sin cesar, el hombre que no aprenda lo suficiente como para alterar algunas de sus opiniones primitivas, es sencillamente un loco o un imbécil.

La esencia del fascismo consiste en su facultad de adaptación a las circunstancias del momento. Por encima de todo, es un credo realista. Deja de lado los principios inmortales cuando se trata de hechos de materialismo presente, y desecha la retórica ampulosa que asigna importancia a meras fórmulas. El credo de acero en una edad de hierro, aparta de su camino la verbosidad ilusionista para acudir en derechura al logro de una nueva realidad.

CAPITULO I
CREDO Y SISTEMA

Estabilidad y progreso

En las filas de los conservadores hay muchos que se han afiliado atraídos por la tradición de lealtad, orden y estabilidad del partido, pero que, no por eso se sienten menos repelidos por su letargo y estancamiento. A su vez, el laborismo cobija a muchos que siguen los ideales humanos del partido y que se han sentido atraídos por su premura vital en poner remedio a los males sociales y económicos, pero que también, y no menos por ello, repudian sus interminables y vacuos debates, su cobardía, y su falta de cabeza directriz y decisión.

Estos elementos constituyen los mejor de ambos partidos y a ellos interesa el fascismo. Los dos puntales esenciales de un gobierno son la estabilidad y el progreso; y la tragedia de la política es que ambos factores, coincidentes en lo esencial, están organizados en forma contradictoria.. La estabilidad implica orden y autoridad, sin lo cual nada puede hacerse. Se la considera como una característica de "derecha". El progreso implica la premura de reforma sin lo cual la sociedad no puede sobrevivir y se le considera como perteneciente a la "izquierda". Se confunde la estabilidad con la reacción y con una resistencia inflexible a todo cambio; el progreso, con alteraciones o cambios torcidamente considerados, o con las fútiles e interminables discusiones tan carac-

terísticas de una democracia timorata. Como consecuencia de ello, no se llega a alcanzar ninguno de esos fundamentos esenciales. Es la nuestra una época dinámica. La estabilidad no puede existir sin el progreso, por cuanto implica el reconocimiento de cambios en el mundo, que ningún sistema ni régimen político puede alterar. Tampoco puede existir el progreso sin la estabilidad, ya que comprende una visión equilibrada y ordenada de los cambios ocurridos. La "derecha" busca estabilidad, pero rechaza la facultad de adaptación que hace de la estabilidad una fuerza activa. La "izquierda" busca el progreso, pero repele todos los instrumentos efectivos y merma autoridad a la facultad de adoptar decisiones. El resultado de los sistemas de los dos grandes partidos organizados del Estado es, en definitiva, el mismo. La estabilidad es confundida con la reacción y con una resistencia a todo cambio, así como el progreso lo es con los debates obstruccionistas y la irresponsabilidad de comité, con el mismo resultado caótico. Ambos son instrumentos para impedir la realización de las cosas, y el primer requisito de la edad moderna en que vivimos es, precisamente, dar forma práctica y real a las cosas.

La farsa de 1931

La caricatura final de nuestro sistema actual la tenemos en los acontecimientos de 1931. El país, fatigado por cinco años de estancamiento parlamentario, se rebeló contra el lema conservador de "seguridad ante todo", instalando un gobierno laborista en el poder. Durante dieciocho meses, se fué progresando, según ellos, bajo la égida de comités llenos de disensiones y el dictado de intereses en discordia. A medida que el tiempo transcurría, el gobierno comenzó a sentir la influencia de la depresión comercial que tan poco había hecho por crear, pero que resultaba impotente para contener. A falta de una política constructiva, el gobierno llegó a la conclusión de que era necesario reducir el subsidio a los desocupados, pero sucumbió a la debilidad de no hacerlo sin darle una elaborada publicidad. El país -o mejor dicho, los desocupados- debían ser intimidados: y el comité de Mayo emitió rápidamente un informe destinado a alarmar a la nación. Las economías exigidas fue-

ron realizadas, aún cuando ello exigió una reagrupación de complejos políticos. El gobierno laborista pudo haber obtenido una pequeña tregua a costa de sus sostenedores, de no haber mediado la circunstancia de que los financieros extranjeros leyeron el informe de Mayo, ateniéndose estrictamente a la letra del mismo. El informe había tenido amplia circulación con el objeto de asegurar el consenso público en favor de la acción "necesaria para salvar la libra". Pero dejaba al descubierto nuestra debilidad, y fue así como comenzó una corriente de retiros de fondos de nuestros bancos desde el exterior que, a pesar de los 130 millones de libras a que se acudió como refuerzo, nos obligó a abandonar el patrón oro en septiembre. Un Gobierno, de política constructiva hubiera conjurado esa situación; un Gobierno con autoridad hubiese implantado la reforma sin ofrecer ninguna excusa; de haber procedido así, es más que posible que se hubiera evitado la crisis.

Nos hallamos actualmente frente a los resultados de un gobierno de indecisión, compromisos y palabrería inútil. Los dos partidos políticos así como los remanentes del liberalismo, se hallan ligados por los grandes intereses de la "derecha" y de la "izquierda" que los crearon. En la oposición, existe la misma profusión de promesas; en el gabinete, la misma apatía e inercia. En la Inglaterra de post-guerra, sus credos se han convertido en perogrulladas; fracasan lamentablemente en su intento de solucionar los problemas de la hora presente. Su actividad ha conducido, con trágica inevitabilidad, al caos presente. Es por eso que nuestro movimiento fascista busca, por una parte, las estabilidad, que comprende el orden y la autoridad como la base de toda realización sólida; y por otra el progreso, que sólo puede lograrse mediante el instrumento ejecutivo que únicamente el orden, la autoridad y la decisión pueden proporcionar.

El parlamento

El fascismo, según lo entendemos nosotros no es un credo de dictadura personal, según ocurre en el continente. La dictadura de Mussolini en Italia es puramente una dictadura de la maquinaria revolucionaria consecuencia de los cambios introducidos por una violenta revolución

debida a la caída y rendición el Gobierno. Tampoco es el fascismo un credo de tiranía gubernamental. Es definitivamente, un credo de gobierno efectivo. El Parlamento es, o debiera de ser, el portavoz de la voluntad del pueblo, pero según ocurre en la actualidad, ocupa su tiempo en las cosas de las que la Nación no tiene conocimiento ni le importa tenerlo. Es absurdo suponer que sea preferible la interminable discusión de la multitud de asuntos de menor cuantía que los Departamentos e intereses locales somete el Parlamento, antes que encarar los de mayor importancia. Las discusiones son asimismo fútiles por lo general; la mayor parte de los proyectos de ley presentados al Parlamento requieren conocimientos de carácter técnico; sin embargo son discutidos, votados y se decide su destino, por hombres y mujeres elegidos por su asidua concurrencia a la inauguración de kermesses locales de caridad, o por la potencia de sus pulmones en la vía pública. Esto no es en modo alguno una exageración; cuando un joven pide al Comité de su Partido una representación electoral, nadie pregunta: "¿Será un buen parlamentario?", sino: "¿Será un buen candidato?"

En un sistema práctico de gobierno nuestra filosofía política llega a estas conclusiones. A todo movimiento o partido al cual se confíe el gobierno, debe otorgársele una libertad absoluta para actuar. Déjese al pueblo conservar, mediante un Parlamento elegido, la facultad de desechar y cambiar el gobierno del día. Mientras así ocurra, la imputación de dictadura carece de realidad. Por otra parte, el obstruccionismo, el debate interminable de asuntos nimios que hoy en día frustran la voluntad de la nación en demanda de obrar, deben ser abolidos. El actual régimen parlamentario no es la expresión, sino más bien la negociación de la voluntad popular. *El gobierno debe estar investido de poder para legislar mediante Ordenanzas, sujeto siempre a la facultad del Parlamento, de anularlo mediante un voto de censura*. Debemos eliminar la solemne farsa de seiscientos hombres y mujeres enfrascados en un detallado debate de toda disposición de carácter técnico realizada por una asamblea profana en una época ampliamente técnica. Sólo así podremos aclarar la senda conducente al cumplimiento real del deseo de toda la nación, cual es el de que las cosas se hagan como cuadra a las condiciones del momento presente.

La libertad

Cuando proponemos un régimen efectivo de Gobierno, se nos imputa, naturalmente, una negación de libertad por aquellos que han erigido a la libertad en la negación del obrar. La libertad, por la definición que de ella hacen los antiguos parlamentarios, resulta el último baluarte de la obstrucción.

Oímos a diario hablar volublemente de la libertad y vemos cuán poco y mal se interpreta su significado. A buen seguro que nadie imaginará que los británicos, como raza, sean libres. La esencia de la libertad consiste en el libre albedrío para disfrutar de un razonable "standard" de vida, una casa decente, buenos sueldos, un número equitativo de horas de descanso después de las de labor, estas últimas los suficientemente poco numerosas como para no dejar exhausto a un hombre, el disfrute tranquilo de la felicidad privada en compañía de la esposa, los hijos y los amigos y , por último, la esperanza de éxito material para sellar la ambición privada: tales son las realidades de libertad del tipo medio humano. ¿Cuántos poseen esa libertad hoy en día? ¿Cómo puede poseer la masa semejante libertad en un período de caos económico? Sobre el promedio de los hombres pesa actualmente la sombra de los millares de desocupados, de los que viven al borde de la desocupación, de los salarios bajos, las largas horas de trabajo agotador, malas viviendas, la desaparición paulatina de los centros de esparcimiento, la incertidumbre de colapsos industriales y confusión universal. ¡Qué falacia, entonces, hablar de libertad! *El comienzo de la libertad marca el final del caos económico*. Y, entonces, ¿cómo puede dominarse el caos económico sin facultad para obrar?

Por nuestra misma insistencia acerca de la libertad, y a causa de las celosas normas con que la guardamos, hemos llegado a un punto en que ha dejado por completo de serlo. Debemos mantener el derecho de la nación a decidir cómo y por quién ha de ser gobernada; hemos de proveer medidas que impidan el abuso de los poderes gubernamentales. Ello dista, empero, mucho, de requerir que todo acto del Gobierno quede sujeto a un debate minucioso y obstruccionista, y ello en una reunión de personas dotadas de escasa experiencia o de conocimientos de los pro-

blemas administrativos. Este fantástico sistema iniciado de buena fe como origen de la libertad, ha terminado por constreñir al ciudadano como un círculo de innúmeras y menudas restricciones, y ligar las manos de cada gobierno sucesivo. Ya en los debates, los oradores parlamentarios no esperan convertirse mutuamente, como lo hacían en los días de Sheridan. Los diputados encargados de velar por los intereses de su partido en el Parlamento están a la expectativa; todo miembro que incurra en desobediencia se verá muy pronto separado del Partido -que, incidentalmente, costeó los gastos de su elección- y sus posibilidades de mantener la banca que ocupa serán mínimas. El único propósito útil de los debates es el de hacer auto-propaganda ante los electores.

Resulta entonces obvio que este sistema crea un gobierno a todas luces malo y perjudicial para el ciudadano individual. Debe mantenerse la libertad constitucional; pero esa libertad o albedrío ha de expresarse en la facultad del pueblo para, mediante un Parlamento por él elegido, elegir la forma y dirección de su Gobierno. De ahí no puede pasar. En asuntos complicados de esta índole, *es necesario confiar en alguien, pues de lo contrario nunca podrá llegarse a HACER nada.* El Gobierno, una vez en el poder, debe tener facultades para legislar por ordenanzas; el Parlamento debe, a su vez, tener facultades para anular el Gobierno mediante el voto de censura.

Esta es la esencia de nuestros propósitos parlamentarios. Es posible que para algunos impliquen la supresión de la libertad, pero por nuestra parte, *preferimos creer que significará la supresión del caos.*

Organización del moderno movimiento

Los mismos principios que resultan esenciales al Gobierno se aplican, con fuerza aún mayor, a un movimiento político de estructura moderna y fascista. Aquí tratamos, no con la masa, sino con los hombres que creen en la causa y que dedican toda su energía a llenar las finalidades de la misma.

Hemos visto a los partidos políticos de la antigua democracia caer en futilidades a través de la esterilidad del gobierno de comités y la cobardía e irresponsabilidad de su dirección. Una disciplina voluntaria constituye la esencia del Moderno Movimiento. Su dirección puede estar encarnada en un individuo, o preferiblemente, tratándose de británicos, en un grupo investido de funciones y responsabilidades claramente definidas. En cada caso, por consiguiente, organizados como un ejército disciplinado, y no como una turba escandalosa en la que cada uno de sus componentes vociferase órdenes. La cabeza fascista debe dirigir, y su disciplina debe ser respetada. Siguiendo estos principios, tanto en la estructura de nuestro propio movimiento como en la del Gobierno surgido, conservamos los ideales de una verdadera democracia combinándolos con la facultad de decisión rápida sin la cual toda idea de democracia se perderá definitivamente en el caos.

El primer paso tiende al firme establecimiento del Moderno Régimen en la vida de la nación británica. En definitiva, las naciones se salvan del caos, no gracias a sus Parlamentos, sea cual fuere el sistema electoral; ni por elementos civiles, sea cual fuere su instrucción, sino por la firme voluntad de un movimiento organizado para vencer.

Todo un pueblo puede ser arrebatado a la vez por el entusiasmo de un esfuerzo grande y decisivo, como cuando se trató de la elección del Gobierno Nacional. Ese entusiasmo y ese esfuerzo pueden mantenerse durante un largo período de tiempo, como ocurrió con la guerra, por la presión externa de una amenaza extranjera a nuestra existencia. Sin embargo, la historia cita muy pocos casos en los cuales el entusiasmo y la unidad de un pueblo entero se hayan mantenido durante una larga racha para surgir de la desintegración y del colapso.

Para llegar a tal fin es necesario el arrastre de un movimiento organizado y disciplinado, que entienda y analice cada uno de los aspectos de la vida nacional. En todos los pueblos y ciudades, en todas las instituciones de la vida diaria, la voluntad de la minoría organizada y decididas debe luchar para mantenerse. En momentos de dificultad, disolución y desesperación, debe constituir el centro animador que pueda servir de ayuda a los flojos y a los débiles. El Moderno Movimiento, en la lucha y en la victoria, debe estar enlazado indisolublemente con la vida de la nación. Ninguno de los Partidos políticos comunes del pasado,

basados en organizaciones de mujeres de edad, reuniones sociales y comités, puede sobrevivir a semejante lucha. Nuestra esperanza radica en la juventud llena de vida y decidida, dedicada a la resurrección de la grandeza de la nación y dispuesta a no escatimar esfuerzos ni sacrificios para lograr tan elevado fin. Necesitamos del sublime entusiasmo de una nación y de las energías devotas de sus ciudadanos.

CAPITULO II
EL ESTADO CORPORATIVO

Racionalización del gobierno

El objeto principal de un movimiento moderno y fascista es el de establecer el Estado Corporativo. A nuestro entender, es la idea constructiva más grande jamás surgida de la mente humana. Es casi desconocida en Gran Bretaña y, sin embargo, se adapta mejor, por naturaleza, al temperamento británico que al de cualquier otra nación. *Psicológicamente se basa en el trabajo de conjunto; en su organización, es el Estado racionalizado.* Hemos racionalizado la industria y muchos otros aspectos de la vida, pero no hemos racionalizado el Estado. Sin embargo, el primero hace aún más necesario al segundo para que la potencia económica del hombre no escape a su propio control.

Sir Arthur Salter ha dicho que "la sociedad privada no ha perfeccionado mecanismo alguno que permita a la industrial en general contribuir a la formación de un régimen económico de carácter general, averiguando su aplicación una vez adaptado". Este mecanismo de dirección central es el que el Estado Corporativo debe proveer, y ello, no como un esfuerzo esporádico en época de crisis, sino como una parte continua del engranaje gubernamental. Es esencialmente adaptable; ningún régimen de carácter rígido puede tener la esperanza de sobrevivir en un mundo de condiciones rápidamente mutables. TAL COMO

SU NOMBRE LO INDICA; CONTEMPLA EL CASO DE UNA NACIÓN ORGANIZADA COMO UN CUERPO HUMANO. Cada parte cumple la misión que le corresponde como miembro del conjunto, desarrollando su labor separadamente, contribuyendo, empero, al hacerlo así, al bienestar de la unidad total. El conjunto es dirigido generalmente por el cerebro central de gobierno, sin el cual ningún organismo ni régimen social puede funcionar.

NO QUEREMOS SOSTENER CON ELLO UN CONTROL DESDE WHITEHALL, O UNA CONSTANTE INTERFERENCIA DEL GOBIERNO EN LOS ASUNTOS INDUSTRIALES. Queremos, eso sí, significar que el Gobierno, o mejor dicho, el régimen corporativo, fijará los límites dentro de los cuales podrán desenvolverse los individuos y sus intereses. Tales límites están demarcados por el bienestar de la nación. Dentro de ellos se alienta toda actividad; el esfuerzo individual y la obtención de ganancias, no sólo son permitidos, sino que se les anima en tanto ese esfuerzo enriquezca sin perjudicar con su actividad a la nación en general.

Pero tan pronto como alguien, ya se trate de un individuo o de una entidad organizada, franquee tales límites, en forma de que su actividad se torne regional y antisocial, el mecanismo del régimen Corporativo cae sobre él. Equivale a decir que toda organización, ya sea de "izquierda" o de "derecha", industrial, financiera, sindicalista o bancaria, está subordinada el bienestar de la comunidad en general y a la autoridad suprema del Estado organizado. No se admite la existencia de un Estado dentro del Estado. "Todos dentro del Estado; nadie fuera del Estado; nadie contra el Estado".

El productor como base del Estado

El productor, ya los sea por su esfuerzo material, cerebral, o por su capital, constituirá la base de la nación. Las fuerzas que le animan en su labor de reconstrucción nacional serán alentadas; las que desvíen y destruyan las empresas productivas, tropezarán con la fuerza de la autoridad nacional. La potencia incalculable de las finanzas será facilitada cuando sirvan a la producción nacional. No será en modo alguno coartada; pero se la guiará por aquellos caminos -que son actualmente los de la oportunidad más bien que los de la costumbre- que sirvan a los fines de la nación. Esta es la verdadera finalidad de las finanzas, interpretándolas, según lo ha afirmado sir Basil Blackett, como "las colaboradoras de la industria". No habrá lugar en nuestra organización financiera, para las operaciones desorganizadas que han conducido a tan enormes complejidades y que han derruido la estructura de la industria británica hasta sus mismos cimientos. En nuestro régimen de trabajo no cabrá el dirigente sindicalista que, por motivos regionales o políticos, impide el cumplimiento de un servicio de carácter vital. Pero sí habrá un lugar de honor para las organizaciones financieras que contribuyen a la labor de reconstrucción británica y para los sindicatos que cooperen a esa reconstrucción en interés de sus miembros, que lo son también de la comunidad nacional.

La lucha de clases será eliminada por una organización gubernamental permanente destinada a conciliar los choques de los intereses de clases en una distribución equitativa de los producidos de la industria. Las cuestiones de salario no serán abandonadas a la riña de perros que es la lucha de clases, sino que serán zanjadas mediante el arbitraje imparcial de la maquinaria del Estado; las organizaciones existentes, tales como los sindicatos y federaciones patronales, serán absorbidas por el Estado Corporativo y hallarán en él una representación oficial que no reducirá, sino que aumentará su esfera de acción. EN LUGAR DE CONSTITUIR UN CONJUNTO GENERAL DE FUERZAS CONTRARIAS, RESULTARÁN DIRECTORES CONJUNTOS DEL ESFUERZO NACIONAL BAJO LA GUIA GENERAL DEL GOBIERNO CORPORATIVO.

Naturalmente, la labor de esas organizaciones industriales no se limitará meramente a la dilucidación de las cuestiones de salarios y horas de trabajo. Serán llamadas también para coadyuvar, mediante consultas regulares, al régimen económico general de la nación. Los sindicatos de empleadores y las organizaciones obreras en las industrias particulares serán absorbidas por corporaciones que abarcarán esferas industriales particulares mayores y unidas entre sí. Esas corporaciones estarán a su vez, representadas en un consejo industrial de carácter nacional, que constituirá una característica permanente de cooperación

con el Gobierno para la dirección del régimen económico.

Según creo, la idea de un Consejo Nacional, fue anunciada por primera vez en el discurso que pronuncié al renunciar a mi representación en el Gobierno Laborista, en mayo de 1930. Esa idea ha sido desarrollada desde entonces por sir Arthur Salter y otros escritores. Un organismo de esa especie se mantiene o cae según la efectividad de la organización sobre la cual se asienta. No debe estar integrado por delegados casuales de organismos ajenos entre sí, que se encuentren ocasionalmente para consultas ad hoc. La maquinaria debe funcionar en forma permanente, abarcando dentro de sí el conjunto industrial y comercial de la nación. No debe ser fortuita, sino sistemática y de aplicación continua. Sir Arthur Salter considera ese mecanismo en el siguiente pasaje: "En la industria y el comercio, en la banca y las finanzas, en las profesiones en general, existen instituciones capaces de representar intereses no meramente regionales. Pueden haber sido constituidas en un principio para la defensa de un interés común contra una organización contraria o contra competidores, o el público mismo; pero tienen, o pueden tener otro aspecto; el de mantener y elevar el "standard" de competencia y desarrollo de las tradiciones que existen en el interés general del público". Esto último es precisamente el aspecto que el régimen Corporativo desarrolla en una estructura activamente uniforme de gobierno industrial. Hasta ahora no se ha llevado a la práctica ningún otro régimen concreto, tendiente a lograr la misma finalidad.

El primer principio consiste en absorber y utilizar los elementos que resultan útiles y beneficiosos. A este respecto, el fascismo difiere profundamente de su oponente el comunismo, que persigue la lucha de clases para lograr la destrucción de todo esfuerzo científico, práctico y de empresa, hasta que, cuando llega el despertar, se ve obligado a adquirir esas mismas posibilidades que ha destruído, de naciones extranjeras, pagando por ellas precios enormes. Tal como lo demuestra el curso de los acontecimientos en Rusia. La primera labor del leninismo fue destruir, desgajar todos los árboles del huerto -buenos o malos- únicamente porque habían sido plantados por los enemigos. Y luego, cuando la destrucción trajo al caos detrás del hambre, se habló de un plan quinquenal de concepción americana, completado por un núcleo de técnicos alemanes y americanos contratados con honorarios extraordinariamente elevados.

No es ése el método del fascismo. Su finalidad es la revolución, pero no la destrucción. Su objetivo es el de aceptar y emplear los elementos útiles dentro del Estado, en forma de aprovecharlos en el intrincado mecanismo del régimen Corporativo.

La lealtad a la Corona

Respetamos y veneramos todo lo bueno del pasado. He ahí porqué, en todo el desarrollo del movimiento, respetamos y veneramos la Corona. He aquí, al menos, una institución, suavizada por las fricciones de muchas épocas, que en momentos difíciles ha demostrado su efectividad, evitando al Imperio más de una calamidad. Creemos que bajo la misma revelación imparcial, puede aún cumplirse pacíficamente el cambio constitucional más grande de toda la historia Británica.

No puede, empero, decirse los mismo de la Cámara de los Lores, que es uno de los inútiles anacronismos del régimen actual. En días ya lejanos, los miembros de la Alta Cámara estaban excepcionalmente preparados en algunos temas, y tenían cualidades de Gobierno. Su posición les había proporcionado educación y sus riquezas habíanles permitido viajar. En éstos, y en una multitud de otros asuntos, aventajaban a sus contemporáneos. Eran poseedores hereditarios de grandes extensiones de terreno, en épocas en que la posesión de tierras constituía las única responsabilidad industrial que las circunstancias económicas habían creado. Por ello hablaban con autoridad de asuntos que los otros estaban menos preparados para discutir; y, en tanto se mantuvieron en ese plan, constituyeron una rama eficaz e indispensable del organismo legislativo.

Su posición derivaba de las desigualdades sociales del período; y no existe factor social que el tiempo haya alterado más radicalmente. Como individuos, los miembros de la Cámara de los Lores no son mejores ni peores, más ricos ni más pobres, más cuerdos o más imbéciles, que sus colegas de los Comunes. Su única función es la de intervenir sin responsabilidad. Se han convertido en autómatas hereditarios, cuyas facultades han considerado necesario los gobiernos sucesivos.

En el Estado Corporativo, la Cámara de los Lores sería automáticamente sustituída por la Corporación Nacional, que funcionaría como un

Parlamento Industrial efectivo. De este modo aboliríamos una forma de obstrucción legislativa, sustituyéndola con una experiencia mancomunada de la industria y el comercia del país.

El privilegio de ocupación

Además, en el cuerpo principal del Parlamento, los elementos industriales tendrían un reconocimiento más directo y sistemático por la adopción de un privilegio de ocupación. Según están las cosas actualmente, no hay nada que impida al electorado, que se supone compuesto de gente cuerda, elegir un Parlamento formado, en su totalidad, por corredores de azúcar. Todos ellos podrán ser excelentes candidatos para cualquier partido que decidieran representar. Podrían ser opulentos, geniales y dóciles; firmes sostenedores de kermeses de caridad, entusiastas colaboradores de equipos locales de football, contribuyentes locales a los fondos del partido a que pertenecen. Sí, además de ello, besan graciosamente a las criaturas y prometen reformas en número y cantidad suficientes para impresionar a los electores, no tendrán mayores dificultades para llegar al Parlamento. Si muchos corredores de azúcar procedieran así, no hay razón por la cual todos los miembros del Parlamento no tuvieran esa profesión: cierto es que ello no les haría competentes para discutir un proyecto relacionado con las complejidades administrativas de la desocupación en una sociedad industrial del Norte. En realidad, los desocupados no prodrían abrigar muchas esperanzas.

Esto es una exageración; pero algo parecido, en miniatura, ocurre en cada elección. Los electores votan basándose en consideraciones generales de política que no pueden entender, desde que no tienen a la vista con toda claridad los hechos. No es que los diarios sean culpables, ni implica secreto por parte del Gobierno del día. La verdad es, sencillamente, que los movimientos que se observan detrás de cada decisión política son demasiado complicados para ser expuestos al público. El resultado es que las elecciones son disputadas en medio de un tropel de titulares periodísticos: "Tres acres y una vaca", "Impuesto a la riqueza, no a la comida", "Seguridad ante todo", y hasta "Colgad al Kaiser".

Eso es una parodia de legislación democrática. Lo esencial, ante todo, es un electorado bien informado; y pocos son los hombres que no estén más informados acerca de sus propias tareas que de las complicadas maniobras de la política. Por esta razón, la mayoría de los miembros del Parlamento, serán electos basándose en el carácter de su ocupación, más bien que en el lugar de su residencia. Un ingeniero votará como tal; y pondrá así en juego, no a un conocimiento escaso de política interna y externa, sino la larga experiencia de la rama a que se dedica. Votará en común con otros de experiencia similar y llegará a la decisión razonada de un técnico en su esfera de acción al elegir entre miembros de esa misma rama.

Siempre será necesario elegir una proporción de miembros del Parlamento en el terreno general de la política nacional por el ejercicio de una franquicia de carácter general; pero la relativa pequeñez de su número y el mayor volumen de sus distritos electorales, elevaría esa representación nacional, de la esfera parroquial a la nacional. En tales condiciones, los candidatos sólo podrían ser elegidos en razón de conspicuos donativos, y no como consecuencia de una mera exhortación parroquial. El número de miembros del Parlamento electos quedaría reducido, pero ganaría en calidad. Esos principios electorales han sido diseñados, no con el objeto de limitar las facultades de los electores, sino más bien para aumentar su verdadera fuerza, permitiéndoles la emisión de un voto bien informado.

El peligro de nuestro régimen actual consiste en el hecho de que se atrae con demasiada facilidad el desprecio. Nadie espera, en nuestros días, que se cumplan las promesas formuladas antes de la elección. Los Gobiernos son elegidos según la fuerza de su llamado a las pasiones o al sentimiento. Una vez en el poder, deponen sus facultades efectivas en favor de los grandes intereses existentes dentro del Estado, pero superiores al mismo, que ejercen secretamente su influencia. La naturaleza cada vez más técnica de todos los problemas de una era económica, ha hecho difícil o imposible explicar la realidad de las cosas al electorado en general. La división entre los políticos del día y la realidad del Gobierno se ha hecho cada vez mayor. El técnico se ha dejado encadenar más y más por la pasión, los prejuicios y la estultez de políticos indoctos.

Con el régimen que propugnamos, el técnico, que es el arquitecto de nuestro futuro industrial, tiene las manos libres para desarrollar su labor. Se le acuerda el mandato para esa labor por el privilegio informado de sus colegas de industria. Semejante voto no puede ser sino el resultado de la experiencia y el conocimiento de las cosas. ¿NO ES ESTO EN VERDAD, UNA DEMOCRACIA RACIONALIZADA? ¿No es preferible este régimen a la solemne farsa de elecciones actuales, que entiende que los problemas técnicos de gobierno en nuestros días, desde la dirección monetaria hasta la evolución de un sistema científicamente proteccionista, pueden ser resueltos mediante una que otra discusión de pocos días en el torbellino de unas elecciones generales?

La generalidad de los hombres se resentiría grandemente ante semejante consideración de los hechos de su vida industrial diaria. Si alguien penetrara en un taller mecánico y luego de breves minutos de somero examen de un procedimiento intrincado que el ingeniero hubiese estudiado durante toda su vida, pretendiera indicarle la forma de hacerlo, aquél se apresuraría a calificar el intruso de asno de solemnidad. Y sin embargo, esos son los métodos que nuestro sistema electoral actual aplica al más intrincado y técnico de todos los procesos, el gobierno de un Estado civilizado.

La democracia racionalizada, así como la racionalización de la industria se han tornado una necesidad imperativa. El Estado Corporativo provee la única solución conocida al problema. Nuestro régimen electoral se ha convertido en una farsa, peor aún que en los días de las elecciones robadas y de los distritos de bolsillo. Según está organizado en la actualidad, nuestro sistema de Gobierno carece del vigor necesario para sacarnos de la depresión comercial y elevar a Gran Bretaña nuevamente al primer puesto del mundo. Es posible que con el correr del tiempo, disminuya la crisis; pero aunque así sea, carecemos de organización para surgir en una posición comparable a nuestra prosperidad anterior.

Después de la crisis de 1921-mucho menos severa que la de 1932-no recuperamos ni aún una semblanza de nuestra antigua prosperidad; el gobierno debe ser racionalizado, si hemos de evitar una repetición de la última década de desgraciada historia. Por otra parte, si las nubes de depresión no se esfuman y el Estado permanece sin racionalizar, existe

un peligro real de que la farsa sea reconocida como tal y que el país se vuelque y lo haga violentamente hacia los remedios catastróficos del comunismo.

CAPITULO III
EL ESTADO Y EL CIUDADANO

Inglaterra regida por el temor

Las leyes y convenciones morales y sociales de Gran Bretaña, ofrecen el más notable de los contrastes con la extraordinaria ilusión de ser libre que alimenta el británico. LA VERDAD ES QUE EL PAÍS ESTÁ REGIDO POR EL TEMOR. En ningún otro país civilizado, excepto quizá en los Estado Unidos, goza el individuo de tan escasa libertad de acción.

VIVIMOS EN UNA ERA DE ANARQUÍA PÚBLICA Y DE REPRESIÓN PRIVADA: DEBIÉRAMOS TENER UNA ORGANIZACIÓN PÚBLICA Y LA LIBERTAD PRIVADA. Se nos dice que es un insulto obstaculizar al ciudadano en su carácter público como productor, financiero o distribuidor, aún cuando, de emplear sus medios incorrectamente, su conducta anti-social pueda perjudicar a decenas de millares de conciudadanos. En cambio se nos enseña a inmiscuirnos en cada unos de los detalles de su vida privada, en cuya esfera no puede dañar más que a sí mismo, o a lo sumo, a sus vecinos más próximos. Puede enviarse a un hombre a la cárcel por haber apostado un chelín en una carrera de caballos. Pero, en cambio, ese mismo hombre puede formalizar enormes apuestas en la Bolsa, y vivir honrado y respetado como un sostén de las finanzas industriales. Puede perjudicar la vida entera de la nación en el carácter capitalista o de jefe sindicalista, pero no arriesgar siquiera el más ligero perjuicio para sí mismo mediante la adquisición de bebidas después de la hora señalada para el cierre de los establecimientos.

Se nos trata como a una nación de criaturas; cada rubro de nuestra legislación social está diseñado, no para permitir el cuso de una vida normal a la personas normales, sino para impedir el decadente herirse a sí mismo. A cada momento la libertad privada individual es invadida por los políticos entrometidos que no ha sabido llevar adelante su verdadera actividad, que es la vida pública de una Nación organizada.

Para las mentalidades limitadas, es más sencillo mantener cerradas las tabernas que conservar abiertas las fábricas. El político, consciente quizás de sus propias limitaciones, se vuelve, naturalmente, hacia una esfera que le es más familiar, con el resultado de que se crea un régimen político que es precisamente el reverso de lo que debiera ser. EN LOS ASUNTOS PÚBLICOS DE LA VIDA NACIONAL OBSERVAMOS DESORDEN Y ANARQUÍA: EN LOS ASUNTO PRIVADOS DE LA VIDA INDIVIDUAL TROPEZAMOS CON INTROMISIONES Y REPRESIÓN.

Pero es que no llega a ser anarquía; es una forma risible de farsa organizada, que ha hecho de nosotros la mofa de todos los países civilizados. EL RÉGIMEN, EN GENERAL, ES EL ENTE DE LA MISMA MENTALIDAD QUE HA TRANSFORMADO AL PARLAMENTO EN UN REBAÑO DE OVEJAS INÚTILES; QUE SE HA EQUIVOCADO TORPEMENTE EN LA GUERRA, EN LA PAZ, EN LA CUESTIÓN DE LAS DEUDAS Y EN LA CRISIS FINANCIERA. Es el subproducto de la época, luchando con un problema, respecto al cual se siente inferior; y por lo tanto, constituye un supremo desafío a la juventud y a la realidad.

Servicio público - Libertad privada

El principio fascista consiste en "libertad en la vida privada y obligación en la vida pública". En su capacidad de ente público un hombre debe proceder como corresponde a un ciudadano y a un miembro del

Estado; sus actos deben conformarse a los intereses del Estado que le protege y le gobierna y garantiza su libertad personal. En privado puede proceder como mejor le parezca. Siempre que no obstaculice el libre albedrío y la tranquilidad de los demás, su conducta es algo que solamente incumbe a él y a su propia consciencia.

Existe, empero, una condición. En el Estado no hay cabida para el holgazán y el inútil, que utilizan sus ocios para destruir su propia capacidad para el bien público. En nuestra moralidad, es necesario "vivir como atletas", a fin de capacitarnos para la carrera de servicio que constituye la idea fascista de la ciudadanía. Para todas las cuestiones morales, la prueba de fuego es, ante todo, social y luego científica. Si un acto no perjudica al Estado o a otros ciudadanos del mismo, y deja al actor en buenas condiciones físicas y morales, no puede considerársele moralmente erróneo. Esta prueba sobrepasa a todas las consideraciones de religión, de perjuicio y de doctrinas hereditarias que, en la actualidad obscurecen la mente humana.

Detestamos la decadencia del sexo lo mismo que desdeñamos la decadencia de la represión. Un atletismo ordenado del espíritu y del cuerpo, es la finalidad más elevada de una moralidad justamente exigible. Y aún para exigir tal cosa, nos apoyaríamos en un nuevo sentido social, nacido de un renacimiento moderno, más bien que sobre la legislación. La ley arresta al ebrio ocasional; pero no toca al bebedor consuetudinario, al amoral y al degenerado.

En nuestro atletismo ordenado de vida buscamos, en realidad, una moralidad de tipo espartano, pero ello debe ser más atemperado con la atmósfera elizabetana de la Inglaterra alegre. Los días que precedieron la victoria de la represión puritana coincidieron con los acontecimientos más notables de la virilidad y del esfuerzo constructivo británicos. Los hombres que transportaron la enseña inglesa hasta los mares más lejanos distaban mucho de sentirse intimidados en sus vidas privadas. Las compañeras de sus horas de esparcimiento no fueron ciertamente, ni D.O.R.A. ni Mrs. Grundy.

Adaptabilidad y felicidad

Sabemos que la felicidad, a igual que la adaptabilidad, constituye un acervo social y político. Cuanto mayor sea la alegría y la felicidad de aquellos que están en contacto con las tareas del día, tanto mejor les resultará el cumplimiento de su misión. Pero toda la alegría de vivir y nuestra felicidad en las cosas privadas debe contribuir a aumentar, no a reducir, nuestra capacidad de servicio al Estado. Prácticamente nos complace ver a un hombre en un hipódromo, en un team de football, en el teatro o en el cinematógrafo durante su bien ganadas horas de descanso; y no nos importa lo más mínimo verle en una taberna o en un club, siempre que no incurra en excesos ni malgaste su salud o sus recursos. En muchas cosas se distingue entre el descanso y la indulgencia. Esta última se convierte en decadencia, pero la primera contribuye a la diversión saludable, que a su vez rezuma en un aumento de eficiencia y de servicio.

Es por ello que, al pedir a nuestros afiliados que "vivan como atletas" no abogamos por la esterilidad del puritanismo y de la represión. Queremos hombres, no eunucos en nuestras filas, pero hombres con una firme unidad de criterio, a cuyo servicio sometan sus vidas. Esa moralidad ha sido ya aceptada en nuestro Movimiento y sus detalle tienen ya forma organizada. Esperamos de nuestros miembros que se mantengan aptos, no sólo mental sino también físicamente, y por esa razón se nos ha atacado a menudo tildándosenos de organizaciones de la violencia física. Haremos frente, naturalmente, a la fuerza con la fuerza; pero no es tal el motivo de esas actividades. Ningún hombre puede degenerarse mientras practique sencillamente o descuelle en alguna rama de atletismo. Es una parte de la vida de un nuevo movimiento dedicado a mantener ese constante entrenamiento mental y material en forma de poder u disponer de él llegado el momento. En realidad, en nuestro movimiento, buscamos la creación anticipada del microcosmo de una hombría nacional reconstruida.

Esa es nuestra moralidad, y la pregonamos como la moralidad natural de la hombría británica; y de ella deriva la hostilidad a la represión social y a la legislación de hoy en día, así como a cada acto de nuestra

política regida por el terror, que se compendia en la D.O.R.A. Tratamos de crear un movimiento que abarque a toda la nación para sustituir la legislación de nuestras ancianas damas parlamentarias por el sentido social y la voluntad de servir a los jóvenes. TODO HOMBRE DEBE SER MIEMBRO DEL ESTADO, DÁNDOLE SU VIDA PÚBLICA, PERO RECLAMÁNDOLE EN CAMBIO LIBERTAD EN SU VIDA PRIVADA Y DISFRUTANDO DE ELLA DENTRO DE LA FINALIDAD CORPORATIVA DEL ESTADO.

El trabajo femenino

Se ha insinuado que, hasta ahora, hemos dedicado escasa atención en nuestra organización a la situación del elemento femenino. Es cierto que en nuestra organización política nos hemos concentrado hasta este momento en la organización masculina, pero no por menospreciar la importancia de las mujeres en el mundo; sino porque nuestras experiencias políticas nos han llevado a la conclusión de que las primeras etapas de esa organización constituyen labores de hombres. En realidad, consideramos demasiado a las mujeres para exponerlas a las botellas rotas y los navajazos con que nuestros oponentes comunistas han sazonado el argumento. La parte reservada a la mujer en nuestra futura organización será importante, pero distinta de la de los hombres; NECESITAMOS HOMBRES QUE SEAN HOMBRES Y MUJERES QUE SEAN MUJERES.

En la organización política del Estado Corporativo, reservamos, sin embargo, una parte sumamente importante a la mujer. Las profesionales y todas aquellas dedicadas a la industria, encontrarán, naturalmente, su representación natural en las corporaciones que abarquen sus industrias y sus profesiones respectivas. Queda por resolver el punto principal de la representación y organización de la gran mayoría de las mujeres que consuman el acto importante de la maternidad, y que nunca han estado representadas en tal carácter en ninguna organización.

Es posible que para muchos semejante idea resulte fantástica, pero la lógica de la situación requiere alguna organización corporativa en la que esté representada la maternidad. Es una verdad innegable que la

maternidad es uno de los actos más elevados y que mayor importancia tienen para el Estado; ¿por qué, entonces, no acordar a las mujeres representación y organización como madres? La mujer normal ha sufrido hasta ahora enormemente por la ausencia de organizaciones representativas. Su representación la han ostentado políticas profesionales, a las que se ha dedo en llamar irrespetuosamente "Representaciones de Tierra de Nadie". Tales mujeres estarán quizá adecuadamente capacitadas para representar ciertos aspectos de la vida femenina, pero pocas de ellas pueden reclamar la representación de las madres de la Nación. ¿Por qué no podría la representación de la maternidad constituir una fuerza organizada en los consejos del Estado? El cuidado de la madre y del niño constituye parte integrante del Estado Fascista, que se considera a sí mismo, no sólo como guardián del presente, sino también, en mayor grado que los antiguos Partidos, como el guardián del futuro.

Existen muchas cuestiones de interés capital para la mujer, que una organización de esta clase llevaría muy lejos en el camino de su resolución. Los detalles de viviendas, salud y educación en su acepción más amplia, caen naturalmente dentro de su esfera. Y aún quedan asuntos de significación política y social más amplia, en los cuales los Consejos constituidos por elementos femeninos de carácter normal son de la mayor importancia.

La gran mayoría de las mujeres no siguen la carrera política no tiene tiempo para dedicarse a ella. De ahí que sus intereses resulten descuidados y su representación nominal recaiga en mujeres cuya única idea consiste en evadirse de la esfera normal reservada a la mujeres para trasladarse a la de los hombres, con el resultado final de que ese proceso nunca resulta efectivo, y la tentativa hace que esas mujeres aún menos calificadas que el tipo medio de hombres para tratar de las cuestiones normales de la vivienda y la niñez.

Por consiguiente, la representación y organización por primera vez, de las mujeres normales, de las que depende el futuro de la raza, constituyen una necesidad política práctica. El fascismo, en fin, consideraría a la mujer normal y a la madre como a uno de los principales pilares del Estado y confiaría en ella para la organización y desenvolvimiento de uno de los aspectos más importantes de la vida nacional.

PARTE II

LOS FUNDAMENTOS DEL RÉGIMEN

CAPITULO IV
LA CAUSA DEL TRASTORNO

I) La producción mundial

Antes de proceder a examinar la detallada estructura económica del Estado Corporativo, es menester discutir el análisis económico que nos lleva a la conclusión de que el actual orden de cosas en la industria, y en consecuencia, de la sociedad, debe ser sustituido por el régimen económico en el que formulamos nuestra alternativa constructiva.

La forma que comunmente asume la política económica de la "vieja troupe" es la de considerar a la crisis actual como un fenómeno temporal, que terminará por desaparecer automáticamente sin que medie el esfuerzo particular del hombre ni una reorganización drástica de la sociedad. Uno de los principales sostenedores de ese punto de vista, me habló en cierta oportunidad en los siguientes términos: "Es usted un joven que no alcanza a recordar depresiones anteriores; han ocurrido a menudo durante mi vida y todas ellas han pasado. Todas esas cosas a las cuales usted se refiere, tales como la racionalización de la industria y el desplazamiento del trabajo manual por la maquinaria, han venido considerándose desde hace largo tiempo. Durante el siglo pasado. Se les hizo frente mediante un aumento gradual de salarios que aumentó el poder adquisitivo y por una disminución gradual de horas de trabajo, con lo que se redujo la producción. Y por encima de todo, oportuna-

mente se han abierto nuevos mercados allende a los mares para absorber el excedente de nuestra producción. Por ejemplo, cuando yo era niño, los negros no andaban en bicicleta; ahora lo hacen y en Coventry hay buena cantidad de personas empleadas en construir esas bicicletas."

Era inútil señalarle que esas crisis de superproducción con relación a la demanda fueron por lo general temporariamente dominadas por acontecimientos tan fortuitos como el descubrimiento de los placeres de oro de Goldfield, que originaron un movimiento inflacionista de carácter universal. Aún cuando en la época en que me hablaba, el sostenedor de aquella tesis económica se hallaba al frente de las finanzas nacionales, tenía conocimientos muy superficiales de los problemas monetarios.

Si embargo, aparte de esas complejidades, puede sintetizarse brevemente la verdadera y sencilla respuesta a la escuela del "negro y la bicicleta". Es cierto que durante el transcurso del siglo pasado, se ajustó aproximadamente la mayor producción a la demanda por los procedimientos automáticos anteriormente descritos, bien que con grandes perjuicios para la clase trabajadora, y con la lucha y disloque del mecanismo industrial. Es también verdad que nos arreglamos para disponer del excedente de nuestra producción mediante la venta de artículos manufacturados a países aún no industrializados. Naturalmente, el pago de ese excedente de producción no podía haberse hecho, sin dislocar la industria británica, mediante la entrega de mercancías o servicios a cambio del excedente que habíamos comerciado. Su pago tomó por consiguiente la forma de inversiones en el extranjero, de las que el tenedor de bonos percibía un pequeño tributo anual en forma de interés y en cuya manipulación se basaba la potencia financiera mundial de la City de Londres Las inversiones en el exterior por medio de esas ventas del exceso de nuestra producción se tornó uno de los principales recursos de la política financiera británica y fue en gran parte el origen de la escuela laborista-liberal que sostiene que el único índice de la prosperidad británica es la cantidad de mercancías que podemos enviar al extranjero para consumo.

Sea como fuere, ese régimen funcionó al menos lo suficiente como para impedir un colapso de la industria y de la sociedad. Pero el criterio de nuestros gobernantes al estilo del "negro y la bicicleta", al pasar revista complacidos a su experiencia pasada, ignora ciertos nuevos factores de la época presente. En primer lugar, durante el curso de la última generación el avance de la ciencia ha sido más súbito y desconcertante que nunca. Según me dijo un gran sabio: "Durante el transcurso de los últimos veinte años la ciencia ha adelantado más que en los dos siglos anteriores y las únicas mentalidades que no han registrado ese cambio son las de los políticos a la antigua".

EN OTRAS PALABRAS, LA CIENCIA, LAS INVENCIONES Y LA TÉCNICA HAN AUMENTADO ÚLTIMAMENTE LA FACULTAD DE PRODUCIR MÁS ALLÁ DE TODA EXPERIENCIA ANTERIOR. Al mismo tiempo, nuestra organización distributiva y de gobierno ha permanecido prácticamente invariable, con el resultado de que la producción de la industria excede en mucho a la demanda efectiva. En segundo lugar, los mercados exteriores representados por los países aún no industrializados van día a día dejando de ser disponibles. Nuestros mercados anteriores están comenzando a industrializarse y protegen sus nacientes industrias con aranceles prohibitivos.

Estos dos sencillos hechos: I) el nuevo adelanto de la ciencia; y II) el cierre artificial de nuestros mercados exteriores constituyen una respuesta suficiente a la teoría del "negro y la bicicleta" sin necesidad de entrar en complejidades tales como la teoría monetaria considerada hasta aquí como situada fuera de la esfera de los hombres de gobierno. A este respecto, sólo es necesario decir por ahora lo siguiente: Si ocurriera en la actualidad cualquier acontecimiento fortuito, tal como el descubrimiento casual de placeres de oro como los que salvaron temporalmente el régimen económico en el pasado, el efectos de tan feliz accidente resultaría inocuo como consecuencia de la política deliberada de ciertas grandes naciones al esterilizar el oro. Cierto es que existe en la actualidad un poderoso movimiento hacia una reforma monetaria y pocas cosas resultan más cómicas en la farsa de la política moderna que el espectáculo de los políticos que llaman solemnemente la atención del Parlamento sobre la existencia de un problema monetario cuya existencia negaron anteriormente con toda la indignación de una ortodoxia ultrajada.

Si bien consideramos favorablemente esa conversión tardía, afirmamos sin embargo, que la reforma monetaria, si no va acompañada por medidas más profundas de racionalización nacional, es en sí misma

completamente inadecuada para dominar la situación actual. Yo personalmente, cuento en mi haber con un "record" público, que abarca la pasada década, de lucha en favor de la reforma monetaria contra los esfuerzos combinados de los políticos de la "vieja troupe" y los banqueros para resistirla. Sin embargo, creo que la importancia de la reforma monetaria (vital como es) está hoy en día lejos de contar con una perspectiva favorable.

Supongamos que todos los principios que nuestros antiguos estadistas han resistido tanto tiempo y estudiado tan tarde, se aplicaran actualmente. Supongamos que se estabilizara el nivel mundial de los precios, de acuerdo con otras naciones, mediante la regulación internacional del oro o bien por la dirección acorde de las monedas. Supongamos que la cristalina inteligencia del actual Primer Ministro, al conferenciar con Mr. Hoover, resolviera el problema monetario mundial y que la sustitución de esa feliz palabra "deflación" por "inflación" hiciera por fin respetable el procedimiento. Supongamos, finalmente, que las reparaciones y las deudas inter-aliadas fueran canceladas mediante decisiones definitivas de una conferencia internacional, y además, que los aranceles nacionales fueran universalmente reducidos al mínimo.

Aún cuando formuláramos la inmensa suposición de que todos los problemas que tanto se estudian actualmente, como el de las barreras al comercio, fueran superados por los estadistas que los discuten en la actualidad, tendríamos aún que vencer ciertos hechos fundamentales para los cuales el régimen político existente así como los sistemas de gobierno, no ofrecen solución ninguna. Nos hallaríamos aún frente al hecho de que las industrias del mundo entero pueden producir hoy en día, sin forzar la marcha, mucho más de lo que cualquier concebible demanda efectiva del régimen actual podría absorber. Este es el hecho capital que no ha escapado a ninguna conversación ni conferencia, y que, a pesar de todo, no ha sido aún considerado seriamente por los estadistas.

Esta cuestión sería apenas discutida en base a las evidencias de que se dispone, pero en todas las discusiones del problema de la desocupación es casi siempre ignorada. Se la ignora porque involucra un cambio fundamental en la maquinaria del gobierno y de la industria. La manada de avestruces constituida por los políticos y economistas de la "vieja troupe", esconde sus cabezas aún más profundamente en la arena de los problemas importantes pero secundarios que debieron haber sido resueltos hace años, pero cuya solución no nos acercaría en la actualidad gran cosa a la estabilidad mundial.

Las cifras que se indican a continuación, demuestran el aumento real en la producción industrial, registrado entre 1927 y 1929:

	Por ciento
Reino Unido	4,0
Alemania	1,9
Estado Unidos de América	12,4
Francia	27,4
Suecia	17,6
Austria	11,7
Polonia	12,5
Canadá	23,6
Rusia Soviética	36,3

Las siguientes cifras señalan el volumen físico de producción "per capita" en el Reino Unido (1924 igual a 100):

	1924	1927	1928	1929
Minería	100,0	122,4	126,2	127,1
Hierro y acero	100,0	114,3	110,2	120,6
Construcciones y Astilleros	100,0	112,2	115,7	115,6
Textiles	100,0	94,7	95,5	94,8
Comestibles,Bebidas,Tabaco	100,0	95,5	97,8	104,4
Cuero y Calzado	100,0	106,7	110,4	106,9
Química y sus derivados	100,0	100,4	99,9	100,8
Industria total	100,0	106,6	106,9	111,1

Las cifras que preceden, demuestran, en manera sencilla, el significado del moderno movimiento hacia la racionalización. Tal procedimiento ha sido aplicado en todas la ramas de la producción. En todos los caso el resultado ha sido el mismo -al principio, abaratamiento de la producción y estímulo de la ocupación, hasta satisfacer y colmar el

nuevo mercado; luego, a medida que la visión de los grandes beneficios obtenidos por los primeros, fue atrayendo aventureros más tardíos, aumentó la capacidad de producción muy por encima del nivel de consumo. Llega un momento, en todo movimiento de expansión comercial, en que la salida de bicicletas aumenta con mayor rapidez que la inventiva de aquellos que buscan negros que poner encima.

El proceso de la competencia, nacional e internacional, provoca una tendencia cada vez más pronunciada hacia la racionalización. Por mucho trigo que haya, la tendencia futura de los agricultores franceses se dirigirá hacia una mayor producción "per capita", en tanto que los americanos harán lo contrario. En la industria, al igual que en la agricultura, el movimiento presenta la misma tendencia. En el caso de la industria del calzado, en la que existe una multitud de procesos distintos y en la que la racionalización es, por lo tanto, más difícil, el operario checoeslovaco, en las fábricas notablemente mecanizadas del difunto Herr Bata, produce diariamente una cantidad dos veces mayor de zapatos que el operario de las fábricas británicas. La tendencia imperante en el futuro será hacia un promedio mayor por obrero, aumentando así la racionalización en Inglaterra.

Mr. Fred Henderson ha calculado que, en los Estados Unidos, sesenta y siete hombres pueden producir la misma cantidad de mercancías que un centenar de ellos antes de la guerra. Una tercera parte de los operarios americanos permanecerían, por lo tanto, sin ocupación en forma permanente -sin trabajar siquiera esporádicamente- si no hubiese contribuido el "standard" de vida más elevado, a absorber el excedente. Esta es una tendencia de carácter mundial; y es vital para Inglaterra, así como para los demás países, que se eleve el nivel de los "standards" de vida en forma que permita el consumo de la mayor producción.

Una de las principales dificultades industriales de Gran Bretaña ha sido la falta de fluidez de la producción. Nuestras energías productivas corren por canales preestablacidos; ni el trabajo ni el capital buscan voluntariamente nuevas formas de empresa. Este ha sido el resultado de nuestra fe infantil en los enormes mercados para nuestras industrias de exportación y en nuestra capacidad para reconquistar mercados en los que no hay ya demanda de nuestros productos. Podemos producir más bicicletas que la cantidad de negros dispuestos a utilizarlas; y una multitud de países, que acostumbraban a comprarnos, construyen en la actualidad sus bicicletas (y otros productos), por sí mismos.

Aún en 1929, en los más álgido del periodo de prosperidad industrial, el mundo distaba mucho de consumir la totalidad de su producción. Había un millón de desocupados en Gran Bretaña, cuya producción caso de haber trabajado nadie hubiera adquirido. La industria americana del acero, admitiendo que marchara en base a estimaciones optimistas de las necesidades del consumidor, nunca trabajó a su capacidad total. Había ya un excedente primario, las existencias de cobre y zinc eran ya escasas; el caucho abundaba extraordinariamente; y el estaño, con grandes reservas acumuladas en almacenes y depósitos, tenía nuevas formas de expansión, y contaba con dos amplias instalaciones mecánicas, que mes tras mes aumentaban su producción.

Frente a esta evidencia, resulta obvio que la capacidad de producción ha sobrepasado con creces el mecanismo de las distribución. El aumento, relativamente lento de la capacidad productiva, registrado durante el pasado siglo, dejó tiempo para el ajuste automático de la demanda a la producción; ahora, en cambio, se ha producido un sensacional avance en la ciencia, la técnica y la potencialidad productiva, que hace utópica toda esperanza de un ajuste automático similar a los del pasado.

Solamente dando una nueva estructura a nuestra organización gubernamental podemos esperar afrontar las consecuencias de la organización industrial. SOLO EL ESTADO RACIONALIZADO PUEDE TENER LA ESPERANZA DE SOLUCIONAR EL PROBLEMA CREADO POR LA INDUSTRIA RACIONALIZADA. Es torpe denunciar la racionalización, porque significa sencillamente la modernización de la industria, y las industrias que no se modernizan no pueden vivir en modo alguno en las condiciones actuales. Además, impedir la racionalización es evitar la fructificación de la ciencia, que en toda sociedad racionalizada, beneficiaría enormemente a la sociedad. La forma de hacer frente a la racionalización industrial, no consiste en hacer retroceder las manecillas del reloj, sino organizar la sociedad de tal modo que sus efectos sean constructivos. Esa organización se describe en un capítulo posterior, pero para llegar a tal solución debemos hacer frente primero a la situación creada por la racionalización en el régimen actual.

No puede negarse que todos los días, nuevos procedimientos de racionalización desplazan al trabajo manual. Este desplazamiento provoca una mayor desocupación, reduce el número de los que perciben un salario y, consecuentemente el mercado para el que produce la industria. La capacidad de producir artículos aumenta, pero el consumo no, por lo menos en la misma proporción. Si la capacidad de consumo aumentase en proporción igual a la de producción, la mano de obra desplazada por la racionalización sería, naturalmente, absorbida de nuevo por la industria a causa de la mayor demanda. Como no existe ningún organismo de gobierno o de la industria destinado a lograr ese objetivo, la mano de obra así desplazada no es absorbida. El efecto de la racionalización, en realidad, no es el de aumentar, sino mas bien el de disminuir la capacidad de adquisición por el aumento de la desocupación. Y nosotros necesitamos, en la época actual, un aumento en la capacidad de adquisición, no sólo suficiente para proporcionar un mercado que pueda absorber la mano de obra actualmente desocupada, sino asimismo , adecuada para crear nuevas fuentes de trabajo para aquellos a quienes desocupen los procesos futuros de racionalización.

Este es el problema de menos consumo que queda en pie una vez resueltas todas las dislocaciones y trastornos temporales, sobre las cuales concentran ahora los políticos exclusivamente su atención. Es un problema que destruye todo fundamento para los cálculos basados en la teoría del ciclo-comercial del pasado. A menudo oímos decir que la actual depresión mundial es parte de la etapa de retroceso de un ciclo comercial que se mueve continuamente en alzas y bajas. Los propugnadores de la teoría del ciclo comercial argüían en la misma forma en 1921, y se equivocaron. Inglaterra se reanimó, es cierto; pero a través de ocho años de reconstrucción no ha logrado reconquistar su antigua posición, ni absorber a sus desocupados en industrias productivas. Basándose en cualquier teoría del ciclo comercial, la reanimación debió haberse iniciado en 1931; se contaba entonces con todos los elementos necesarios: precios bajos; poder adquisitivo inflado de las clases dotadas de ingresos fijos e inventarios mínimos en el comercio al por menor. El gesto de Mr. Hoover de acordar una moratoria de las deudas de guerra proporcionó justamente el estímulo que los precios necesitaban para poner en movimiento las ruedas del comercio. Si la depresión

actual fuera una de tantas, deberíamos estar ya adelantados en el camino hacia la reconstrucción.

La deducción es obvia. No existe un mero intervalo entre puntas sucesivas de prosperidad. Se trata de una crisis genuina y profundamente arraigada, en parte mundial, pero en parte peculiar a nosotros mismos. A menos que la contengamos en su propio espíritu, nunca podremos completar nuestra reconstrucción.

II) Los problemas particulares de Inglaterra

Hemos pasado revista ahora tan sólo a aquellas consideraciones de la crisis industrial que se aplican al mundo en general y que son responsables, al menos en parte, de la crisis mundial. Es necesario, sin embargo, considerar asimismo las dificultades peculiares de la situación británica, que, aún en caso de que faltaran esos factores mundiales, involucraría una revisión fundamental de nuestra organización industrial.

No debe olvidarse nunca que Inglaterra es la más grande nación exportadora, dependiente, más que cualquier otro país, de los mercados del mundo. Hemos sido la primera nación que sufrió na revolución industrial, y durante largo tiempo hemos disfrutado de algo semejante a un monopolio del mundo comercial en cuanto a productos manufacturados se refiere. Mucho antes de la guerra ese monopolio del mundo comercial en cuanto a productos manufacturados se refiere, había desaparecido, y bajo la presión del desenvolvimiento observado durante la guerra y después de la misma, el proceso ha avanzado en forma progresiva y acelerada. Sin embargo, nuestras exportaciones de productos manufacturados llegan aún al 30 por ciento de nuestra producción total. En relación a las nuevas y especiales dificultades de nuestra situación, el primer detalle a observar es la rápida industrialización de nuestros anteriores mercados.

Mercados industrializados

Según la grandiosa teoría librecambista del siglo pasado, que, al igual que otros sueños hermosos, ha caído por tierra bajo la dura prueba de la experiencia real, todas las naciones debían producir los artículos para cuya manufactura estuviesen mejor dotados por la naturaleza, cambiándolos con los productos correspondientes de otras naciones.

En cambio, cada nación viene luchando para convertirse los más aproximadamente posible en una unidad económica intrínseca. Detrás de cada barrera industrial, tratan de crear una variedad de comercios para suministrarles la proporción más grande posible de los productos que consumen. No importa que las mercancías así producidas cuesten a sus adquirientes más que si nos fueran compradas: no importa que el proceso de las nuevas industrias sea económico o anti-económico; tenemos que afrontar la circunstancia de que casi todas las naciones civilizadas están luchando para producir por sí mismas una cantidad de mercancías mayor que la requerida por su propio consumo. Además, las zonas aún no desarrolladas del mundo, a las que anteriormente suministrábamos productos manufacturados para su consumo y elementos de capital para su desenvolvimiento, han alcanzado, en su mayor parte, un nivel de desarrollo en el que van necesitando de esos servicios en progresión descendente. Los elementos capitales han dado su fruto. Les hemos vendido, por ejemplo, maquinarias textiles; ahora ellos hilan y tejen y Lancashire ha perdido sus mercados. Tenemos que afrontar una situación sumamente difícil para la nación que más depende del comercio exterior: la de que nuestros mercados extranjeros se van cerrando inevitablemente.

Desgraciadamente ,en ninguna parte ha sido esta tendencia mayor que en los países que componen el Imperio. Según cálculos del Comité de Balfour, las tasas aduaneras de los produsctos británicos en Sud Africa aumentaron en un término medio de 20% . En otros dominios y partes del Imperio, empero, el aumento ha sido más notable aún; en Australia, las tasas aduaneras aumentaron un 56 por ciento. En la India, cerca de unos 300 por ciento.

Un ejemplo típico de esa tendencia, lo tenemos en Australia, y más

especialmente en el trato dispensado a los artículos de lana. En 1922 el "Commonwealth Bureau of Commerce and Industry" declaró que el arancel aduanero tendía a "permitir la entrada de productos de origen británico en las condiciones más favorables posible, dentro de lo consentido por el desarrollo de la manufactura local". El Alto Comisionado, en un folleto publicado en Londres, declaró oficialmente que "si los aranceles actuales no establecen derechos suficientemente protectores para las nuevas industrias, se considerará el acuerdo de esa protección en la primera revisión del arancel que se efectúe con posterioridad al establecimiento de nuevas industrias"

Australia produce lana en bruto en grandes cantidades y de excelente calidad en su mayor parte. Antiguamente, la mayor parte de esa lana se enviaba a Yorkshire, cuyo clima ha demostrado ser extraordinariamente favorable para las industrias del hilado y del tejido. Hilar estambre en Australia es, y será siempre, mucho más costoso que en West Riding. Pero Australia no se amilanó por eso. En sus molinos textiles, con grandes gastos, producen una atmósfera húmeda; y se contentan con una producción reducida de operarios elevadamente remunerados por trabajar en un ambiente insalubre al que no están acostumbrados. A pesar de esas dificultades, por medio de una campaña de prensa y folletos se apresuró, con éxito, el establecimiento de talleres de hilado, tejido y la fabricación de medias, colchas y otros productos de lana. El fin perseguido era, para citar una vez más las palabras del "Boureau Commerce and Industry", "que Australia manufacture prácticamente en un momento dado la totalidad de su lana, convirtiéndola en artículos de lana y estambre".

El resultado fue inevitable. Las siguientes cifras señalan nuestras exportaciones de productos de lana a Australia en 1913 y 1931:

	1913	1931
Hilados de lana y estambre (lbs.)..........	1.705.000	45.000
Tejidos de lana (yds. Cuadradas)..........	9.668.000	310.500
Tejidos de estambre (yds. Cuadradas)..	6.223.100	42.300

En Bradford hay obreros desocupados, en tanto que en las antípodas, los australianos se visten costosamente con telas de dudosa calidad.

Este es un ejemplo claro, pero típico, de mucho de lo que ha venido ocurriendo en casi todos los países. Nuestros mercados de antaño se están industrializando rápidamente, produciendo por sí mismos los artículos que nosotros les suministrábamos antes. El Brasil, percatándose de su vulnerabilidad como productor de escasos artículos, además de café, ha desarrollado su industria textil, la manufactura de calzado y una cantidad de otras industrias con una producción total avaluada en cerca de 45.000.000 de libras esterlinas por año. La Argentina ha duplicado con exceso su producción industrial. Chile ha sustituídos con productos propios buena parte de los que anteriormente importaba; en cemento, por ejemplo, ha dejado de importar más de las tres cuartas partes de su consumo. También en Oriente se observa la misma tendencia. Poco antes de la guerra, la India, China, Japón y Australia producían acero a razón de 360.000 toneladas anuales; esa producción ha sido ya casi duplicada en la actualidad.

Este no es un fenómeno transitorio. "La tendencia general hacia el desarrollo de la producción local", decía el Comité de Balfour, ".. Se basa en el inevitable deseo de los países progresistas, de lograr un cierto grado de diversificación en sus industrias". Por consiguiente, deducen, que "es imposible esperar que esa tendencia general se invierta o se reduzca".

En otros términos, hemos perdido gran parte de nuestros mercados de exportación. Ya no es más una simple cuestión de recuperarlos reduciendo nuestros propios costes de producción. Esos mercados nos están cerrando mediante barreras artificiales, sea cual fuera el costo de nuestra producción, o el precio de nuestras mercancías. Es la determinación invariable de las naciones extranjeras, de desarrollar industrias propias, con exclusión de nuestros productos. Para lograrlo, no sólo utilizan aranceles de severidad creciente: sino que racionan y hasta prohíben las importaciones y obstaculizan la compra de moneda extranjera, en forma de que las mercancías, una vez importadas, no puedan ser pagadas. Algunas naciones limitan las importaciones de cada país al monto de las compras que esos países efectúan. En otras naciones hay permisos, cuotas y embargos, para no hablar de una prohibición de operar en moneda extranjera.

Esos países han fomentado, dentro de sus propias fronteras,

pequeñas industrial locales que, a un precio dado, pueden satisfacer y satisfacen las necesidades locales. Esas industrias, por haber sido creadas artificialmente, dependen de la continuidad de la ayuda que se les preste. Los Gobiernos afectados no pueden, en punto a equidad, faltar a su propio pueblo y eliminar una protección conforme a la cual se han aceptado grandes riesgos pecuniarios y gracias a los cuales ha sido posible proporcionar ocupación a nuevos brazos.

Por esa razón no luchamos ya contra aranceles superables. Nos hallamos frente a barreras comerciales que, por mucho que varíen en su forma, son permanentes en sus efectos. Nuestras mercancías no son desacreditadas ni recargadas de impuestos: son definida y definitivamente excluidas. Sin embargo, se nos dice con frecuencia que la única manera de salir del atolladero en que nos encontramos consiste en reducir nuestro coste de producción a fin de reconquistar nuestro comercio exterior. Para ello sugieren dos fórmulas: I) la racionalización, cuyos efectos sobre nuestro problema de desocupación han sido ya considerados; II) la reducción de salarios, que equivale a una reducción progresiva de la capacidad de adquisición de nuestro propio pueblo, y por consiguiente, a la reducción progresiva de nuestro propio mercado interno.

En realidad, se nos invita a dejar de lado la positiva realidad del mercado interno que tenemos en mano, bajo nuestro propio control, para asir un ilusorio comercio que nos eludirá por la sencilla razón de que los mercados extranjeros están actualmente cerrados para nosotros, sea cual fuere nuestro coste de producción. El dilema de nuestro comercio de exportación en relación con las importaciones necesarias, junto con el complejo total de la balanza comercial, será considerado en otro capítulo. Basta señalar, a los fines del presente análisis, que la esperanza de resolver el problema de nuestra desocupación mediante una expansión de nuestro comercio de exportación, esperanza alimentada durante largo tiempo por los políticos de la "vieja troupe", es una de sus ilusiones más grotescas (1).

Aparte, así y todo, la exclusión de nuestros productos de los mercados extranjeros, el alcance de esa ilusión puede medirse por las cifras de fuente oficial que el autor dio a conocer en su discurso de renuncia en la Cámara de los Comunes, en mayo de 1930, cifras que nunca fueron debatidas y que se aplican con fuerza más incontrastable aún a

situación posterior. Consideró el autor en primer término, la posibilidad de reducir el problema de la desocupación mediante una expansión del comercio de exportación a lograr por costes de producción más bajos, consiguientes a la racionalización de la industria. En cuatro grandes grupos de comercios racionalizados, se alcanzó en el período comprendido entre 1924 y 1929, un aumento promedio de un 20 por ciento, pero observándose al propio tiempo una declinación media de 4 por ciento en el número de asalariados. Si por las consiguientes medidas de racionalización hubiésemos aumentado nuestro comercio de exportación en 200 millones de libras por año (cifra necesaria para defender (?) la entonces merma de nuestro comercio exterior) con el consiguiente resultado de ocupación permitido por las industrias afectas a esa expansión, la reducción neta en el número de los empleados en esa industrias habría llegado a 5 por ciento. Si, por otra parte, hubiésemos logrado ese aumento en nuestro comercio de exportación, participando simplemente en una natural expansión del comercio mundial durante un período de cuatro años sin adoptar nuevos métodos de racionalización o desplazamiento de mano de obra en las industrias afectadas, habríamos dado ocupación a 900.000 personas durante un período en el cual el aumento normal de la población obrera fue de un millón; de ese modo, al finalizar el período, nos encontraríamos nuevamente en el punto de partida.

No fue necesario decir mucho más en contra de la fácil creencia de que el problema de la desocupación en Gran Bretaña podía ser resuelto mediante una expansión del comercio de exportación, ya mediante la racionalización de nuestras industrias o por un aumento natural de los mercados mundiales. Pero hasta esos cálculos resultan ahora inaplicables por la simple circunstancia -que ya anticipó el autor en el discurso antes mencionado- de que nuestro comercio de exportación no puede extenderse gran cosa, y que probablemente mermará aún más, debido a que nuestros mercados exteriores se están cerrando rápidamente por medio de barreras artificiales, pero insuperables, levantadas contra nosotros por naciones determinadas a fomentar sus propias industrias.

Nuevos competidores

Además de la industrialización de nuestros mercados anteriores, tenemos que afrontar, en los mercados que nos quedan, una intensidad de competencia que no tiene precedentes en nuestra experiencia anterior. Además, la mayor parte de esos competidores están más próximos que nosotros a los mercados disponibles para las mercancías respectivas, y mejor preparados para apreciar los problemas de manufactura y venta que surgen de las diferencias geográficas y raciales. América, en relación con nuestro mercado sudamericano, y el Japón, en relación con nuestros mercados orientales, poseen ventajas geográficas y de otra índole tan obvias que no necesitan ser destacadas. Además, un país como América que hasta ahora ha dispuesto solamente de un 8 por ciento del excedente de su producción para el comercio de exportación, tiene decidida ventaja en una guerra de precios para conquistar mercados sobre un país como Inglaterra, que ha dedicado un margen del 30 por ciento de su producción total al comercio exterior.

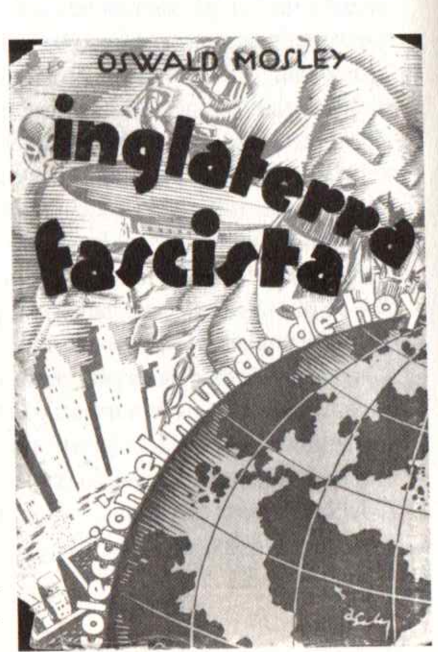
Todo país, a igual que todo negocio, puede disponer con pérdidas durante un tiempo, de una pequeña proporción de su producción total, para invadir nuevos mercados y arrollar a los competidores. Este es ya otro punto. Las industrias protegidas, tales como las de los Estados Unidos, siempre que tengan un mercado substancial interno, pueden fijar precios que les permitan pagar gastos extraordinarios y el interés de todo su capital, vendiendo el grueso -aunque no el total- de su producción. De ese modo pueden vender el resto, para exportación, a precios que cubren simplemente el costo de la mano de obra y los materiales utilizados. Una industria, o una nación, pueden hacer esto con el 8 o 10 por ciento de su producción; pero Inglaterra, para poder competir tendría que adoptar la misma política con el 30 por ciento (y más, en algunas industrias) de su producción industrial. Ensayar ese remedio es encaminarse directamente hacia la bancarrota. Significaría, o bien la extinción de beneficios, y por consiguiente la muerte lenta de toda empresa comercial; o bien la reducción drástica de los salarios, que, al reducir la capacidad adquisitiva en el mercado interno, terminaría por extinguir el único mercado en que pueden confiar los industriales.



A. K. Chesterton, periodista que durante la I Guerra Mundial ascendió a oficial y terminó como héroe de guerra, afiliado desde los primeros días al partido de Mosley destacó por su brillante oratoria.



Arnold Spencer Leese. Lider de la Liga Imperial Fascista



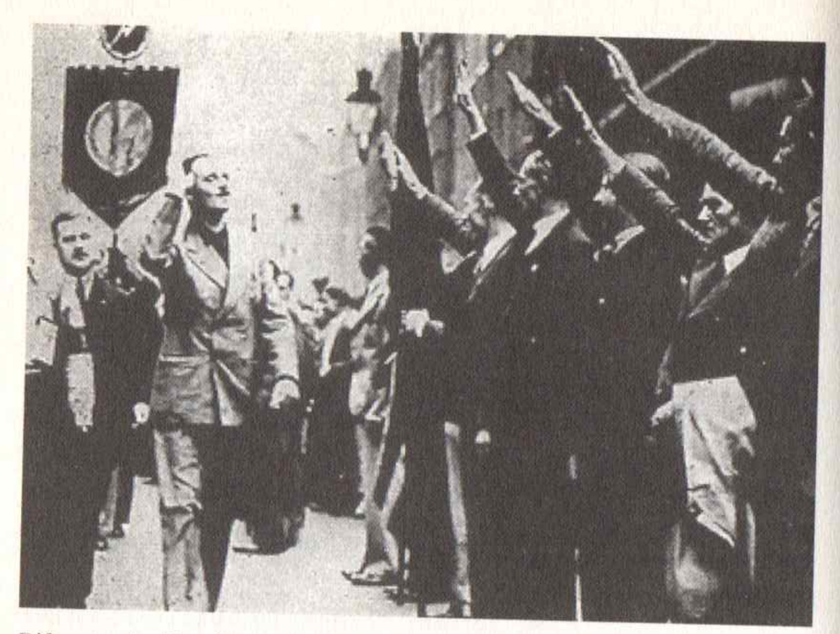
Portada de la primera edición argentina del libro de Oswald Mosley «Inglaterra Fascista».



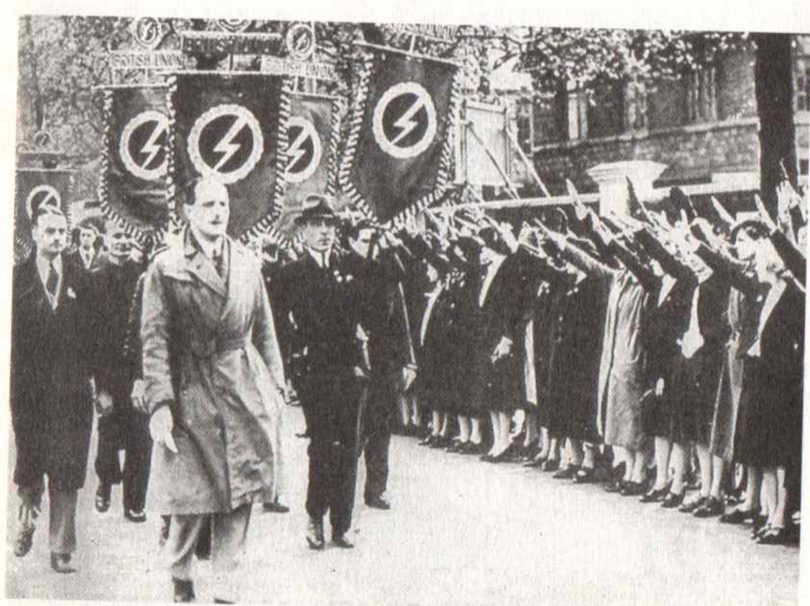
En la Conferencia del Labour Party, 1929, con William Jowitt a la derecha.

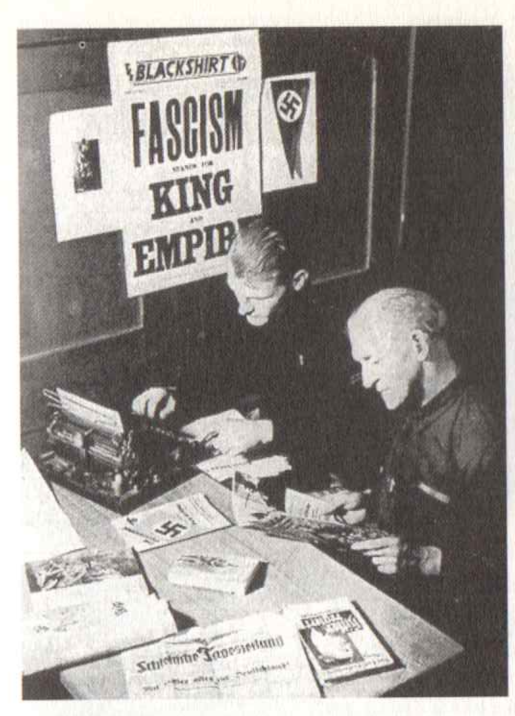


Retrato de Oswald Mosley



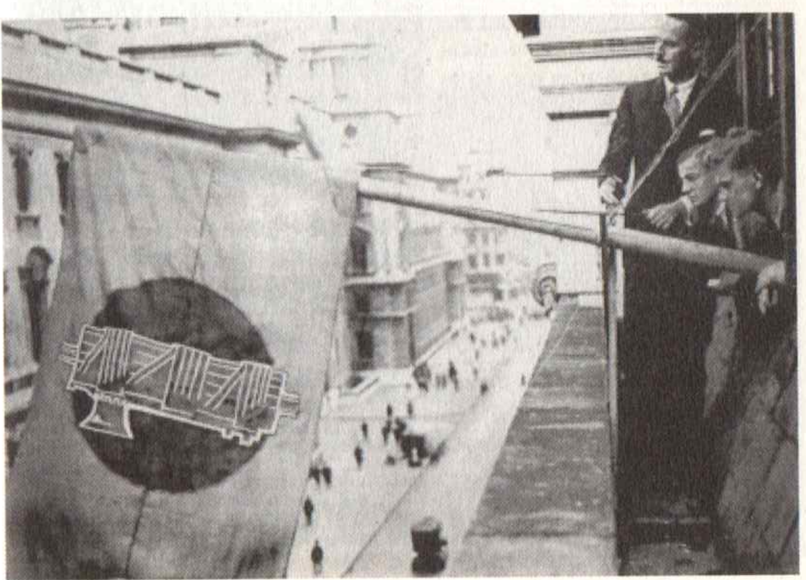
Diferentes desfiles de las camisas negras por las calles de la City con Mosley al frente. Saludo fascista a los estandartes británicos.





El cuartel general: la llamada «Black House» de Chelsea. Centro de propaganda, cuartel general y núcleo de la ofensiva contra el régimen.

Mosley iza la bandera con el lictor fascista en el edificio sede de su partido, situado en el corazón de Londres





Mussolini y Mosley en una parada fascista en Roma.



Camiones fletados por el partido de Mosley con la inscripción «Campesinos: no paguéis los impuestos», preparados para recorrer todo el país.



Tumultos y luchas desde el primer momento. Mosley tras una tempestuosa reunión electoral del «New Party» en Birmingham. A la izquierda puede verse, con sombrero, al entonces jefe de su guardia personal, el boxeador judío Kid Lewis.



Actividades de Mosley después de la II Guerra Mundial. Arriba, en una conferencia en Italia junto a Ezra Pound y Pino Romualdi. Abajo, en una acto del partido Union Movement y en el centro la cabecera de una de las publicaciones de Mosley.



ACTION
and THE EUROPEAN

No. 107 — March 1, 1963 — PATRIOTS OF EUROPE UNITE — 6d weekly

CONTENTS

	Page
Analysis, by Mosley	8
Diary	2
Yankee Pistol at Macmillan's Head	3
Labour's New Leader	4 5
Their World and Ours	7



El efecto de las ventajas geográficas de otros países, se observa en nuestro intercambio comercial con los Estados Unidos. Antes de la guerra, suministrábamos nosotros el 16,5 por ciento de los productos importados por los Estados Unidos y estábamos algo distanciados ventajosamente de Alemania, nuestro más cercano competidor. Ahora, aún cuando el intercambio total es mucho mayor (en años normales) nuestra participación en el mismo se ha reducido a poco más del 10 por ciento, y hemos perdido el primer lugar en el intercambio con Canadá, cuya participación ha subido de 7 a 11 por ciento.

Entre tanto, los Estados Unidos, extraordinariamente industrializados, exportan sus excedentes compitiendo con nuestra producción total. Una proporción más reducida de su total es comerciada actualmente en Gran Bretaña, aunque la cifra resulte elevada en relación al comercio británico. Pero en Canadá y en Sudamérica se están estableciendo esferas de influencia y de los productos americanos has ganado rápidamente terreno contra los nuestros. En la Argentina, la participación británica en el comercio de importación ha disminuido de 31 a 24 por ciento, en tanto que la de los Estados Unidos ha aumentado de 14,5 a 21 por ciento. En el Brasil se observa la misma tendencia; en tanto que la participación británica ha aumentado ligeramente, la de los Estados Unidos se ha elevado de 16 a 22 por ciento. También en Canadá se ha hecho notar más que nunca idéntica tendencia. La siguiente tabla, extraída del informe Balfour, muestra la intensidad con que Inglaterra pierde terreno:

Porcentajes de las importaciones canadienses del Reino Unido y EE.UU. (en %)

	1912-12	1923-24	1912-12	1923-24
Manufacturas de algodón......	61	50	28	42
Pinturas y barnices...............	35	19	52	68
Maquinaria..........................	7	9	93	90
Vidrio y cristalería...............	28	16	40	41
Aparatos eléctricos..............	13	7	84	88
Jabón..................................	11	8	76	86
Manufactura de seda...........	43	15	15	23

Lo que resulta exacto en el hemisferio occidental, lo es también en el oriental. Los hilados y manufacturas de algodón han constituido durante mucho tiempo uno de los puntales del comercio británico de exportación: en 1931, todavía, las exportaciones de esos productos llegaban a £ 56.6 millones, o sea, aproximadamente una quinta parte de las manufacturas que exportamos al extranjero. En cambio, hemos perdido nuestro comercio de exportación de hilados al Japón; este país, al sentir la creciente competencia de India y China, volvió seriamente su atención hacia la industria textil. Después de la guerra, el número de husos ha aumentado un 80 por ciento en el lejano Oriente, habiéndose también elevado en un 40 por ciento la cantidad de telares mecánicos.

Estamos, en resumidas cuentas, frente a una nueva e intensa competencia en procura de mercados extranjeros.

LA INTENSIDAD DE LA LUCHA PARA CONQUISTAR MERCADOS EXTRANJEROS RESULTA MAYOR AÚN POR EL RETRAIMIENTO DE TODOS LOS MERCADOS INTERNOS, LO QUE ARRASTRA A LOS INDUSTRIALES DE TODAS LA NACIONES A BUSCAR, CON MAYOR DESESPERACIÓN CADA VEZ, UNA SALIDA AL EXTERIOR PARA EL EXCEDENTE DE SU PRODUCCIÓN. El retraimiento de los mercado internos se agrava, a su vez, naturalmente, por la carrera hacia la reducción de salarios, a fin de disminuir los costos y conquistar mercados extranjeros, con lo cual se establece un círculo vicioso de mercados internos reducidos y una mayor presión para vender al extranjero.

En la actualidad, al propósito declarado de todas las grandes naciones es el de tener un saldo comercial favorable. En realidad, toda nación trata de vender a las otras, en mayor proporción que la de sus compras a las mismas, resultado que, naturalmente, no todas las naciones pueden lograr simultáneamente. Se establece, como consecuencia una lucha enconada, en la que las naciones más débiles llevan la peor parte a la vez que su caída obra sobre los vencedores en la lucha mediante un retraimiento ulterior de los mercados mundiales. La continuación de la actual guerra mundial por los mercados de exportación lleva derechamente al suicidio, a la vez que constituye una amenaza mortal para la base tradicional del comercio británico.

Estos fenómenos parecen apoyar, a primera vista, la teoría de Marx. "Al declinar el capitalismo, todas la naciones deben esforzarse con tesón creciente en lanzar al extranjero aquella parte de su producción que constituye un excedente para la capacidad de consumo interna, dando lugar a una lucha mundial para conquistar mercados, creando rivalidades de competencia industrial que conducen inevitablemente al colapso y a la guerra". Los partidarios de Marx pasan por alto el hecho de que ciertas tendencias naturales, pueden ser y han sido desvirtuadas por la voluntad y la astucia humana. La ley de gravedad, por ejemplo, ha sido burlada por el aeroplano; la ley Marxiana de que, bajo un régimen capitalista, todos los salarios quedarían reducidos a un nivel de subsistencia, ha sido anulada por una variedad de medios artificiales. Es justo suponer que en la misma forma, una nación bien gobernada puede evitar los desastres incidentales a la actual supercapacidad productiva del mundo en el momento presente.

Lo que ha sido hecho en forma accidental o por métodos primitivos e imperfectos durante un cierto período, puede ser efectuado permanentemente siguiendo un plan científico. Pero hay que tener en cuenta que esas tendencias no serán dominadas dejando correr las cosas; ahí es donde fracasa el conservadurismo. Algunas de la leyes de Marx se producen realmente, si la humanidad no está organizada para dominarlas, y se observan actualmente en la incipiente sociedad que ellas contemplan. Si nos confiamos a los instrumentos de la Edad de Piedra, estaremos sometidos a las leyes de esa misma edad y seremos dominados por sus fuerzas. En otros términos, si confiamos en el conservadurismo para derrotar al marxismo, correremos la suerte inversa.

La ciencia y la producción en masa

Detrás de todos los fenómenos enunciados existe, un hecho sociológico más profundo, que destruye para siempre la ilusión de que podremos reconquistar nuestra antigua supremacía, en la misma forma de antes. En el pasado, los productos británicos conquistaron su predominio, en parte por ser los primeros, pero también por ser los mejores.

La producción en masa ha alterado los puntos de vista; la habilidad de los operarios no es ya el factor ponderante en la industria, y los compradores resultan cada vez más influenciados por el precio.

En este punto, llevamos mucha desventaja. En el pasado, la exportación ha constituido nuestro problema principal y no hemos podido vender productos al extranjero como no fuera un precio ampliamente económico. En cada mercado estamos propensos a encontrar algún competidor vecino, que se limita a librarse de su excedente al precio que se le quiera pagar, para mantener en marcha su maquinaria de producción en masa.

Además, la mayor parte de nuestros operarios son de buen tipo, capaces de llegar al "*summun*" de la habilidad que tan alta reputación les conquistó en el pasado. Pero esa mano de obra es innecesaria para la moderna y barata producción en masa. Actualmente, no hay límites establecidos para la explotación de la mano de obra torpe y lenta de Oriente en competencia con la inteligente de Occidente. Un oriental puede trabajar diez hora diarias a cambio de unas pocas tazas de arroz, siempre que la labor que se le encomiende no exceda la capacidad de su frágil físico o de su torpe entendimiento. Oprimir un botón a intervalos regulares en el proceso simplificado de la producción en masa, en tanto piensa en otras cosas, resulta para él una labor más apropiada y simpática. En ciertos aspectos, está realmente mejor preparado para la monotonía del trabajo de la producción en masa que el operario blanco, que a menudo no puede soportar esa monotonía sino durante un reducido número de horas. El desarrollo del trabajo oriental para la producción en masa está recién dando los primeros pasos. Esa tendencia está llamada a aumentar y a convertirse en una mortífera amenaza para todo el "standard" de vida de los blancos, y por lo tanto, para la total estructura de la civilización occidental.

Además , aún en nuestro propio mercado, los métodos científicos de producción en masa suscitan problemas muy serios . Durante el periodo 1925-29, la población del mundo aumentaba a razón de 1 por ciento por año, en tanto que la producción de materia prima crecía en proporción de 2,6 por ciento. En la industria manufacturera, la tasa de aumento fue naturalmente más rápida aún, partiendo el principal incentivo, para citar lo que dice el informe de la Liga de las Naciones, "*El curso y las fases de la depresión económica mundial*", de "un adelanto

extraordinario en la técnica industrial, la racionalización en la agricultura y en las industrias manufactureras". La producción horaria diaria de un hombre ha aumentado hasta un límite colosal, tanto aquí como en el extranjero. Si ello hubiese ocurrido solamente en este país, la mano de obra desplazada podría haber sido absorbida en una expansión, mediante el abaratamiento y la actividad comercial, en el comercio de exportación. Pero en vista de los problemas anteriormente delineados, resulta obvio que semejante camino es imposible.

Limitaciones auto-impuestas. El régimen bancario

Hasta ahora hemos examinado solamente las barreras naturales opuestas al comercio británico, últimamente surgidas o aumentadas en forma notable. Si embargo, además de las limitaciones naurales, nos hemos sujetado a cargas auto-impuestas, que no tienen parangón en la historia de cualquier otra nación.

En el periodo de la post-guerra, casi todos los países industriales (excepto los Estados Unidos) desvalorizaron su moneda. Ello hizo que las antiguas deudas, fijadas en términos monetarios, se tornasen muy pequeñas en relación con las mercancías que tal suma de dinero podía adquirir. La mayor parte de las compañías industriales tenían deudas representadas por debentures, que pudieron pagar mediante un esfuerzo absurdamente pequeño. Esa circunstancia la aprovecharon también los gobiernos para saldar todas sus deudas internas rescatables.

El resultado de ese curso de los acontecimientos fue que las naciones extranjeras salieron de sus crisis con una ligera carga impositiva y con sus industrias libres de cargas anteriores. En cambio, en Inglaterra, ocurrió lo contrario.

Muchas naciones, valiéndose de un crudo inflacionismo, escaparon a la carga de deudas nacionales, "debentures" sobre las industrias y otras cargas fijas con su correspondiente interés; nosotros preferimos seguir una política de deflación aguda. El resultado de la misma fue reducir aproximadamente a la mitad el nivel de precios y , por consiguiente, duplicar el peso real de la Deuda Nacional desde 1920, aumentando correlativamente el agobio de las cargas sobre la industria. Además, con la norma de aumentar artificialmente el valor de cambio de la libra esterlina, el precio de venta de nuestras mercancías en divisa extranjeras fue elevándose continuamente, en tanto que el precio de venta de productos extranjeros en nuestra moneda, bajaba sin cesar. Los gobiernos conservadores, liberales y socialistas, no hicieron sino *erigir barreras artificiales contra las exportaciones británicas y bonificar artificialmente las importaciones extranjeras.*

Como consecuencia de esa política, prodújose un desequilibrio constante de los precios británicos con los del resto del mundo, y, por consiguiente, una demanda también constante de costos de producción más bajos en forma de salarios inferiores, lo que condujo a una serie de luchas industriales devastadoras. Los industriales tenían que vender sus productos en un medio de precios inferiores a los de la materia prima y al costo de la mano de obra. De ello obtuvieron, no solamente pérdidas industriales y bancarrotas, sino una retracción a fabricar artículos par mantener en depósito, ya que, siendo imposible a los productores británicos hacer entrega inmediata de los mismos, se perdían los negocios. Los trabajadores se veían frente a una implantación de salarios inferiores que pondría en vigencia el azote de la desocupación general creada por la restricción artificial del crédito, en procura de una política deflacionista. Las únicas clases a beneficiarse fueron las rentistas y las grandes entidades financieras con grandes intereses en ultramar. La clase rentista se benefició debido a que, al reducirse a la mitad el nivel de precios, el número fijo de libras anuales que percibían en concepto de interés por sus inversiones, tenía un poder adquisitivo dos veces mayor que antes. Las grandes entidades financieras fueron ayudadas por el prestigio financiero acordado en el mercado monetario internacional, por el hecho portentoso de que Gran Bretaña había readaptado al patrón oro a la paridad de preguerra. Para servir a sus fines, el productor, ya fuera empleador o empleado, hubo de recibir golpe tras golpe; toda la estructura industrial de Inglaterra fue sacudidas hasta sus cimientos.

Esa política condujo a un fracaso inevitable e innoble en agosto de 1931, cuando la formación de un Gobierno Nacional en cuyo seno figuraban todos los hombres que en los diversos Partidos, habían sido los

sostenedores de la misma, no lograron impedir la caída de la libra esterlina, tan artificialmente sostenida.

Fracasaron a pesar del empréstito de una fuerte suma de dinero en el extranjero, con la intención de mantener el tipo de cambio, pero utilizando en realidad en una aventura a pura pérdida de la que debía responder económicamente el pueblo. El único propósito efectivo de ese empréstito fue mantener la libra esterlina el tiempo necesario para que los intereses extranjeros pudiesen transferir su dinero al exterior. Los mismos estadistas que obtuvieron un empréstito para mantener la cotización de la libra esterlina, han obtenido otro préstamo de L 150 millones (Fondo de nivelación del cambio) para mantener a un nivel reducido la libra esterlina , cuando su Gobierno se había constituido para mantenerla en alto. De acuerdo con las circunstancias, esta última transacción era la más adecuada; pero constituye una magnífica confesión de ineptitud, al considerar sus anteriores esfuerzos para mantener nuestro tipo de cambio muy por encima de su nivel natural.

Al mismo tiempo que nuestros viejos estadistas seguían esta política en las finanzas, obtenían préstamos a corto plazo en América, facilitando después ese dinero a Europa a largo plazo y en condiciones realmente beneficiosas. En lugar de inclinar las energías de las finanzas británicas hacia tan necesaria reconstrucción de la industria inglesa, se apresuraron a facilitar elementos contra nosotros a nuestros competidores industriales del resto del mundo. Todos ellos fueron sorprendidos en esa loca carrera de ganancias, por el derrumbe de grandes zona de Europa a causa de la depresión mundial.

Sus pérdidas afectaron también a la nación, por la sacudida que provocaron en nuestra estructura financiera. Durante ese periodo, todos los que aconsejaban la intervención del Gobierno, ya fuera para ayudar a la industria británica a reconstruirse, o para proporcionar trabajo útil y económico de importancia nacional a los desocupados, fueron considerados como financieros lunáticos. Podían suscribirse empréstitos en Londres para enriquecer a la Argentina o a Timbuctoo y para proporcionar trabajo a sus habitantes; pero se nos dijo que emitir empréstitos en Londres para enriquecer a Inglaterra y para proporcionar trabajo a nuestro pueblo, desprestigiaría toda nuestra estructura financiera.

Uno de los principales factores en mi prolongada lucha con el último Gobierno, y que provocó mi renuncia, fue precisamente esa cuestión. Los Ministros y la City estaban tan atareados en ayudar a todos los países, excepto el propio, con los resultados que ahora nos son familiares, que quien quiera que osase enarbolar la olvidada enseña de los intereses británicos, se convertía de hecho en un paria en nuestro régimen político.

¿Podemos, entonces, sorprendernos de la situación actual de Inglaterra, cuando a todas nuestras limitaciones naturales en el nuevo mundo, se agregó esta carga adicional por Gobiernos que actuaban con el acostumbrado apoyo de todos los partidos políticos al poder extranjero existente dentro del Estado?

La Conversión

La reciente operación de conversión ha sido utilizada como una excusa y aclamada como el triunfo de nuestra política financiera. A este respecto basta decir lo siguiente. En términos generales, puede llegarse a la conversión en dos formas: I) Por la potencia inherente de la situación industrial y financiera de una nación, cuando el crédito del Gobierno se halla a un nivel elevado y se reforzará mediante una porción de beneficios corrientes en busca de una inversión segura y provechosa. II) Puede también lograrse la conversión mediante el sencillo proceso de tornar toda inversión industrial tan improductiva que el capitalista se incline hacia títulos de renta fija. Si las inversiones se concentran en esos valores, el Gobierno puede aprovechar la demanda de los mismos para reducir el tipo de interés. En realidad, nuestra política financiera ha hecho improductiva toda inversión industrial mediante una deflación implacable, beneficiando grandemente al tenedor de los títulos. Es siguiendo este último método que se ha efectuado la operación de conversión. Ello ha sido posible desacreditando la industria británica, en lugar de reforzar el crédito del Gobierno. Durante el periodo de conversión, cuando el mercado inglés era sostenido sobre una base de 3 y medio por ciento, los títulos del Gobierno británico podían conseguirse en Nueva York a precios que implicaban un rédito de más

de 5 por ciento. Alrededor de 23 millones de libras anuales han sido ahorradas al Tesoro, a expensas de una pequeña clase de tenedores de bonos. Los restantes tenedores de títulos del Gobierno y de todos los valores de renta fija han disfrutado, a causa de esa operación, una valorización de su capital que asciende a centenares de millones, aumentando correlativamente las cargas muertas sobre la industria y la nación. En resumidas cuentas, la conversión ha sido obtenida por métodos de deflación y de restricción crediticia, con lo que se ha dado por resultado enormes pérdidas industriales.

(1) Mr. Thomas, dijo el 23 de febrero de 1931 (Hamsard): "El problema, difícil en algunos aspectos, se reduce a la simple posición: ¿En qué forma puede ayudar el Gobierno a nuestro comercio de exportación?"

CAPITULO V
LA RESPUESTA DE LA "VIEJA TROUPE"

"Relativamente favorable"

Si cuando suspendimos el patrón oro, nuestras industrias de exportación hubiesen tenido vitalidad real, se habrían robustecido. Pero los obstáculos a la expansión comercial y al tráfico internacional han sido tales que nuestro comercio en general no ha ganado un palmo de terreno durante el último año. La suspensión del patrón oro, luego de haber gastado 130 millones de libras para evitarla, fue aclamada inmediatamente como la buena nueva que la industria esperaba. A partir de entonces, luego de la más efímera de las reacciones, nuestro comercio ha continuado cuesta abajo y ni siquiera el paliativo de un arancel precipitado ha tenido un efecto perceptible sobre las cifras de nuestra desocupación.

Sin embargo, a pesar de todo eso, se nos afirma constantemente que la situación británica es relativamente más favorable. Cuando aumenta la desocupación, se nos dice que las cifras son menos importantes que las de otros países -argumento que, hasta ahora, no ha llevado pan a las bocas hambrientas-. Semejantes argumentos son apenas como una droga; el razonamiento no solo es un engaño, sino también peligroso, por cuanto adormece a la nación nuevamente dándole falsas seguridades y embota el sentido de la acción y del esfuerzo.

En realidad, la característica más alarmante de la situación actual es

la de que las cifras de la desocupación no han disminuido sensiblemente en nuestra actual posición de ventaja anormal y temporaria para la industria británica, ocasionada por una depreciación de un 30 por ciento en nuestra divida monetaria sin aumento correlativo en el nivel de nuestros precios internos. El efecto de esta situación es que resultamos bonificados en nuestro comercio de exportación, y que estamos protegidos contra las importaciones extranjeras por una efectiva barrera de cambios a la que hemos agregado recientemente un arancel aduanero prohibitivo. Disfrutaremos de estas ventajas en tanto nuestro nivel de precios no aumente proporcionalmente a la depreciación del cambio. En la actualidad continuamos beneficiándonos con ellas, pero el problema de la desocupación sigue en el mismo estado.

En otros países, en los que la moneda ha sido depreciada, se han producido invariablemente auges industriales hasta quedar reajustado el nivel de los precios. Nosotros no experimentamos ninguna actividad beneficiosa antes de la baja; y tampoco la hemos observado con posterioridad a la desvalorización. Este fenómeno indica claramente una enfermedad industrial más profundamente arraigada de lo que los más pesimistas pudieron diagnosticar. Es posible que en la actual depresión de los precios mundiales el nivel de nuestros precios internos no presente señales de alza en proporción a la depreciación monetaria durante un periodo mayor que el usual; y aún cuando se produjera esa alza, probablemente no resultaría equivalente a la depreciación del cambio. Mediante nuestro fracaso en mantener la libra esterlina, y otros factores temporales el las tendencias de los precios generales, hemos logrado, por accidente, la situación de un tipo bajo de cambio sin un aumento en el nivel interno de los precios.

En tales circunstancias, es poco airoso afirmar que nuestra situación ha mejorado. La única pizca de ventaja reside en el hecho de que nuestros productos, en los escasos países en que son bien recibidos, son más baratos para el comprador extranjero; y que, en nuestra propia casa, los productos extranjeros se ha tornado más costosos. Nuestra gran desocupación, lo reducido de nuestros beneficios industriales, nuestra manía de economía en materia de obras públicas productivas y nuestra pérdida general de poder adquisitivo -todo ello imputable, directa o indirectamente, a la política deflacionista de los sucesivos Gobiernos que nos

han regido- han influido gravemente sobre las ventajas que pudieron haber surgido por la exclusión de productos extranjeros, por razones monetarias. En los mercados de exportación, la restricción ha aumentado, multiplicándose; a duras penas puede hallarse un país donde el industrial británico tenga la seguridad de introducir sus productos o de hacer efectivo su importe, una vez logrado aquello.

La ventaja en cuestión, es temporaria y fortuita. En cualquier momento uno de nuestros grandes competidores puede ver su moneda depreciada y entonces desaparecerá nuestra momentánea ventaja. En casi todos los países, las discusiones se concentran en torno de la posibilidad de inflación y de la depreciación monetaria, y uno o más de esos países pueden en cualquier momento adoptar ese camino.

Considerando, por consiguiente, hasta aquí las cifras relativamente favorables de nuestra desocupación como un motivo para tomar las cosas con optimismo, debemos considerar esta tregua accidental como un momento de respiro durante el cual hemos de reorganizar nuestras industrias y fortalecer nuestras defensas comerciales.

El menor servicio que puede prestarse en la actualidad al interés nacional, es la tergiversación de hecho que son en realidad desfavorables. Los políticos de la "vieja troupe", no solo han conducido a la industria al aprieto en que se encuentra actualmente: gracias a su propaganda soporífica, con su reclame artificial de "relativa mejora", han engañado al pueblo y paralizado la voluntad nacional.

El sistema político

En el terreno más firme de la reconstrucción política, los dirigentes de los antiguos partidos, nada tienen que ofrecer. Los socialistas teóricos, vieron la solución de su fantasía en una mancomunidad socialista, en la que se produjera para satisfacer las necesidades y no para obtener beneficios, en la que cada una de las leyes de la economía presente fuese dejada de lado. Describen su objetivo con cierta precisión, pero ninguno de ellos, hasta el presente, ha tratado siquiera seriamente de describir la senda por la cual piensan llegar a ese fin, o en qué forma empalmarían el intervalo entre el colapso de todo el sistema actual, con-

secuencia de la adopción de medidas de carácter socialista que le son incompatibles, con el establecimiento del régimen de Estado y de industria que ellos contemplan. Nos dicen que vivimos en un infierno y que el paraíso del socialismo sería mejor; pero por inadvertencia, olvidan decirno cómo debemos pasar del uno al otro.

La antigua posición de los socialistas evolucionistas, tales como los Webbs, que era relativamente lógica, hace ya largo tiempo que se ha tornado inconsistente e insostenible, a causa de las condiciones de vida modernas . Según su tesis, la sociedad de be evolucionar pacífica y gradualmente hacia el socialismo. Las industrias se nacionalizarían una tras otra mediante cautelosos experimentos; no se adoptaría ninguna medida nueva sin antes confirmar las anteriores. De esa manera, por etapas graduales de evolución y desarrollo naturales, la humanidad llegaría a la mancomunidad socialista con la aclamación universal, como recompensa por sus éxitos experimentales.

Esta tesis considera una sociedad estática durante el curso del experimento evolucionista; tal suposición ha sido completamente desvirtuada por la dura realidad de los hechos de una edad dinámica. A menos que haya acción y que esta sea universal, nos amenaza el colapso y la desintegración universal. En una época de cambios precipitados, no tenemos tiempo para seguir procesos evolutivos. Si el hombre de las cavernas volviera a la vida en nuestros días, moriría en un accidente de tráfico antes de que tuviera tiempo de convertirse en un moderno homo sapiens. Tendría que pensar en algo más rápido que la evolución, y la época en que viven no da tiempo para ello. Antes de que lograran socializar a media docena de industrias, el mecanismo de la sociedad habría sucumbido a la depresión . Sus teorías revisten, por lo tanto, en la actualidad, un interés puramente académico.

El Partido Laborista Independiente, por otra parte, busca "el socialismo en nuestro tiempo" por métodos que implicarían la desaparición de toda la organización existente. Durante el periodo de transición no podría haber otra cosa que la más completa anarquía: y así precipitarían el colapso y la lucha que su benévolo pacifismo trata de evitar. Su política de salarios que permitan vivir, busca proporcionar un "standard" de vida mucho más elevado en esta país que en los demás, sin ninguna medida de protección para impedir el socavamiento de ese "standard"

por una mano de obra extranjera más barata; es presumir que todo ello persistirá hasta que la suave luz de la razón haya invadido los más oscuros rincones del África y cada hotentote haya sido "convertido" al P.L.I.

Sea cual fuera el germen del sentido que pueda existir en esos propósitos, resulta destruido por su adhesión a los fetiches librecambistas de un liberalismo anticuado de que el P.L.I. es partidario. Pero aparte de esta obsesión liberal, los propósitos del P.L.I. , resumidos en forma breve y justa, resultan una tentativa de conversión de la sociedad por medidas que precipitarían inmediatamente su ruina, en la ingenua creencia de que los leones de los grandes intereses creados, aprenderán en esta época, gracias a una pacífica persuasión, a cantar la Internacional, en feliz armonía con los corderos del P.L.I.

Los más fervorosos comunistas, por otra parte, no retroceden, en teoría al menos, ante las consecuencias que implican sus propósitos. Señalan su objetivo comunista y nos informan con toda la franqueza que están dispuestos a lograrlo a través de la sangre de la lucha de clases, mediante el derrocamiento de la sociedad existente. Cierto es que en una sociedad desarrollada y altamente técnica como es la británica, dependiente en gran parte de suministros extranjeros y de la acción recíproca del comercio mundial, algo así como la mitad de la población podría morir de hambre o desaparecer en una prolongada guerra civil, antes de que se lograse la finalidad perseguida por los comunistas. Estas consideraciones secundarias no apartan al comunismo de su firme propósito de lograr una solución que considera ser la única vía de salvación de la humanidad. Su situación es, de cualquier modo, más clara y honesta que la de los teóricos socialistas del laborismo y del P.L.I., que galopan hacia la valla de la lucha de clases, deteniéndose sin llegar a la conclusión lógica y dejando que la nación caiga en el abismo comunista. Estos girondinos de exhibición, con la cabeza de comunistas y el corazón de gallina socialdemócrata, no tienen lugar en las realidades de la vida moderna. Los conservadores inflexibles y los liberales se hallan en la misma situación que los socialistas y los comunistas. Las medidas de subterfugio de aranceles de toda la ciencia, extraídos de los programas del siglo pasado, conducen al mismo caos.

Un capítulo posterior demostrará porqué el proteccionismo, huérfano del apoyo de la Organización Nacional y la racionalización del

Estado, no nos permiten adelantar gran cosa, según comienza a demostrarlo nuestra experiencia de Gobierno nacional. Sólo hay una alternativa a nuestro impulso actual hacia la ruina y la anarquía del Comunismo: esa alternativa es la economía política ordenada del Estado Corporativo. El mecanismo económico de ese Estado será descrito en el capítulo próximo. Por el momento basta señalar en nuestro análisis económico, que el dilema de la racionalización, de la aplicación a la industria, la ciencia y de la técnica moderna, agregado a la desocupación y a la depresión nacional, permanecen sin respuesta por todos los partidos políticos, y que esa carencia de resolución de tal dilema debe conducir finalmente a la ruina.

Es posible que precedan esa ruina, periodos de pequeño resurgimiento, de duración aún más efímera y de un carácter cada vez más ático. Cuando durante cierto tiempo la demanda se mantiene casi en un nivel de paralización, los estimulantes monetarios y otras medidas similares pueden aumentar temporalmente la demanda con objeto de satisfacer las necesidades elementales del mundo.

Queda en pie el hecho irrefutable de que la capacidad de la maquinaria y de la producción modernas puede satisfacer con tanta rapidez cualquier demanda de ese carácter que al punto deben dar lugar a la saturación y al atascamiento. Cada nuevo procedimiento de esa naturaleza tiende a ser más severo a medida que aumenta la presión de la maquinaria moderna, hasta que por último su capacidad de producción conduce a algo semejante a una apoplejía universal.

Este análisis se limita a la contemplación de los hechos. En el requisito previo a la acción , y la obscuridad de su visión no debe ser motivo para desesperar. Si se hubieran afrontado los hechos con anterioridad, hace ya largo tiempo que tendríamos una política de acción constructiva. Ninguna nación de virilidad semejante y tan grande tradición de realizaciones, habría permitido que las cosas se alejaran tanto de su mente y su voluntad no habría resultado paralizada por la propaganda opiácea de políticos aturdidos, que han rehusado firmemente afrontar los hechos que ellos y su sistema no son suficientemente fuertes para dominar. A igual que criaturas en la oscuridad esconden la cabeza bajo las cobijas, en lugar de erguirse como hombres y luchar contra el peligro.

CAPITULO VI
ESTRUCTURACIÓN DEL MERCADO INTERNO

Si nuestro análisis económico tiene alguna validez, debemos fundar toda política constructiva sobre el hecho básico de que la capacidad de consumo actual es inadecuada para absorber la producción de la industria moderna. Por consiguiente, la solución económica no consiste en la reducción de nuestro "standard" hasta un punto en que el poder adquisitivo aumentado del mercado interno puede absorber la mayor producción de la maquinaria moderna. Cómo mejorar los sueldos, los salarios y el "standard" de vida hasta ese punto, sin la dislocación industrial que semejante proceso implicaría bajo el régimen actual, es el problema que sólo el mecanismo corporativo puede solucionar.

Es difícil que alguien niegue ahora que la capacidad de consumo es inadecuada para absorber la producción; sin embargo, cuantas normas se ponen en practica en el momento presente, buscan la forma de disminuir aún más ese poder adquisitivo mediante la reducción de salarios y sueldos, y por un decaimiento general del "standard" de vida. Todos nuestros doctores diagnostican la enfermedad como una falta de mercados, que constituye simplemente la facultad de adquisición por el pueblo; sin embargo, el tratamiento que todos ellos prescriben, mediante una reducción del "standard" de vida, es una inoculación ulterior del mismo germen que ha provocado la enfermedad. A falta de una organización corporativa, fuerza es admitir que hay mucho de cierto en su argumento. Todo industrial sabe que, reduciendo los salarios de sus

obreros, de común acuerdo con sus colegas, disminuye simplemente la capacidad adquisitiva del mercado para el cual produce su industria. Pero el industrial sabe también, que si no reduce los salarios, se verá arruinado por un sistema de competencia carente de toda regulación, por rivales que apliquen esa reducción.

Todo Gobierno sabe que reduciendo los sueldos de sus empleados y sus servicios a la comunidad, no hacen otra cosa que comprimir el mercado, cuya pobreza ha creado la seria situación industrial que se refleja en los réditos declinantes de los capitales. Pero el Gobierno sabe también que en un periodo de réditos declinantes, debe reducir los gastos o soportar déficit presupuestarios; estos últimos pueden soportarse temporariamente, es cierto, pero, de continuar indefinidamente, llevan al colapso financiero.

Es así como la industria y el Gobierno, en forma semejante, se ven obligados a adoptar medidas que contraen aún más el mercado y agravan las calamidades industriales que ambos sufren. Cada nueva reducción del poder adquisitivo afecta desfavorablemente a la situación, y sin embargo todos los elementos de la vida nacional que luchan contra el caos presente, se ven compelidos a adoptar ese sistema. Se llega así finalmente a una situación tal, que el Gobierno y la Nación quedan reducidos a la situación absurda e impotente del perro que corre tras su propia cola en círculos constantes y fútiles que no conducen sino al desastre. Cómo romper esos círculos es el mayor problema del momento, y sólo el régimen corporativo es capaz de solucionarlo. Tenemos que establecer un mecanismo gubernativo e industrial por el que sea posible, no sólo mantener, sino elevar el "standard" de vida sin dislocar ni la Industria ni el Gobierno. El fascismo italiano, en primitivos experimentos realizados bajo el régimen corporativo, ha intervenido a menudo efectivamente para impedir la reducción de los salarios. Pero hasta ahora no ha logrado crear un mecanismo que permita una capacidad adquisitiva general que permita absorber la totalidad de la producción moderna. Semejante tarea, es considerablemente difícil de lograr en un país de pocos recursos naturales y escasa tradición de organización; implica, cuando menos, una medida de "aislamiento" temporal de la economía del mundo en general. Hasta ahora no se ha intentado en ese país llevar a la práctica ese esfuerzo, habiéndose apenas considerado su amplia con-

cepción. El fascismo italiano ha tenido éxito en cuanto a elevar los "standards" de las clases trabajadoras en esas condiciones adversas; pero en un país pequeño no ha sido posible avanzaren el régimen Corporativo hasta la política que discutiremos a continuación, yendo tales ideas mucho más lejos de cuanto Italia haya realizado hasta el presente.

No es en modo alguno tarea fácil la de absorber, dentro de la capacidad adquisitiva del mercado interno, la crecida producción de los modernos elementos manufactureros. Y es aún más difícil relacionar el logro de ese objetivo, que puede tener efectos peligrosos sobre los costos de la producción en sus etapas iniciales, con la necesidad de mantener un comercio exterior que cubra el monto de nuestras importaciones esenciales de artículo de primera necesidad y materias primas. Considerada en conjunto, es una labor totalmente fuera del alcance de los estadistas de hoy en día, no por falta de capacidad personal, sino por la carencia de la necesaria estructura. En un Parlamento de obstrucción, comités discordes, parloteo e inercia, el problema es insoluble. Solo un gobierno ejecutivo fuerte puede llevar esa tarea a un feliz término.

Necesidad de protección científica

La primera necesidad esencial de un mercado interno estable y aumentado es, naturalmente, la de un régimen proteccionista científico. Es imposible hablar sin contar con alguna inmunidad contra el caso de la situación general y de las fluctuaciones mundiales descritas en el capítulo anterior; es imposible, asimismo, aumentar los sueldos y salarios al punto que la mayor capacidad adquisitiva pueda absorber la producción moderna en el mercado interno, a menos que esos sueldo y salarios estén protegidos contra toda competencia extranjera. Es imposible mantener y dejar que suba por si solo el actual "standard" de vida si ese "standard" está sujeto a las mermas derivadas de la mano de obra extranjera peor pagada y al "dumping" subvencionado de las grandes combinaciones financieras. Es inconcebible que el mercado interno y la vida económica de estas islas puedan ser reorganizados si quedan sujetos a todos y cada uno de los factores del caos mundial que fueron examinados en un capítulo anterior

como causantes de nuestra actual posición declinante en los mercados del mundo.

El argumento del libre cambio, en las actuales circunstancias, ha desaparecido casi por inanición, pero aún encuentra patrocinantes entre los economistas y políticos que buscan la vía de escape exclusivamente a través de una acción internacional antes que por medio de un organización nacional. Esas teorías económicas de la "vieja troupe" involucran dos falacias, una práctica y otra teórica. En la práctica, es bajo todo punto de vista una ilusión creer que puede persuadirse a todas las naciones para que actúen conjuntamente en forma efectiva. Durante la última década se han realizado innumerables conferencias sobre las barreras aduaneras, los problemas monetarios y la cooperación internacional, sin otro resultado practico que haber aumentado esas barreras y disminuido la cooperación. Nuestros políticos han celebrado conferencias en Ginebra y reuniones *ad hoc* en mucho otros lugares del Continente, sombrero en mano, como suplicando al resto del mundo que entre en razón para que Inglaterra pueda vivir.

Aplicada la experiencia cruda y amarga, ese sistema no ha dado resultado. Otras naciones, siguiendo sistemas nos anticuados y primitivos, han ensayado simplemente protegerse a sí mismas en el *sauve qui peut* general de Europa. La política internacional implica, por su propia naturaleza, que las naciones más poderosas e inteligentes deben guardar el avance de las menos inteligentes. La marcha de cada nación está reducida al ritmo de las más lentas. Tenemos que esperar hasta que el suave encanto de la persuasión socialista y liberal haya llegado hasta los más apartados confines de la tierra antes de que podamos, no ya mejorar, sino tan solo mantener, el "standard" de vida británico.

Ha llegado el momento de salvarnos a nosotros mismos valiéndonos de medidas científicas de protección, en tanto que las naciones de menor importancia tratan de salvarse por métodos carentes de toda ciencia. La práctica constituye una fuerza mayor que la del precepto en el mundo moderno. La primera nación que ponga su casa en orden y descubra una forma moderna y científica de organización industrial, llegará con mayor rapidez a un orden mundial de saneamiento económico, que todos los resonantes llamados a nuestra humanidad común voceados en gran diversidad de idiomas en los recintos de Ginebra y Lausana.

Examinemos ahora la falacia teórica de los que aún aceptan los postulados de la escuela librecambista y que buscan la salvación en una acción internacional en Ginebra, Lausana o en cualquier otra parte, en lugar de quedarse en mangas de camisas en su propia casa y resolver el problema de la organización nacional. Su teoría deriva del periodo de economía de la pobreza. DURANTE EL PASADO SIGLO SE NOS PRESENTÓ EL PROBLEMA DE LA POBREZA; EN EL ACTUAL TENEMOS POR DELANTE EL PROBLEMA DE LA ABUNDANCIA. Entonces la cuestión era cómo aumentar afanosamente los magros recursos de la humanidad; ahora, el problema consiste en lanzar al consumo los enormes recursos con que la ciencia ha proveído a la humanidad. Durante el periodo de pobreza, cualquier barrera que se hubiera opuesto al débil tráfico internacional era mala de por sí; en el siglo diecinueve, la escuela manchesteriana de librecambistas tenía mucha razón de su parte. Las barreras al comercio internacional, las mercancías producidas en países no aptos para ello, constituían en conjunto, factores llamados a provocar la ruina y el derrumbe en una comunidad mundial cuyos recursos satisfacían a duras penas las necesidades de la vida.

Pero hoy en día hemos entrado en el periodo de abundancia potencial, y esos factores no son ya aplicables. ACTUALMENTE, AL ORGANIZAR LA PRODUCCIÓN, DEBEMOS PENSAR, NO TANTO EN UNA PRODUCCIÓN MÁXIMA, SINO EN UN CONSUMO MÁXIMO. La industria y la ciencia moderna pueden producir más de lo suficiente para satisfacer las necesidades del hombre, siempre que la organización política permita funcionar la maquinaria. Los adelantos de la ciencia han constituido el factor decisivo en el paso de la pobreza económica a la abundancia económica.

Hasta el presente no se ha hallado solución al problema, debido a que los cerebros más incisivos de la antigua escuela están obsesionados por la idea de una acción internacional. No pueden imaginar otra vía de escape que la de un acuerdo internacional. No pueden concebir una nación organizada con la técnica de la ciencia moderna que provea a la gran mayoría de sus propias necesidades con recursos propios. Por consiguiente, su atención está continuamente apartada de la labor real de organización nacional inclinándose hacia un acuerdo internacional a través del laberinto de políticas en conflicto y normas económicas con-

fusas, entre las naciones más atrasadas de la tierra. Entre tanto, siguiendo esas ideas, han expuesto a todas las sacudidas del caos mundial, los restos palpitantes de nuestra industria que proveen al desmoralizado mercado interno.

Protección científica versus protección conservadora

En la actualidad, el gobierno ha sido arrastrado, por la irresistible presión de los hechos más bien que por cualquier proceso de raciocinio, a la adopción de un sistema proteccionista a medio estructurar. Sin prestar mayor consideración a las condiciones modernas, ha hecho suya la política proteccionista que Mr. Joseph Chamberlain anticipó hace alrededor de treinta años. Afortunadamente inmune al penoso proceso de nuevas ideas, el partido conservador la ha defendido desde entonces, poniendo en práctica unas normas que, por el solo hecho de su edad, son completamente anticuadas.

Como consecuencia, tenemos, no un plan científico, sino una improvisación rápida e ineficaz. Han puesto el régimen fiscal de la nación en manos de un comité de hombres de negocios, a todos los cuales han investido de amplias facultades, pero sin que ninguno de ellos posea informaciones adecuadas ni ideas propias de organización.

Esta abdicación de la función gubernativa, impone, naturalmente a ese comité una tarea sobrehumana, cuya realización debe resultarle necesariamente imposible. En ese estado medio se atascará probablemente la vitalidad de la organización industrial. Aparte totalmente de la cuestión de mecanismo, de la que nos ocuparemos más adelante, no se ha adoptado aún ningún vestigio de sistema proteccionista científico, excepto muy inadecuadamente en un caso. Falta el conjunto básico del proteccionismo moderno y científico. No se prevé ningún método o sistema para elevar, aunque más no sea, para estabilizar el "standard" actual de vida, que es la principal justificación de un sistema proteccionista. La protección no se condiciona a la eficiencia industrial, a los buenos salarios a los obreros o a los precios bajos para los consumido-

res. Nuestro "standard" de vida está en cierto modo protegido contra la competencia de los empleadores extranjeros que pagan sueldo menores: PERO NO ESTÁ EN MODO ALGUNO PROTEGIDO CONTRA LA COMPETENCIA DE LOS EMPLEADORES BRITÁNICOS QUE PAGA SUELDOS REDUCIDOS.

Uno de los objetivos principales del proteccionismo moderno consiste en la diversificación de la producción, el establecimiento de nuevas industrias que provean al mercado interno en competencia con productos hasta el presente importados del extranjero, empleando las industrias, y remunerándolos adecuadamente, a consumidores potenciales de productos mutuos.

Tal objetivo requiere un plan nacional de protección científica. A su vez, ese plan lleva consigo, no la constitución de otro comité, sino el establecimiento de un sistema comprensivo para asegurar su aplicación.

Ese plan y ese sistema faltan por completo de la política de nuestro gobierno.

Nuestra protección condicional

En nuestro régimen se establece que la protección debe estar condicionada a la eficiencia industrial. Y esa eficiencia la definimos, en términos generales, como PRECIOS BAJOS PARA EL CONSUMIDOR Y BUENOS SALARIOS PARA EL TRABAJADOR. Todos los industriales dicen al público que si se les asegura el mercado interno, podrán aumentar y racionalizar su producción, y de ese modo, aún pagando elevados sueldos al trabajador, podrán, sin embargo, mantener precios bajos para el consumidor; en otras palabras, ACTUALMENTE LA TASA DE PRODUCCIÓN ES, ANTES QUE EL TIPO DE SALARIO, EL FACTOR PRINCIPAL DEL COSTO DE PRODUCCIÓN.

Tales seguridades deberían ser convertidas en hecho administrativos. Es de todo punto necesario hacerlo ya que ningún productor individual, por muy bien intencionado que sea, puede mantener o aumentar los jornales si está expuesto al corte de salarios por rivales menos escrupulosos. Por mucho que está protegido contra la baja de salarios del extranjero, continúa expuesto a la baja de salarios interna. SOLO

DEBE ACORDARSE PROTECCIÓN A CAMBIO DE CONDICIONES DEFINIDAS EN PUNTO A SUELDOS Y PRECIOS en los diversos grupos industriales -condiciones todas que serán consideradas posteriormente en el mecanismo administrativo de la Corporación.

Es cosa sabida y probada que la industria moderna adecuadamente organizada y trabajando a todo vapor, puede aumentar los salarios y reducir los costos. Pero esto no puede ocurrir a menos que el productor esté protegido contra competidores que bajen los sueldos tanto en el mercado interno como en el extranjero. De aquí la necesidad de una organización corporativa que regule los salarios y los precios mediante un organismo permanente. LA PROTECCIÓN DEBE APLICARSE A LA ORGANIZACIÓN Y NO AL CAOS. Detrás de la barrera proteccionista, el mercado interno debe ser estabilizado y aumentado, salvaguardando los intereses del consumidor. Estos resultados sólo pueden lograrse dentro de la estructura del régimen organizado que es el Estado Corporativo.

Sin organización corporativa el proteccionismo no está defendido contra la desocupación. En países con régimen proteccionista de antaño, tales como Alemania y los Estados Unidos, hemos observado el espléndido resultado de un sistema proteccionista, seguido por el colapso inevitable resultante de la falta de una organización corporativa. Dando un mentís a todas las leyes de Marx, los salarios se han elevado bajo el régimen capitalista, a alturas muy por encima del nivel de las subsistencias. Por un feliz accidente, América disfrutó por un tiempo de las ventajas de ser la primera. Mediante derechos proteccionistas proporcionó una inmunidad relativa contra la competencia de la mano de obra extranjera escasamente remunerada. Al mismo tiempo, leyes drásticas de inmigración provocaron una escasez de mano de obra en relación a la demanda, y dio a aquella una sólida posición en el mercado, que provocó en mayor grado, quizás, que la inteligencia de los empleadores americanos, un rápido aumento en los salarios y por consiguiente, una demanda rápidamente creciente de productos en un mercado interno que se expandía velozmente.

Todo el mecanismo de ampliación era gobernado por la política del Federal Reserve Board y aumentado aún más por el sistema de venta a plazos que convertía a cada comerciante en un banquero. Aún así, es

interesante observar que, en los más álgido del periodo de prosperidad, ya autoridades competentes consideraron que el mercado "era insuficiente para absorber la producción potencial de la industria americana". Es un grave error responsabilizar al régimen de elevados salarios y de expansionismo en América por los males que durante un tiempo logró contener. El derrumbe se produjo debido a que ese grandioso sistema no estaba apoyado por una organización nacional y una regulación de carácter corporativo.

La "filosofía de salarios elevados" sucumbió a la primera prueba seria. Fracasó, principalmente, porque nunca constituyó una filosofía ni siquiera un régimen consciente. Bajo la presión de las restricciones crediticias destinadas a controlar las especulaciones de Wall Street, uno tras otro, los industriales comenzaron a reducir sus salarios, y los competidores se vieron obligados a imitarles. No existía un plan industrial: el sistema carecía del apoyo de una organización corporativa. Su éxito había sido adventicio; no contaba con recursos para soportar un esfuerzo de cierta magnitud. Además de esto, el crédito que debió haber sido utilizado para el desenvolvimiento industrial y la financiación de un consumo razonable, fue dedicado a especulaciones en Wall Street, donde los títulos están fuera de toda relación con su valor real. El Federal Reserve Board, dentro de las limitaciones de su política, sólo pudo controlar la expansión del crédito, pero MAS BIEN EN FORMA CUANTITATIVA QUE CUALITATIVA. Pagó a especuladores para que compraran dinero al 10 por ciento con objeto de comprar acciones que rendían apenas el 3 por ciento sobre el precio de compra. Se inclinaban a ello porque su experiencia les animaba a esperar beneficios capitales o quizás, de un 50 por ciento. Eran especuladores, y su acción en aquel entonces causó detrimento a todos los intereses serios.

En un esfuerzo para dominar el frenesí de unos pocos individuos irresponsables, toda la gran estructura de la industria americana fue sacudida hasta sus cimientos, que no descansaban en la realidad de una organización corporativa. Si la empresas privadas hubiesen obrado de acuerdo con una política nacional razonada, hubiera podido fácilmente evitarse la catástrofe. Nunca más que entonces se notó la ausencia de un plan nacional coherente, destinado a dominar las fuerzas contrarias a la estabilidad de la Nación, y a alentar a las fuerzas genuinas de la produc-

ción y del cambio, sobre las que deben descansar el bienestar nacional. América hizo un dios de la anarquía irregulada en las empresas privadas, creyendo, infundadamente, que esa era la única alternativa al socialismo. Tanto en su éxito como en su fracaso, en su fantástica prosperidad como en su catastrófica depresión, nos proporciona una lección sumamente instructiva. La misma energía del liberalismo americano constituye el mejor argumento en favor de las instituciones fascistas.

"LA CUESTIÓN NO ESTÁ EN ENCONTRAR UNA VÍA INTERMEDIA, SINO UN CAMINO NUEVO, EN IDEAR UN SISTEMA EN EL QUE LA COMPETENCIA Y LAS EMPRESAS INDIVIDUALES, POR UNA PARTE Y, LA REGULACIÓN Y LA ORGANIZACIÓN POR LA OTRA, ESTÉN AJUSTADAS DE TAL MODO QUE SE CONTENGAN LOS ABUSOS DE CADA UNA , RETENIENDO SUS BENEFICIOS. NECESITAMOS CREAR UNA ESTRUCTURA TAL DE LEYES, PRACTICAS, INSTITUCIONES Y GUÍA DE DIRECCIÓN ORGANIZADAS, QUE EL EMPUJE DEL ESFUERZO Y LA AMBICIÓN INDIVIDUALES SOLO SE PRODUZCA PARA EL BIENESTAR GENERAL. PODEMOS HALLAR UN SIMIL PARA NUESTRA LABOR EN EL ARCO DE UN GRAN PUENTE, DISEÑADO EN TAL FORMA QUE LAS RESISTENCIAS Y LAS TENSIONES DE LOS BLOQUES SEPARADOS QUE LO CONSTITUYEN -CADA UNO DE ELLOS SOSTENIENDO Y EMPUJANDO A LOS OTROS- SOPORTA LA ESTRUCTURA TOTAL POR LA ACCIÓN UNIDA DE SU PRESIÓN RECIPROCA".

Estas palabras son de Sir Arthur Salter, persona de experiencia sin igual en materia de organización. El sentido de estas palabras es la más acertada descripción hasta ahora enunciada en términos generales, de la estructura del Estado Fascista. Aún no ha llegado a esa conclusión, pero, no parece estar muy lejos de ella. Posiblemente, como muchos otros, le intimide momentáneamente el hecho de que esta enorme estructura de la organización corporativa sólo puede descansar con seguridad sobre la realidad de hierro de una moderna organización política.

El mecanismo proteccionista

Falta considerar el mecanismo administrativo, mediante el cual se aplicaría una protección científica dentro del régimen corporativo. De acuerdo con los propósitos del Nuevo Partido ("Una política nacional" -Editor: Macmillan. Marzo 1931-) tendientes a asegurar una protección científica debían constituirse zonas industriales autónomas sólo regidas por organismos denominados "Commodity Boards",

Esos "Boards" o Comités tenían por misión aconsejar al Ministro, en quien debe recaer la facultad suprema si no se abroga la autoridad del Gobierno, acerca de las medidas de protección a adoptarse. La representación en el "Commodity Board" se acordaría primeramente a los asalariados y a los patronos en las industria necesitadas de protección; y luego, también a la industrias afectadas por el sistema proteccionista y también por los intereses del os consumidores en general. De ese modo, dentro de las áreas industriales autónomas con protección científica en sus manos, no sólo tendríamos representación de los intereses del productor, tanto para los asalariados como para los patrones, sino también de los intereses de los usuarios y los del consumidor final.

Por ejemplo, en el caso de la protección de una industria como la del acero; todos los que emplean ese metal como materia prima para una etapa ulterior de producción resultan afectados, a igual que el público en general que consume el artículo determinado.

En un sistema proteccionista científico, todos esos intereses deben armonizarse si se quiere lograr la paz industrial junto con el interés de la nación general. También es necesario asegurar a los trabajadores una participación de los frutos del proteccionismo bajo la forma de mejoras de sueldos y condiciones; ellos también, por lo tanto, deben estar representados en la organización reguladora del sistema proteccionista. El doble objetivo de nuestro régimen proteccionista, que consiste en buenos salarios y precios bajos, quedaría así asegurado por la representación de obreros y consumidores en el organismo protector.

Esos "Commodity Boards", cada uno de los cuales había de cubrir adecuadas zonas de industrias afines, estarían representados a su vez por un Consejo Nacional de Organización que constituiría una síntesis

industrial más comprensiva y cuya finalidad consistiría en idear, regular y dirigir todo el mecanismo proteccionista del país.

Semejante sistema era, naturalmente, un simple esbozo de la estructura más amplia de un régimen corporativo completo. Los "Commodity Boards" representativos de los intereses del productor y del usuario de la industria, así como aquellos del público consumidor en general, pueden ser transformados sin ninguna dificultad en órganos de mecanismo corporativo. Comprenderían las organizaciones de patrones y obreros, constituyendo la Corporación industrial, cuyas funciones han sido descritas en un capítulo anterior, agregándole representantes de los intereses del consumidor.

Las mismas razones de autonomía industrial en materiales tales como salarios, condiciones de producción y la dirección general del gobierno de la industria regional, abarcarían, asimismo, lógicamente, el sistema proteccionista que comprendiera esta parte de la organización industrial.

Por consiguiente, en las ideas más desarrolladas del movimiento fascista, las corporaciones comprenderían todas esa variedades funcionales y encontrarían su síntesis natural, no simplemente en un Consejo Nacional de Organización para regir el sistema protector, sino en una Corporación Nacional directamente regida por un Ministro de Corporaciones, convirtiéndose prácticamente aquella en un parlamento industrial.

Las funciones de la Corporación Nacional consistirían en planear, regular u dirigir la economía nacional general, bajo la égida del Ministro que, a su vez, sería responsable en último término ante el Parlamento; este en gran parte en privilegios de la industria y de ocupación.

LA CONSECUENCIA DE UNA ORGANIZACIÓN SEMEJANTE NO ES, COMO EN EL CASO DE LOS SOCIALISTAS, SOMETER LA INDUSTRIA AL GOBIERNO DE WHITERHALL, SINO MÁS BIEN, PROVEER EL GOBIERNO PROPIO INDUSTRIAL, DENTRO DE UNA SERIE DE ZONAS AUTÓNOMAS O CORPORACIONES DE INDUSTRIA, QUE HALLEN SU UNIDAD NACIONAL EN LA CORPORACIÓN NACIONAL, Y SU SUBORDINACIÓN DEFINITIVA Y RELACIÓN AL INTERÉS NACIONAL EN TOTAL.

La organización de nuestra estructura industrial caería dentro de la esfera del régimen corporativo, desde las cuestiones de detalle, a resolver por las diversas corporaciones industriales, a la general del desarrollo económico nacional en manos de la Corporación Nacional.

En este último organismo estarían implicadas y representadas las cuestiones más importantes de política bancaria y financiera, así como sus relaciones con la industria, de las que nos ocuparemos en un capítulo posterior.

¿De qué modo puede emprenderse la transición de un sistema parlamentario anticuado a una estructura industrial modernizada? Los oponentes de esta idea deben, o bien servir al Gobierno de Whitehall de absoluta variedad socialista, o revertir el *laisser-faire* de la escuela Victoriana. Es manifiestamente absurdo afirmar que un Parlamento como el actual, o comités *ad hoc* nombrados por ese mismo Parlamento, puedan llevar a cabo esa labor. Debemos establecer zonas lógicas de gobierno y organización industrial propios, que se sinteticen en un mecanismo nacional para la organización de la política general; o bien debemos arrastrarnos de crisis en crisis con el esporádico, mal informado y tardío esfuerzo del Gabinete y del actual sistema Parlamentario para protegernos.

¿Qué otra vía de escape ha sido sugerida, fuera del régimen corporativo o fascista? Las palabras "organización nacional" empleadas antes que nadie por el nuevo partido, han estado sujetas a muchas vicisitudes desde su primera aplicación. Se las ha disfrazado adversamente por cuanto teórico melenudo huye del penoso y arduo corolario de la planificación, que es la acción en la moderna organización política. ¿Cómo puede conciliarse la reorganización científica de la economía nacional con el control de un sistema parlamentario anticuado, cuyos elementos son conquistados mediante promesas de producir en cinco minutos un nuevo paraíso terrenal a expensas del contribuyente?

La organización futura es asunto que corresponde a los técnicos, disponiendo de libertad para la aplicación de la ciencia y la organización, mediante la autoridad universal de un movimiento moderno, organizado y disciplinado. Tales son la función y el propósito reales del político de la hora presente. De este modo puede cumplirse la gran necesidad DE AUMENTAR RÁPIDA Y SISTEMÁTICAMENTE LA

CAPACIDAD DE CONSUMO A MEDIDA QUE LA CIENCIA Y LA RACIONALIZACIÓN AUMENTAN LA PRODUCCIÓN.

Así, y sólo así, podrá ajustarse la infinita complejidad de la organización económica moderna a las dificultades del gobierno político. Quien hable de organización, dentro de los límites del actual régimen parlamentario y político, o bien se engaña a sí mismo a bien teme materialmente el esfuerzo y el peligro de una reorganización efectiva y fundamental.

A esta altura, nadie trataría de describir detalladamente un sistema que sólo puede ser logrado por experimentación y por el uso práctico de la experiencia que constituye la esencia del fascismo. Pero podemos, al menos, adelantar , y no tan sólo en un simple esbozo, un sistema que, mediante protección científica en trueque de eficiencia industrial (es decir, buenos salarios y precios bajos) puede apartar a este país del actual caos mundial y proporcionar un organismo de funcionamiento permanente para la elevación de "standards" a medida que lo justifiquen el adelanto de la ciencia y el aumento de la capacidad productiva.

El ajuste de esa economía aislada con la del resto del mundo, del que, tras de toda media de reorganización interna, dependemos en cierto grado para la provisión de determinados productos y materias primas, será estudiado en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII
EL COMERCIO DE EXPORTACIÓN

En el capítulo anterior he esbozado una estructura corporativa industrial que, en un mecanismo de funcionamiento continuo, no sólo nivela la diferencia de intereses en la industria, sino que también proporciona elementos para la reorganización general de nuestras vidas económicas y la elevación del "standard" de vida. En el mismo régimen se prevé un sistema proteccionista flexible y científico por aquellos que intervienen en la industria y conocen sus detalles, con sujeción a continuo control, en salvaguardia de los intereses industriales afectados así como de los intereses de los consumidores, a objeto de mantener esa estructura de equilibrio.

Este plan, según se ha explicado ya detalladamente, busca deliberadamente aislar la economía de Inglaterra del sacudimiento de las actuales condiciones mundiales, y elevar el "standard" de vida en nuestro país muy por encima del nivel mundial, como único medio práctico, actualmente disponible, de encontrar un salida para la enorme capacidad productiva de la moderna maquinaria industrial.

Salarios, producción y costos

Fuerza es admitir que llegamos ahora a la parte más difícil del esquema, consistente en la coordinación de esa economía nacional con

la economía mundial. El crítico inteligente dirá :"Supongamos que mediante su organización corporativa, pueden ustedes elevar el "standard" de vida y el poder adquisitivo del pueblo a un nivel que permita absorber en el mercado interno el excedente de producción de la actual maquinaria industrial; y que pueden también por ese mismo sistema, regular internamente las condiciones industriales en forma de evitar rebajas en los salarios que provocarían el derrumbe de esa estructura. Pero una vez que hayan ustedes logrado todo eso, se encontrarán aún frente al hecho de que dependemos de los mercados mundiales en mayor grado que cualquier otra Nación, y que nos es siempre necesario mantener un amplio comercio de exportación con el objeto de pagar los productos esenciales y las materias primas que no podemos producir en nuestro país. Elevando internamente los salarios y los "srandards", aumentarán ustedes el costo de producción comprometiendo así ese comercio de exportación; y si no fuera tal el resultado de sus medidas internas, habrán ustedes de demostrar aún en qué forma podrán mantener nuestras exportaciones esenciales, frente a todos los factores adversos que ustedes mismos han descrito ya, y que han hecho recalcar en mayor grado que cualquier otro movimiento político".

A esta altura de nuestra exposición podría muy bien surgir tal pregunta, por otra parte legítima y razonable. Nuestra primera respuesta, en términos generales, es que constituye un error presumir que el alza de los "standards" internos elevará el costo de producción, comprometiendo con ello nuestro comercio de exportación. Se ha hecho ya notar que el COSTO DE PRODUCCIÓN EN LA INDUSTRIA RACIONALIZADA MODERNA ES DETERMINADO, NO TANTO POR EL TIPO DE SALARIOS, COMO POR LA TASA DE PRODUCCIÓN.

Esto es fácil de demostrar. El proceso de racionalización, consiste en sustituir la mano de obra humana por elementos mecánicos. A cada momento se instalan nuevas maquinarias y los gastos restados de los ingresos por concepto de mano de obra, son substituidos por otros gastos, substraídos del capital, para la adquisición de maquinarias. Pero, en tanto que la mano de obra se paga solamente cuando es ocupada, la maquinaria constituye una carga permanente, trabaje o no. El cuadro que subsigue representa la planilla de costos posibles de una fábrica con una capacidad de producción de cien unidades, antes y

después de una determinada medida de racionalización.

	Antes de la racionalización	Después de la racionalización
Materias primas..........................	£. 50	£ 50
Mano de obra...............................	20	10
Luz, calefacción y fuerza motriz .	5	6
Depreciación	5	6
Interés sobre el valor de fabrica, etc.	20	25
Costo total................................	£ 100	£. 97

Este cuadro demuestra los posibles efectos sobre la base de producción total. El costo de producción de los artículos afectados viene reducido por la racionalización de £. 1 -aproximadamente 19, sh.5 d. por unidad; el elemento de mano de obra es reducido de 20 a algo más del 10 por ciento; el costo del capital aumente de 20 a 25 por ciento , y hay pequeños aumentos en la suma invertida en depreciación y en luz, calefacción y en fuerzo motriz.

Si suponemos ahora que esa misma fabrica trabaja a media producción limitándose a 50 unidades en lugar de 100, el cuadro antes transcripto sería sustituido por el siguiente:

	Antes de la racionalización	Después de la racionalización
Materias primas..........................	£. 25	£. 25
Mano de obra...............................	10	5
Luz, calefacción y fuerza motriz ..	3	3,12s.
Depreciación	3	3,12s.
Interés sobre el valor de fabrica, etc.	20	25
Costo total..................................	£. 61	£. 62,4 s.

En este caso, el costo de producción en lugar de ser reducido por la racionalización, ha sido aumentado de 24 s. 5d. a 24s. 10,5 d., por existir en este último caso, un mayor elemento de cargas fijas a distribuir entre la reducida producción.

En otros términos, aun cuando la medida de racionalización no fue en modo alguno grande, la reducción del tiempo de operación a la mitad, eleva los costos racionalizados en un 28 por ciento, contra el 22 por ciento en el caso de costos no racionalizados. Es obvio que cuanto más adelante se lleve el proceso, tanto mayor será la discrepancia; y que, por consiguiente, cuanto más lejos se lleve la racionalización, tanto más importante está la tasa de producción y tanto menos lo es el tipo de salarios. Muchos industriales se ven forzados, por la competencia, a vender sus productos a precios basados sobre el costo de una producción total o casi total. Cuanto más efectivamente racionalizada está una industria, tanto menor es el retraimiento en la demanda, necesario para convertir las ganancias en pérdidas y tanto más rápidamente se torna insostenible esa misma pérdida. Por lo tanto cuanto más racionalizada esté esa industria, tanto mayor será la necesidad de un mercado establecido; y tanto mayor, también, será la locura de confiar en los riesgos incontrolables del comercio de exportación.

El genio de un Ford en América ha demostrado ya que es posible pagar los salarios más altos del mundo, y al mismo tiempo lanzar al mercado el artículo más barato. El genio de un Morris en nuestro país ha llegado ya lejos en esa misma dirección. La limitación con que tropezaba el inglés era la ausencia de un mercado interno tan vasto y tan seguro. La cuestión es que, si se proporciona a la industria un mercado interno amplio y seguro, que se le puede proporcionar por la combinación de un proteccionismo científico y la organización de un "standard" de vida más elevado, podrá aquella trabajar a toda máquina, y REDUCIR LOS COSTOS POR SU ELEVADA PRODUCCIÓN AUN CUANDO TENGA QUE PAGAR SALARIOS ALTOS.

Quien quiera que haya prestado seriamente atención a los hechos y cifras de producción en masa, está convencido de que no es una exageración decir que, dada una cierta tasa de producción para un mercado seguro, el tipo de salario se torna casi inaplicable, Por consiguiente, es una falacia palpable suponer que un tipo elevado de salarios en nuestro

país necesita, generalmente, elevar el costo de producción en nuestro comercio de exportación. Si nuestra industria trabaja a todo vapor sobre la base saneada de un mercado interno, puede llegar hasta reducir los costos de producción en un esfuerzo para lograr la conquista de los mercados mundiales.

Las medidas que hemos sugerido para la organización interna, deben aumentar antes de contraer nuestro mercado de exportación. Las industrias exportarán sus excedentes en lugar de la masa de su producción, y aún cuando sus costos sean elevados, podrán hacer frente a las condiciones y precios de sus competidores de ultramar. A igual que la industria americana en el pasado, la industria británica al disponer de sus excedentes de exportación contará con la ayuda que significa la existencia de un vasto mercado interno que le permitirá aumentar su producción, y rebajar, en consecuencia, sus costos.

La balanza comercial

"Pero- se nos objetará- ustedes ha argüido anteriormente que los mercados extranjeros se nos están retrayendo, sea cual fuere nuestro costo de producción a causa de la determinación de los países extranjeros de alejar nuestro productos de sus mercados por cuanto desean servir a esto últimos mediante las industrias que ellos mismos vienen creando. ¿Cómo sortean ustedes el obstáculo de la industrialización local y de la competencia normal, y de todos los otros factores que han enumerado como socavadores de nuestra posición en los mercados extranjeros?"

A esto contestaremos con toda franqueza, diciendo que, naturalmente, nuestra industria debe atravesar por una gran transición de la producción para mercados extranjeros, a la producción para el mercado interno. En nuestra economía futura es muy improbable que una proporción tan grande como la del 30 % del total de nuestro productos manufacturados, pueda volcarse en los mercados mundiales , pero no es absolutamente necesario que lleguen a esa cifra.

Pero hemos de admitir que la interferencia arbitraria y artificial de naciones extranjeras en la corriente comercial, nos confrontará probablemente en alguna circunstancias con un menguado volumen de

exportaciones. Pasar por alto este detalle es ser utópico, pero el hecho de reconocerlo no es razón para desanimarse. Durante tanto tiempo se nos ha dicho por la escuela liberal-laborista, que el indice capital de la prosperidad británica lo constituye la suma de productos que podemos exportar, que nos sentimos inclinados a considerar cualquier reducción de nuestro comercio de exportación como una señal de ruina. Se llega a esta suposición fácil sin analizar los hechos y las cifras, y sin averiguar si es posible transferir una gran parte de nuestra producción de la exportación al consumo interno, manteniendo empero, una suma de exportaciones suficientes para comprar los productos y materias primas que son esenciales. Permitasenos someter a la prueba de las estadísticas, la idea de que cualquier amenaza a nuestro comercio de exportación significa la ruina de este país. Las cifras que se dan a continuación señalan el monto de nuestras exportaciones durante los últimos tres años, excluídos los productos re-exportados sin ulterior manufactura:

En millones de libras

	1929	1930	1931
Comestibles, bebida, tabaco......	533.39	473.36	415.04
Materias primas, etc..................	335.94	248.50	171.35
Manufacturas, etc......................	332.18	305.96	260.43
Varios..	11.28	10.92	9.81
Total	1212.79	1038.74	856.63

Hemos pagado tales importaciones mediante productos exportados, pero el total de estos últimos no alcanza a nivelar el saldo. El déficit acusado en los últimos tres años ha sido el siguiente:

1929..........................	483.84	millones de libras
1930..........................	467.98	" " "
1931..........................	467.47	" " "

Para el pago de esas sumas y para cualquier inversión en el extranjero, nos valemos habitualmente de los rubros "invisible" de la balanza

comercial. Los extranjeros nos pagan alrededor de 230 millones de libras anuales sobre la suma de nuestros pagos a ellos por concepto de fletes, seguros, bancos y servicios similares. Además, cada año perciben los capitalistas británicos de 200 a 270 millones de libras por vía de intereses y dividendos sobre sus inversiones en países extranjeros. Estos rubros, por lo general, no sólo cubren el excedente de nuestras importaciones sobre la exportaciones, sino que dejan un superávit disponible para ulteriores inversiones en el extranjero.

Del total de nuestras importaciones, el grupo de comestibles y materias primas debe ser considerado como "necesidades". Una proporción substancial de los mismos se re-exporta una vez manufacturada; pero las mismas o mayores cantidades de esos o idénticos materiales serán requeridos posteriormente para mantener la industria en marcha a objeto de atender las demandas diversas del mercado interno. Es imposible, por consiguiente, precisar cifras en este rubro; sobre la base de los precios de 1929 debe calcularse en libras 850 millones el valor aproximado de nuestras importaciones necesarias. Sobre la base de los precios de 1931 la suma total (escasamente reducida en volumen) es inferior a 600 millones de libras.

Esta, pues, es la cifra necesaria que debemos alcanzar cada año para satisfacer las necesidades de nuestra población y de nuestras industrias manufactureras. La cifra actual acusa fluctuaciones; pero a medida que fluctúan ampliamente la renta de nuestros capitales en el mismo sentido que el nivel de precios de la materias primas, se puede calcular con cierta seguridad que una suma de importancia equivalente de 350 a 400 millones de libras carecerá de contrapartida en los rubros visibles del comercio de exportación.

Ya en 1931 hallamos mercado para 390 millones de libras de nuestros productos contra 730 millones de libras en 1929. Con la producción racionalizada en difícil que logremos hallar salida para 350 millones. Contando con la posibilidad de acuerdos diplomáticos de carácter comercial, reforzados por la organización corporativa en nuestro país, la tarea no será irrealizable.

El proceso en la agricultura

Por este sencillo análisis de las cifras disponibles se verá que nos queda aún mucho camino por recorrer en la disminución del comercio de exportación antes de que nuestro país corra el riesgo de no poder hace frente al pago de productos de primera necesidad y materias primas de carácter esencial. Así y todo, esas cifras no comprender la posibilidad activa de PRODUCIR UNA PROPORCIÓN MUCHO MAYOR DE NUESTROS PROPIOS COMESTIBLES EN ESTE PAÍS.

A tal objeto, el nuevo partido elaboró una política agrícola que contó con la aprobación considerable de las organizaciones afectadas. No propongo incorporar tal política a este libro, en parte porque requiere para sí todo un volumen, y en parte, también, porque me limito aquí a definir simplemente los vastos lineamientos en que se fundará el régimen. La política agrícola es esencialmente una labor de detalle de experta consideración. Es de la mayor importancia; creo firmemente que una agricultura floreciente constituye la base de toda prosperidad real. No es equivocado afirmar que no menos de 100 millones de libras de productos agrícolas que ahora se importan del extranjero pueden obtenerse en nuestro país; y es posible también que la cifra de 200 millones de libras no sea tampoco exagerada. Si pudiera llegarse a esta última cifra -deduciéndola del total de nuestras importaciones y agregándola a nuestra producción nacional- el problema del pago de las importaciones quedaría reducido a proporciones nimias.

Dejando de lado todas las cuestiones de detalle, que en realidad no surgen antes de atacar el actual problema administrativo, la labor más importante como "pionner" en esta materia, ha sido la llevada a la práctica por la cruzada de lord Beaverbrook, que no solamente ha despertado el país haciéndole ver sus posibilidades futuras, sino que al menos ha tenido también éxito en demostrar que una proporción muy grande de productos alimenticios actualmente exportados de extranjero pueden obtenerse en nuestro país reorganizando la agricultura.

Se anticipan estas cifras y este argumento, no era para indicar en modo alguno que estamos preparados para dejar escapar nuestro comercio de exportación; sino más bien para combatir las falacias malinten-

cionadas y alarmistas de la escuela internacional, que han concentrado por largo tiempo la atención de la nación exclusivamente sobre el comercio de exportación, en detrimento de todo esfuerzo serio para la reconstrucción nacional.

La organización corporativa como ayuda para el comercio de exportación

Hemos examinado ya el efecto general de la reconstrucción interna sobre el comercio de exportación; aumentando el mercado interno, y por consiguiente, la producción para abastecer ese mercado, debe ayudar antes que contraer al comercio de exportación en su lucha por mercados extranjeros. Examinaremos ahora algunas ventajas de un régimen corporativo en relación con el comercio de exportación.

La estructura total de la organización corporativa implica un mayor grado de unidad industrial y facilita, en consecuencia, la concentración de recursos y el robustecimiento de nuestras manos en la lucha por mercados extranjeros; acuerdos tales como organizaciones centralizadas de venta, que han sido ampliamente considerados y adoptados en parte, aún dentro de los límites de nuestro actual sistema incoado, constituyen medios naturales de ataque.

En la intensa lucha en procura de mercados, los industriales británicos se ven constantemente obligados a reducir sus gastos generales, a concentrar sus recursos y a combinar acuerdos de venta en mercados extranjeros. Esa tendencia sería consolidada naturalmente por el régimen corporativo. Además numerosas zonas de industrias productivas pueden comenzar a hablar de consumo, tornándose el transaccionismo nacional por ellas mismas mucho más practicable y efectivo. Resultará entonces posible para la nación el empleo, en beneficio del comercio británico de exportación, de la inmensa ventaja de nuestras compras en el extranjero de materias primas y artículos de primera necesidad.

EL COMPRADOR IMPORTANTE CUENTA CON UNA GRAN VENTAJA COMO VENDEDOR SI ESTÁ ORGANIZADO PARA UTILIZAR COMO TAL SU CAPACIDAD ADQUISITIVA. Como

nosotros tendemos cada vez más, bajo el régimen corporativo, a unificar y consolidar nuestras ventas, podemos utilizar la capacidad del comprador para fomentar los intereses del vendedor. Podemos optar por lema la frase : "INGLATERRA COMPRA A QUIENES LE COMPRAN". La trasposición de ese lema a la estructura practica del régimen corporativo nos conferiría un poder enorme para introducir nuestros productos manufacturados en los mercados que ahora nos están cerrados. Varios grandes países dependen en alto grado de nuestras compras de sus materias primas y artículos de primera necesidad. En la situación actual de superproducción, en relación con la demanda efectiva de los países principalmente productores, no pueden aquellos considerar la pérdida de esas compras sin entrever el fantasma de la ruina. Económicamente, esos países estarán a nuestra merced una vez aprendamos a utilizar nuestra enorme potencia como compradores. La intrincada maraña de obstáculos con que tropiezan los productos británicos al entrar en mercados extranjeros puede ser derribada por la poderosa artillería de la organización corporativa.

De la adopción del régimen corporativo surgirá esa unidad industrial y económica, tanto en nuestros acuerdos de compra como en los de venta en el extranjero, que por primera vez hará efectiva la potencia mercantil de la más grande nación compradora del mundo. En todas las esferas se siente cada vez con mayor necesidad la urgencia de reemplazar con la organización y la unidad del régimen corporativo el caos de un sistema no organizado como entidad económica dirigida.

CAPITULO VIII
FINANZAS, INDUSTRIA Y CIENCIAS

Los efectos desastrosos de un sistema financiero discorde con la política nacional e indiferente a un plan económico también nacional han sido examinados al finalizar nuestro análisis económico. El problema de nuestro sistema financiero continua siendo uno de los más difíciles y delicados que la nación tiene a resolver. Por una parte, ese sistema financiero, en cuanto a los servicios que presta al mundo, constituye una fuente de riquezas y de beneficios para la nación. A través de las generaciones se ha adquirido una habilidad tradicional y casi hereditaria en la "City" de Londres que permite desarrollar un negocio extraordinariamente complicado, que ningún otro país ha logrado dominar. Sólo un loco se atrevería a pretender imponer medidas irracionales y primitivas de interferencia, a un mecanismo tan delicado. Por otra parte, debe reconocerse que en estos últimos años, muchas actividades de la "City" de Londres han resultado desastrosas para los intereses de la nación.

En particular ha sacudido hasta sus cimientos a los intereses de los grandes productores sobre los que debe descansar en último término la resistencia y estabilidad de la nación, y cuya depresión actual arrastra también a la "City" en el déficit nacional. En todas las luchas entre el productor y el interés financiero, suscitadas en años pasados, el segundo ha triunfado siempre en detrimento del interés nacional. Tenemos, en resumen, dentro de la nación, una potencia, ampliamente controlada por elementos extraños que se irroga a sí misma un poder superior al

del Estado, y que ha utilizado esa influencia para arrastrar a Gobiernos débiles de todos los partidos políticos por la ruta que conduce al desastre nacional. Ningún Estado puede tolerar de sí mismo la superioridad irresponsable de semejante poder ni la política enemiga de los intereses productores que el mismo ha venido persiguiendo.

No sólo ese ha sido el caso, sino que debe asimismo administrarse que la dirección de las finanzas en la "City" acusa una notable desmejora. Nuestro sistema bancario se basa en grandes entidades prestamistas, en las que la mayor responsabilidad a que aspira el empleado consiste en permitir o rechazar pequeños giros en descubierto. Desde puestos tales como el de gerentes de sucursal, sin ninguna idea que no sea la del detalle y ningún alcance de visión más allá de la ventanilla de Caja, los empleados son elevados a cargos de responsabilidad desde los que manejan amplios aspectos de la política financiera nacional.

Impuesto sobre el personal superior de oficina, que es lo que más se asemeja a un organismo bancario responsable, todas las sociedades bancarias soportan un comité de directores elegidos casi totalmente por sus cualidades ornamentales.

Desgraciadamente, tal sistema contribuye bien poco a la estructuración de un organismo financiero constructivo. La publicación del informe McMillan descubrió el hecho de que nuestros bancos habían acordado a los mercados del dinero y de títulos, un volumen de crédito tan grande como la suma total adelantada a las industrias del algodón, la lana, la seda, el hilo, el yute, el hierro, el acero, los astilleros y la construcción. Venían soportando la especulación en los préstamos al extranjero a corto plazo, en lugar de ayudar a la labor constructiva que constituye la primera finalidad del sistema financiero.

Esta política, si es que tal nombre puede dársele, perjudicó en grado sumo a los grandes intereses productores del país. Sin embargo, es sobre la producción que, en último análisis, debe descansar nuestra estabilidad. Aún ahora que los banqueros pueden obtener préstamos al medio por ciento, y se dice del dinero que es "inútil", "abundante", "que sobra", "que es una droga en el mercado", los industriales se ven obligados a pagar el cinco por ciento sobre sus descubiertos. Ni aún ahora se comprende la necesidad de apoyar financieramente a la industria.

La finanzas escogieron el sendero de menor resistencia y más fácil premio prestando a elevado interés a la Europa Central. Tal operación prometía grandes beneficios a corto plazo y la "City" no se percataba de los efectos de su negligencia hacia la industria británica. Los banqueros no se dieron cuenta de que oponían a la industria la competencia de deudores extranjeros casi insolventes que prometían un interés antieconómico con tal de obtener ayuda.

Es probable que los banqueros reconozcan ahora el error fundamental de aquellos procedimientos. Actuaron como enemigos de la industria productora, y se vieron envueltos en el cataclismo. Tienen ahora motivos suficientes para darse cuenta de que, debidamente considerados, sus intereses son idénticos a los del Estado.

Es distinto cuando consideramos el Banco de Inglaterra y la potencia de la banca privada. Estamos aquí frente a una gran tradición de servicio público basada en una política eminentemente adaptada a la pobreza económica del siglo XIX. Durante ese período los empréstitos al exterior asumieron una importancia enorme, por la necesidad de consolidar nuestra posición y asegurar salida para nuestros productos. En la actualidad todas las materias primas son superabundantes; la necesidad no es ya tan vital. Pero el poder de las grandes entidades bancarias privadas continua siendo el mismo.

Todo el sistema bancario internacional se basa en el mantenimiento de monedas estables. Poco después de la guerra la supremacía de Londres fue amenazada por la elevación de Nueva York a la calidad de centro monetario. Los Estados Unidos tenían el patrón oro, y habían adquirido durante la guerra un enorme excedente potencial de pago. La labor de los banqueros americanos en Europa fue extraordinariamente capaz y constructiva. Un ejemplo notable de ello fue la participación de Dillon Read en la organización de la industria alemana del acero. En aquella época las casas londinenses creían que nuestra moneda dada su inestabilidad, obstaculizaba la reconquista de nuestro prestigio financiero. Es humano creer que los intereses propios son los de las naciones en general. Las entidades bancarias afectadas, están representadas con gran peso, entre los directores del Banco de Inglaterra. Resulta así obvio la procedencia de la presión ejercida en 1925. Antes y desde entonces, en los sagrados intereses de

una moneda supuestamente inexpugnable se ha sacrificado a la industria enriqueciendo al rentista.

Detrás de todas estas fuerzas se hallan los grandes intereses del mercado monetario, las entidades de aceptaciones y descuentos, cuyos intereses son amplia y abiertamente monetarios. En Lombard Street se compra y vende la moneda como cualquier mercancía. A menos que sobre él se ejerza presión, como en los primeros días de la conversión del empréstito de guerra, el mercado monetario no puede tener en cuenta otras consideraciones que no sean de carácter monetario. No tiene oídos para la voz de la industria, ni siquiera para cualquier forma de interés nacional. Su poder es casi totalmente internacional, y está en manos de elementos de los que los ingleses son los menos.

UN AXIOMA FUNDAMENTAL DEL FASCISMO DEBE CONSTITUIRLO EL HECHO DE QUE LA ALTA FINANZA, A IGUAL QUE CUALQUIER OTRO INTERÉS DENTRO DEL ESTADO, DEBE ESTAR SUBORDINADA A LA POLÍTICA DE ESTE ÚLTIMO, Y SERVIR AL BIENESTAR DE LA NACIÓN EN GENERAL.

Al adoptar esta posición, por primera vez en la política británica, luego de la débil rendición de todos los partidos al poder de las finanzas, el Gobierno Británico hubiera contado con el apoyo insuperable de la masa del pueblo, tanto del obrero como del industrial, cuyos esfuerzos productivos has sido frustrados por la política de la alta finanza. La actitud de la "City" misma determinará la necesidad, o lo que sea, de una intervención . En realidad, dentro de la misma "City" podría contarse con un apoyo considerable para esa posición por parte de los elementos genuinamente británicos y patrióticos que no se han dejado arrastrar por los impulsos de las finanzas extranjeras. Esperemos que sea posible, mediante la cooperación con esos elementos de la "City" , asegurar la cooperación de las finanzas británicas en una economía organizada de reconstrucción nacional. DE OTRO MODO, SERÁ MENESTER CORTAR EL NUDO GORDIANO.

Finanzas e industria

La mayor parte de nuestros recientes trastornos han sido provocados por el hecho de que nuestro sistema financiero se ha desarrollado en medio de una tradición más bien internacional que británica. Las actividades de las grandes entidades financieras se han circunscrito en gran parte a los negocios con el extranjero más bien que al apoyo financiero a la industria británica. Esta tradición tiene su origen natural en el hecho de que la industria británica financiaba originariamente por sí misma los nuevos adelantos, valiéndose de sus propios recursos y reservas y sin recurrir gran cosa a la "City".

Sin embargo, hace ya tiempo que ha pasado esa época, y muchas medidas urgentes de racionalización en gran escala buscan ayuda financiera, tan solo para constatar que las costumbres, la tradición y el interés de la "City", se inclinan hacia las finanzas internacionales. Los grandes bancos han mantenido también una tradición de refrenamiento riguroso de toda empresa industrial, y se limitan a anticipos con garantías colaterales, sin preocuparse del destino que el prestatario dará al crédito. Tales prácticas se hallan, naturalmente, en gran contradicción con las de la banca extranjera, especialmente, la alemana, que desde hace largo tiempo viene asociándose a la actividad industrial de la nación contando con una aptitud tradicional para esos negocios, fruto de una larga experiencia, están capacitados para asignar hábiles dirigentes a los directorios de nuevas empresas y son socios y participantes de los diversos experimentos de la industria alemana.

Esa práctica, naturalmente, tiene sus peligros. Muchos bancos alemanes, durante el período de depresión industrial, afectados por los problemas de las reparaciones, se han encontrado en dificultades. No es éste, empero, un argumento contrario a tal sistema; señala más bien la necesidad de la protección del mecanismo corporativo, tanto en los intereses bancarios como en la producción industrial.

Si bien no sería posible convertir el sistema británico en un organismo de banca industrial, es esencialmente necesario constituir una estructura bancaria para la reconstrucción de la industria británica. Hasta el presente, el gobierno se ha lavado las manos con relación a uno

de los mayores problemas de la hora presente, abdicando en favor del Banco de Inglaterra, que en punto a equipo, práctica y tradición, estaba manifiestamente incapacitado para llevar a cabo la labor, en tanto que en el terreno general de los principios administrativos el Banco Central no parece constituir el instrumento adecuado para los detalles de una reconstrucción industrial.

Después de una experiencia de tres años los resultados no acusan hasta ahora, una mejora notable en las condiciones de la industria británica. El poder de las finanzas en las industria ha sido empleado hasta el presente, no tanto para producir eficiencia y promover nuevas empresas, cuanto para sostener entidades que estaban positivamente arruinadas, mucho tiempo después de haber desparecido su base económica, en la esperanza de liquidar en último término créditos mal calculados, que estaban congelados.

Una necesidad ulterior de nuestro sistema, completamente descuidada hasta aquí, es la del crédito intermedio. Sobre este punto llamó la atención el Comité McMillan, destinándolo a cubrir las ventas a plazos y la compra de grandes unidades, como los barcos, contra pago diferido. Comprendería asimismo grandes obras, tales como la construcción de ferrocarriles, diques, puertos, etc., para los cuales el capital no tiene un rendimiento suficientemente rápido como para ser utilizado en inversiones comunes. Un sistema que abarcara este campo de acción, podría ampliarse hasta las pequeñas compañías, cuyas finanzas no son tan abundantes como para justificar el costo de una emisión pública de acciones.

Nuestro sistema actual descuida este aspecto de las finanzas; en él, como en muchos otros, el antiguo régimen ha fracasado. A este, anteponemos nosotros el plan sistemático de la organización corporativa. Para la reconstrucción de la industria, proponemos un Comité Nacional de Inversiones, a cuya integración serían invitadas las inteligencias constructivas de la banca y las finanzas británicas. Este Comité, controlaría y coordinaría asimismo con fines productivos todas las inversiones actualmente efectuadas por el Gobierno y las autoridades locales, tales como la labor del Comité de Empréstitos Públicos, las inversiones del Banco de Ahorro Postal y otros organismos.

En épocas de depresión y desocupación, se le encargaría del desenvolvimiento de obras públicas de importancia nacional sobre una base

económica. Tales obras han constituido el índice de un gobierno eficiente y viril en cada período de la historia.

Nada más humillante que observar los satisfactorios esfuerzos de un país relativamente pobre como es Italia, para proporcionar trabajo útil en lugar de subsidio a la desocupación, en tanto que el Gobierno de la poderosa Inglaterra permanece impotente ante el problema y continua pagando sin recibir nada a cambio. No repetiré el detalle de esas obras por haberme ocupado muy a menudo de ellas, especialmente en ocasión de mi renuncia del Gobierno Laborista. Nuestra política debió siempre haber sido proporcionar trabajo útil al desocupado, en lugar de pagarle un subsidio a la espera de su reabsorción por la industria reconstruida. Además, entre esa obras debe encontrarse el realojamiento de nuestra población humilde, cuyas condiciones de vida constituyen actualmente una desgracia para nuestra civilización, en momentos en que millares de obreros del ramo de la construcción carecen de empleo.

El Comité Nacional de Inversiones, trabajando en conjunto con la Corporación Nacional de Industria, lograría finalmente éxito de relacionar las actividades de las finanzas británicas a las necesidades de nuestra industria. Tendría por delante una inmensa labor a desarrollar, que iría desde la reconstrucción de servicios como los de transporte, carbón, electricidad, energía en todas sus formas, a la reconstrucción de la industria de la competencia sobre lineamientos modernos. Asimismo, en cooperación con el sistema cooperativo, que buscaría elevar los salarios y el "standard" de vida, tendría la responsabilidad de mantener un nivel adecuado entre el consumo y el ahorro que constituye una de las cuestiones más importantes de la política nacional. En la actualidad estas cosas quedan libradas al azar; en esta importante esfera no existe ningún sistema regulador, con resultados extraordinariamente malos. Es irrazonable crear mediante el ahorro capitales frescos para la construcción de fábricas que produzcan para un mercado ya abastecido con exceso; por otra parte es peligroso y antieconómico elevar a expensas del ahorro la capacidad de consumo, hasta un punto en que resulte imposible hallar capital para la reconstrucción industrial.

La solución de este problema consiste en un ajuste continuo del saldo entre el gasto y el ahorro, lo que solamente puede ser hecho mediante la cooperación entre el régimen corporativo, que busca inter-

alia aumentar la capacidad de consumo, y el sistema financiero ocupado en hallar capitales frescos para la industria provenientes del ahorro nacional. Cualquier plan semejante de cooperación industrial tropezaría probablemente con la irreductible oposición de algunos intereses en la "City" cuyos compromisos extranjeros están en conflicto con los intereses británicos. Si esa oposición llegase al terreno de las efectividades, se haría necesaria la intervención activa del gobierno para lograr la supresión. No buscamos la intervención por el mero hecho de intervenir, como es el caso del socialismo oficioso. Pero el fascismo no vacilará en actuar cuando los interese del Estado resulten amenazados , y su acción será decisiva.

En esta esfera, a igual que en las demás, el factor decisivo lo constituirá la existencia de un movimiento moderno que atraiga y reúna en la idea corporativa a todos los elementos de la vida nacional, sea cual fuere su clase o su interés. No habrá sitio en Inglaterra para quienes no acepten el principio de:"Todos para el Estado y el Estado para todos".

Ciencia, inventos e investigación

En conjunción con nuestras instituciones financieras e industriales contaremos con un amplio sistema de estudios científicos e industriales. El desarrollo de nuevas industria debe basarse en la ciencia y en las invenciones; su desenvolvimiento es esencial si queremos efectuar fácilmente la gran transición, -hecha necesaria por nuestras exportaciones declinantes- de la producción para exportar a la destinada al mercado interno.

Existe en la actualidad un Departamento de Estudios Científicos, pero su alcance es limitado y sus fondos exiguos. Al igual que los estudios médicos, que podrían en cualquier momento, contando con un apoyo adecuado, librar a la humanidad de muchos flagelos, así los estudios científicos, eficazmente apoyados, podrían dar nueva vida a grandes industriales, tales como las minas de este país, mediante el desarrollo de procesos semejantes al de la obtención del "fuel-oil" del carbón.

La curiosa confusión de que son victimas los políticos de la "vieja troupe" no considera dignas de una adecuada ayuda a las grandes posibi-

lidades de la ciencia. No solamente carecen de apoyo los estudios científicos en este país: el inventor individual es a menudo impulsado hacia el extranjero por la ausencia total de ayuda financiera para llevar un invento probado, de la etapa experimental a su lanzamiento al mercado.

Ningún país produce una mayor riqueza de talento inventivo, pero tampoco hay nación que deje perder tan miserablemente ese talento; y, sin embargo, ningún Estado depende tan peculiarmente, en nuestra situación actual, del desarrollo de esa aptitud para el adelanto de nuevas industrias.

Por consiguiente, deben crearse organismos gubernamentales mucho más poderosos, no sólo para fomentar los estudios científicos y la invenciones sino para desarrollar los nuevos inventos desde su etapa experimental hasta el punto en que pueda acudirse en busca del apoyo del público. Millones de dineros públicos han sido malgastados en estos últimos años por dudosas compañías que ponían en circulación oscuros inventos en la Bolsa de Valores, esquilmando a un público ignorante no protegido por el examen y la garantía del Gobierno. El público debe ser protegido, y los recursos así malgastados deben ser movilizados para la genuina labor de reconstrucción industrial.

Proponemos, por lo tanto, que el mecanismo del Comité Nacional de Inversiones se eslabone con el de estudios científicos. De este modo, por primera vez, la ciencia estará debidamente protegida, no sólo por una discriminación oficial entre lo genuino y lo espúreo, sino también por un organismo financiero destinado a prestar ayuda a los descubrimientos genuinos y convertirlos en realidades industriales. EN EL NUEVO MUNDO CIENTÍFICO DEBEMOS NORMALIZAR LA BALANZA DEL VIEJO MUNDO INDUSTRIAL. Debemos fundar un Estado corporativo sobre la riqueza de una habilidad técnica y científica que ninguna otra nación posee en igual medida. Mediante esa estructura, ligaríamos la corporación nacional, que no sólo es una síntesis de toda la experiencia industrial, sino también un Consejo organizador, bajo la dirección del Gobierno, del desarrollo económico general de la nación, con el mecanismo movilizador de nuestros recursos científicos, ayudados por medidas de asistencia financiera práctica.

CAPITULO IX
LAS FINANZAS DE LA NACIÓN

La cuestión de la política monetaria ha sido ya ampliamente discutida, ocupando actualmente la atención de estadistas que la descuidaron largo tiempo. Creemos que sólo un nivel estable de precios puede señalar las condiciones posibles de reconstrucción industrial; y ese nivel estable de precios a su vez, sólo puede ser logrado por un régimen monetario racional.

Por otra parte, entendemos que la estabilidad monetaria es el comienzo, y no en modo alguno el final del problema; y que no es escaso el peligro de la carrera universal hacia el charlatanismo crediticio de parte de los viejos políticos que, hace pocos meses, se negaban a admitir la existencia del problema del crédito. Las cuestiones monetarias debieran ser consideradas en su adecuada perspectiva con relación al conjunto. El dinero es tan esencial para la vida industrial como el carburador para el motor, pero no constituye la totalidad de la máquina. El ajuste del carburador no solucionará nuestros problemas si los cilindros continúan rajados.

Nuestra política monetaria puede ser definida en breves palabras. En tanto continúe la tendencia deflacionista en los países del patrón oro, creemos en una moneda dirigida para este país. Si hemos de elegir, preferimos un tipo fluctuante de cambio a un nivel interno de precios variable. Debemos por consiguiente tender, en la actuales circunstancias, a un nivel estable de precios; pero buscar en cuanto sea posible, de

aumentar el número actual de naciones que han ajustado su moneda a la libra esterlina. No debemos en modo alguno volver al patrón oro antes de que la racionalización de las entregas mundiales de oro haya estabilizado el nivel de precios de acuerdo con ese patrón. En ningún caso debemos tratar de volver a nuestra paridad anterior ya que cualquier tentativa en ese sentido implicaría una repetición de la desastrosa política deflacionista.

No debe olvidarse que contamos con medios para poner nuestros fines en política monetaria. Alrededor de un setenta por ciento del nuevo suministro anual de oro en el mundo es producido en el Imperio Británico, y si las reservas aúreas de los países que integran el Imperio fueran acumuladas, llegarían a unos 250 millones de libras. Si los países del Imperio aceptaran acumular sus reservas de oro y establecer un monopolio estatutario en un Banco Central para adquirir nuestra producción anual de oro, dominaríamos el mercado mundial del oro. Tendríamos siempre el poder, ya fuera de imponer la racionalización del sistema de oro o, en último término, alejar a todos los países del patrón oro. Es ya hora de que el poder latente de nuestra gran pujanza sea utilizado para contener algunas de las locuras que vienen destruyendo actualmente el régimen industrial y financiero del mundo.

Tributación y economía

Creemos, en general, que la balanza comercial es mucho más importante que la nivelación temporal de un Presupuesto. NADA MÁS FUTIL QUE LA NIVELACIÓN DE UN PRESUPUESTO MEDIANTE IMPUESTOS Y ECONOMÍAS, SIN LAS MEDIDAS CORRESPONDIENTES PARA EQUILIBRAR EL COMERCIO. Es un dicho ya gastado el que afirma que los ingresos dependen de la industria, y que la declinación de esta última significa una disminución de aquellos y, sin embargo, se ha pasado por alto con frecuencia este hecho. Nada más ilógico que acumular impuestos y acosar y amedrentar al desocupado mediante pequeñas economías, en tanto se permite que la situación industrial, responsable de las dificultades financieras, se arrastre hacia una rutina aun más completa. Por esta razón nos hemos opuesto siem-

pre a la política de "quitas". Políticos incompetentes de todos los partidos han tratado, por esas medidas, de hacer que el pobre pague por el fracaso de los Gobiernos en elaborar una política constructiva. Es obligación del Parlamento hacerles pensar de nuevo y pensar seriamente.

La reconstrucción industrial

La primera necesidad del momento presente la constituye una política de reconstrucción industrial que aumente los ingresos por medio de la reanimación del comercio, haciendo con ello posible un reducción de las tributaciones y una mejora en los "standards" de la clase trabajadora.

Lord Rothermere expone la dura verdad frente al fracaso de todos los Gobiernos en elaborar una política de reconstrucción industrial, al decir que "este país no puede soportar una carga impositiva- local o nacional- superior a un 50 por ciento de la que en la actualidad pesa sobre sus espaldas".

Una nación en las garras de nuestra actual depresión comercial, no puede soportar indefinidamente tributaciones semejantes a las nuestras sin aplicar la ley de la disminución de los ingresos, que conducirá inevitablemente a la ruina financiera. Tenemos, en resumen, que escoger el esfuerzo de la reconstrucción industrial y la aceptación pasiva de una amplia reducción en los "standards" de vida.

Creemos que las disposiciones industriales anteriormente mencionadas conducirían con relativa prontitud al aumento de los ingresos y pondrían fin a las dificultades financieras. Sí, con anterioridad a los efectos de la reconstrucción, experimentados en forma de mayores ingresos, fuera necesario hacer frente a la situación con medidas de economía y tributación, impondríamos determinados principios claramente definidos para lograr tal fin. Cuando se requiriesen nuevos impuestos, nos inclinaríamos hacia los más beneficiados por la política reciente -es decir, la clase de los grandes rentistas, los tenedores de valores de interés fijo; cuya capacidad adquisitiva se ha duplicado en la pasada década. No escapa a las posibilidades administrativas el establecimiento de un impuesto especial para aquellos que disfrutan de beneficios no ganados, provenientes de valores a interés fijo; bajo

el punto de vista de la equidad, sería de desear que soportasen toda carga adicional que se impusiera.

Nos inclinaríamos también hacia las herencias para esos mismos fines. Si bien consideramos como parte de los impulsos legítimos de la empresa privada, el deseo de un hombre de traspasar a sus hijos la riqueza que por sí mismo ha creado, no nos parece que tales riquezas se transmitan de generación en generación por personas que en nada han contribuido a su acumulación. Semejante sistema no constituye un estímulo, sino más bien una carga para las empresas privadas. En realidad, provoca la holganza y el desarrollo de una clase parasitaria.

Favorecemos, por consiguiente, una política basada en los lineamientos del sistema de Rignano, de derechos perecederos que imponen una carga relativamente ligera a la transmisión de las riquezas a la primera generación, pero impuesto progresivamente creciente sobre las transmisiones sucesivas hasta absorber toda riqueza. Por consiguiente, si se desea conservar una fortuna familiar, cada generación sucesiva debe contribuir mediante esfuerzos activos a su mantenimiento.

Nuestro principal objeto es librar a la industria productiva de su carga financiera. Los diversos Gobiernos que hemos tenido han prestado cierta atención a este principio en la Ley de Tasas, el primer adelanto sensible tendió hacia su versión a la política práctica. Pero, si el principio es reconocido claramente, los efectos son mucho más profundos. Hasta ahora el tenedor de acciones ordinarias, que es el que realmente corre los riesgos en las empresas industriales, ha sido tratado como el beneficiario de una "ganancia inmerecida" y sometido a impuestos sobre la misma base que el que invirtió su dinero en "debentures", bonos y otras formas de préstamo de dinero. Los industriales privados se han hallado también en la misma situación, a pesar de correr riesgos, han sido penalizados si aumentaban sus beneficios, nada se ha hecho para animar al asalariado a correr los riesgos del negocio por cuenta propia. El procedimiento así es ilógico y parece calculado para desalentar el espíritu de empresa del que depende nuestro futuro industrial. Al establecer un régimen impositivo a los beneficios ganados, debemos distinguir entre el emprendedor y el cauto; y tratándose de beneficios no ganados, entre el productor y el usurero.

LA ÚNICA MANERA DE PROVOCAR LA ECONOMÍA ESTÁ

EN LA CONSTITUCIÓN DE UN GOBIERNO FUERTE. LA VERDADERA ECONOMÍA IMPLICA EFICIENCIA. Las denominadas economías de la actualidad son generalmente fruto de la ineficiencia. El poder necesario para cortar de raíz y resistir el clamor de los intereses creados sólo puede tenerlo un Gobierno de una constitución más fuerte que los que hoy en día denominados democráticos.

En el verdadero problema administrativo en que reside la economía, sólo pueden funcionar con éxito las fuerzas de gobierno que han sido descritas.

Aumento de los ingresos

Hemos indicado los principios generales mediante los cuales creemos que puede lograrse la economía y debe aumentarse la tributación, cuando tales medidas resultan necesarias: pero NO NECESITAMOS INSISTIR EN EL HECHO DE QUE NO CONSTITUIMOS UN MOVIMIENTO IMPOSITIVO, SINO DE RECONSTRUCCIÓN. Llegamos a estas conclusiones, no por ser demagogos, ya que abogamos por muchas cosas que son nuevas y por consiguiente impopulares; sino porque nuestro análisis económico nos lleva al convencimiento de que la verdadera solución está en reconstruir la industria y no en disminuir por tributación la capacidad adquisitiva. Entendemos que un aumento de los ingresos, derivado de una industria reanimada constituye la verdadera vía de solución. No lograremos la victoria manteniendo al paciente en cama sometido a un régimen debilitador, sino llevándolo al terreno del esfuerzo y de la diligencia para el fortalecimiento de sus músculos y su constitución. El primero es el remedio de los eternos ineptos que tenemos en el Gobierno; el segundo es el remedio viril de la naturaleza humana.

CAPITULO X
EL IMPERIO

Al buscar el desenvolvimiento de nuestro comercio exterior mediante acuerdos de ventajas recíprocas con otras potencias, debemos, como es natural, tener en cuenta al Imperio Británico.

Aquí el terreno está ya preparado, no sólo por el parentesco, sino por las conferencias económicas y las relaciones mantenidas durante un largo período de tiempo, que la timidez de los estadistas no ha logrado traducir en una política imperial efectiva y comprensiva. Además, las condiciones económicas nacionales, ayudan a la relaciones comerciales entre la madre patria y el Imperio. Gran Bretaña es ante todo un país productor de artículos manufacturados, y los demás países del Imperio son aún productores, en gran parte, de artículos de primera necesidad y de materias primas. Existe una balanza de intercambio que puede y debe ser explotada.

No sugerimos que regiones como los Dominios se dispongan a cerrar sus industrias en beneficio nuestro, sino que teniendo en cuenta el desarrollo futuro, una organización inter-imperial puede disponer, por una variedad de métodos, la producción en las diversas partes del Imperio, más de acuerdo con las disposiciones naturales de cada una. En suma, mediante un acuerdo general en materia de política económica entre los Gobiernos afectados, el futuro del Imperio puede desarrollarse en base a un plan predeterminado.

A tal objeto asignamos gran importancia a las sugestiones que han

emanado de las conferencias de las "Trade Unions" y de otras entidades para la constitución de una Secretaría Imperial permanente. No debiera escatimarse ningún esfuerzo para reunir efectivamente en una gran entidad económica la zona más grande y de mayor contenido propio del mundo, unida ya como lo está por una lealtad común a la Corona.

Si esto se logra, nos encontraremos en el camino hacia un sistema aislado que sería el caos de las actuales condiciones mundiales. Pese a lo que ocurriera en el resto del mundo, esta enorme estructura de intereses económicos y políticos, podría capear el temporal. No se sugiere, naturalmente, que el Imperio pueda en la actualidad convertirse en una unidad económica completamente independiente del resto del mundo; pero ya llevamos mucho camino andado en esa dirección, y podemos llegar al final más rápidamente de lo que mucha gente imagina.

Un nuevo examen de cifras demostrará hasta qué punto nuestro comercio de exportación está a salvo si logramos mantener y estabilizar nuestro comercio imperial. Alrededor de un 40 por ciento de nuestras exportaciones actuales van a los mercados imperiales. Estos mercados han sido, y pueden volver a ser, los de más rápida expansión en el mundo. En recursos naturales y posibilidades llegan hasta superar el enorme poder de los Estados Unidos. Sería una locura no aprovechar todas las oportunidades posibles para cooperar a sus desenvolvimiento. En este caso, naturalmente, se trata de una zona que no se halla totalmente bajo control del Gobierno británico, en la que deben considerarse con el mayor cuidado las susceptibilidades y prejuicios de los diferentes Gobierno.

Al estructurar el organismo de la unidad imperial, debemos estar preparados para emplear una infinita variedad y flexibilidad de normas de acercamiento. Antes de llegar realmente a encarar el problema administrativo sólo podemos declarar nuestro propósito de constituir una unidad económica dentro del Imperio y nuestra irreductible oposición a esa curiosa escuela que prefiere la alianza económica con cualquier país extranjero antes que con un miembro de nuestro propio Imperio.

En general, nuestro método consistiría en transferir nuestras compras de artículos de primera necesidad y de materias primas, de países que en la actualidad nos otorgan escaso o ningún mercado en cambio, a las regiones del Imperio que nos brindan en trueque un vasto merca-

do. Por otra parte, naturalmente no cometeríamos el craso error de romper las relaciones comerciales con países como la Argentina que, a cambio de nuestras compras, nos brindan un mercado considerable y efectúa pagos en concepto de intereses sobre nuestros préstamos e inversiones por un total de 30 millones de libras por año, exportándonos los artículos de primera necesidad de que hacemos menester.

Un examen de las compras y de las ventas a todos los países del mundo, demostraría, empero, que existe un margen sumamente considerable de compra en países que no toman en cambio una cantidad correspondiente de productos británicos manufacturados . En tales casos, las compras podrían ser transferidas a países del Imperio con ventajas desde el primer momento.

En el desarrollo de la unidad económica imperial, sería de inmenso valor la existencia de un Estado Corporativo en Gran Bretaña. La unidad y la solidaridad de la organización industrial dentro del régimen corporativo, la tendencia natural a acumular y a centralizar los acuerdos tanto de compra como de venta, la capacidad de las grandes regiones de organización industrial para actuar de consuno, facilitarían la representación de la industria británica por el Gobierno al tratar con los Dominios. Asimismo, si el régimen corporativo tuviera éxito en Gran Bretaña, sería indudablemente adoptado en los Dominios, como lo han sido otras instituciones satisfactorias nuestras; y en un Imperio de organismos corporativos de trato mutuo directo, sería imposible prever la extensión o la rapidez del desenvolvimientio futuro.

La India

La cuestión de la India es otro asunto que requiere de por sí todo un volumen. Me abstendré de tratarlo por cuanto experimento cierto orgullo al manifestar que he sido el único parlamentario británico que ha visitado la India sin escribir un libro sobre ella.

Sin embargo, pueden indicarse brevemente algunos principios capitales relacionados con la cuestión de la India. Debe mantenerse la ley y el orden, y la India debe permanecer dentro del Imperio. Aparte de otras consideraciones, constituiría un crimen internacional por parte de Gran

Bretaña permitir que un cuasi-continente, de cuya dirección ha sido responsable durante más de un siglo, caiga en el caos que resultaría del retiro de nuestra autoridad.

Buscamos, naturalmente, la paz, la conciliación y el desarrollo de un Gobierno propio del pueblo hindú sujeto a esas condiciones, pero debe evitarse implacablemente el desorden, la anarquía y la violencia organizada. Permítase por todos los medios posibles a la India "desarrollar toda su vitalidad" dentro del Imperio en una premura legítima hacia la expresión y el gobierno propios; pero crezca en medio de la razón y del orden y no a impulsos de la anarquía.

Además, no abdicaríamos en modo alguno el benéfico poder del Gobierno inglés en favor de una reducida clase de hindúes cuyo trato de las masas, social y económicamente, en la vida privada y en la industrial, no tiene punto de comparación con el trato británico.

La verdadera dificultad existente en la India, los mismo que en Inglaterra, es más bien económica que política. El no haber luchado contra el problema económico en estos últimos años tiene en gran parte la culpa de nuestra dificultades económicas. En esta esfera, no podemos lograr la estabilidad política sin llegar primero al progreso económico. Se ha creado un círculo vicioso. El Gobierno británico ha sido últimamente demasiado débil, vista la agitación política y los problemas raciales y religiosos, para cimentar una sólida política económica. La falta de esa política económica ha aumentado, a su vez, las dificultades políticas. Hemos sido demasiado tímidos frente a la agitación hindú y a los políticos de nuestra casa para llegar a ninguna política económica avanzada que, en las actuales condiciones de la India, debe herir inevitablemente las susceptibilidades de muchos. Se necesitan canales de regadío para dar fertilidad a las planicies hindúes, pero como para ello tendría que atravesarse una serie de propiedades hereditarias, se producirían perjuicios y agitaciones que el actual gobierno británico no osa afrontar.

El comercio cooperativista, la banca agrícola en sustitución del prestamista que asfixia al labriego hindú, el fomento de la irrigación y una cantidad de modernas actividades económicas, aguardan la acción de un Gobierno fuerte. Pero el tiempo del Gobierno está demasiado ocupado en la negociación de una constitución con los letrados hindúes. Es ya hora de que el técnico economista substituya al abogado.

Las Colonias

Las Colonias estarían, naturalmente, comprendidas dentro del plan de desenvolvimiento imperial como unidad. Ello no significa que la poblaciones nativas de esas colonias hayan de ser explotadas para servir a nuestros fines. Por el contrario, la regulación y organización de un Imperio Corporativo impediría la explotación de esas poblaciones cuyo proceso se observa en la actualidad. Si no desarrollamos las regiones más remotas del Imperio mediante un plan deliberado y sistemático, lo serán en medio del caos de las empresas privadas, faltas de todo control. A menudo contarán para su desenvolvimiento y explotación con capitales que no serán británicos, con todas las peligrosas posibilidades de explotar la mano de obra retrógrada que han traído consigo los métodos de producción en masa. El caos de la explotación no regulada de la mano de obra barata puede invadir el Imperio, así como muchas otras regiones del mundo si el desenvolvimiento no está sujeto a un plan sistemático.

En interés de la población nativa, así como en el del "standard" de vida blanco, es esencial que se desarrolle la vitalidad de las Colonias mediante un plan Imperial. A este respecto se hace mucho alarde de vano sentimentalismo por quienes teóricamente entregarían el mundo a las razas retrógradas en materia de Gobierno político propio, pero que en la práctica las dejan como una presa económica para el capitalismo depredatorio y extranjero. Seguiremos, por cierto, la senda firme de la política colonial británica, que busca por todos los medios a su alcance proporcionar a las poblaciones nativas un "standard" de vida más elevado: pero no corremos tras la ilusión de que debieran conservarse esas grandes y productivas regiones del mundo, como un coto cerrado a las razas incapaces o no dispuestas a desarrollarlas.Si se hubiera aceptado y aplicado esta teoría en el pasado, el gran continente americano sería en la actualidad un campo de caza poblado por tribus nómadas de Pieles Rojas y sus grandes recursos naturales no habrían sido descubiertos por la ciencia en beneficio del mundo. La era del sentimentalismo ha llegado demasiado lejos, y está produciendo sus propios absurdos lógicos. La tierra puede y será desarrollada por las razas mejor dotadas para ello, y no tenemos reparo en afirmar que nuestra raza es la primera entre todas.

El Imperio y la paz mundial

En la precedente sección de este capítulo hemos contemplado el desarrollo del imperio hasta llegar a convertirse en una entidad económica de contenido propio dentro de lo posible. No faltarán quienes vean en tal idea una amenaza para la paz mundial. Creen que un imperio perfectamente organizado debe hacer política agresiva e imperialista en el sentido "antiguo", por así decirlo, de la palabra.

En realidad, buscamos llegar mediante la organización económica del imperio a resultados completamente opuestos. Es verdad que una organización tan completa colocaría en manos de este imperio y en las de los que rigen sus destinos, un poder enorme. Es igualmente cierto que todo desarrollo de la ciencia o de la organización proporciona mayor poder al hombre, poder que este puede utilizar con fines buenos o malos. Dése a un hombre una aplanadora dotándole de fuerza extraordinaria. Podrá utilizar esa fuerza para construir un camino o para derribar una casa. La posibilidad de la existencia de un individuo tan loco como para utilizar esa energía para el segundo de los fines expuestos no constituye un argumento concluyente contra el uso de las aplanadoras.

Es exacto que si aquellos que controlan un Imperio Británico económicamente organizado, y las naciones que les apoyan, fuesen tan locos o tan perversos como para utilizar ese poder con fines destructivos más bien que constructivos, las consecuencias que ello tendría para el mundo y para nosotros mismos, serían desastrosas. Sin embargo, la posibilidad de que todo el pueblo británico enloquezca no constituye en realidad un motivo para continuar trabajando en medio del caos que presentan la organización y la economía actuales. Un Imperio Británico poderosamente organizado como una entidad económica, constituiría un factor tendiente a la paz y a la estabilidad mundiales, antes que a lo contrario.

Por otra parte es justo suponer que el mismo espíritu de razón, ciencia y serio esfuerzo constructivo, necesario para la construcción de tales

organizaciones económicas, sería utilizado en las relaciones exteriores una vez completada la estructuración interna. En tal caso, la existencia de esas grandes organizaciones corporativas en todo el mundo permitiría, por primera vez, que los problemas económicos de la humanidad quedasen sujetos a una racionalización mundial.

Sería posible poner término a la lucha anárquica que en procura de mercados viene entablando un capitalismo desorganizado, provocando con ella, como lo ha hecho a menudo en el pasado, la complicación de los gobiernos en las rivalidades comerciales de sus ciudadanos. En lugar de ese caos explosivo tendría lugar una discusión racional de los problemas económicos mundiales.

El realismo de acero del gobierno fascista en varios grandes países que se han debatido entre el colapso de sus regímenes políticos para llegar a la estructuración de organizaciones corporativas, no podría arrastrar al mundo a un guerra mundial y al suicidio. Antes bien, frente a organizaciones similares en carácter político y en gobierno, discutirían en forma práctica y comercial la solución de los problemas que aún provocan roces internacionales.

"¿Vaya un extraño proceso económico!" podría objetar alguien. "En realidad el método fascista de organización del comercio internacional, tiende a eliminarlo". A esto diremos una vez más que quien así hable, lo hace imbuido por la escuela económica de la pobreza; que en la actualidad el problema no estriba en aumentar a duras penas los exiguos recursos de la humanidad mediante un libre flujo de la escasa corriente internacional; el problema actual consiste más bien en aplicar dentro de cada nación los amplios recursos de la moderna producción industrial. De esa manera nos aproximaremos dentro de lo posible en cuanto a organización, a las naciones de contenido propio y nos apartaremos de la loca manía de lanzar los excedentes de producción a los mercados mundiales, dándoles en cambio salida, en el propio mercado interno.

Si nuestro antagonista persistiese en aferrarse a la economía de la pobreza del siglo pasado, que continúe durante el próximo decenio, como lo han hecho en el pasado, asistiendo constante y humildemente a las conferencias internacionales y suplicando a un mundo empobrecido la concesión de unas ventajas de escaso valor para una Inglaterra completamente arruinada.

Por nuestra parte preferimos el esfuerzo de la ayuda propia y de la reorganización nacional, que en época no lejana permitirá la reaparición de Inglaterra en los cónclaves de las naciones, no en actitud suplicante, sino como "*leader*" mundial.

CAPITULO XI
EL FASCISMO Y SUS VECINOS

Nuestra política exterior daría asimismo materia para un volumen a parte, pero trataremos de explicar brevemente sus principios capitales.

Las medidas de reconstrucción nacional anteriormente descritas implican automáticamente un cambio en nuestra política exterior. Deberíamos sentirnos menos inclinados a mezclarnos ansiosamente en los asuntos de los demás, ocupándonos de los recursos de nuestro propio país y del Imperio. No deberíamos dejar pasar ninguna oportunidad de mejorar los intereses del comercio británico, reorganizado a tal objeto el servicio diplomático y consular, dirigiendo sus actividades más concretamente a los problemas comerciales prácticos y menos a la enmarañada madeja de la política y las animosidades europeas. La mera circunstancia de nuestra concentración interna, contribuiría a aliviarnos de una parte de nuestra ansiedad y de nuestra participación en los trastornos y torbellinos del Continente.

Ello no implicaría en modo alguno nuestro retiro de la escena mundial ni nuestro alejamiento de la causa de la paz mundial. Utilizaríamos para ello, naturalmente, todos los organismos existentes, incluyendo el de la Sociedad de las Naciones. No creemos que estos organismos, tal como están constituídos en la actualidad, sean eficaces. Sin embargo, el método fascista no consiste en destruir, sino en utilizar y transformar los organismos existentes, adaptándolos a diferentes fines.

No debe olvidarse nunca, que la Sociedad de las Naciones es un

organismo mecánico y no una entidad humana y que, a igual que otros mecanismos, está sujeto a la voluntad de quienes lo mueven. Hasta ahora sus dirigentes lo han conducido en una dirección que consideramos fútil y a menudo peligrosa; pero como realistas que somos, no por ello hemos de buscar la destrucción de ese organismo, sino más bien, su utilización para distintos fines, mediante sistemas y dirección distintos. Por encima de todo en las deliberaciones de ese organismo y en otros asuntos de carácter internacional buscaríamos la paz y la conciliación con todas las naciones, pues no creemos que cada deuda onerosa de la humanidad deba ser liquidada mediante un cheque firmado por Inglaterra.

Los armamentos

En materia de armamentos nos dispondríamos a tomar la delantera de las propuestas de desarme siempre que ellas fueran universales y no se limitaran a este país. No consentiríamos en modo alguno una reducción unilateral que tornase indefensa a Inglaterra en medio de los amenazantes peligros de la hora presente.

Por otra parte, siguiendo los mejores consejos prácticos al respecto, revisaríamos radicalmente nuestro actual sistema de defensa. Extraña mentalidad la que discute meticulosamente una paridad exacta a cada categoría naval con una potencia amiga como América, distante más de tres mil millas, y acepta una inferioridad aeronáutica en proporción de dos y medio a uno con relación a otra potencia amistosa que dista sólo 20 millas. Nosotros someteríamos al análisis de un examen científico, más bien que al sentimentalismo, la cuestión de la defensa imperial, que consideramos guiada en la actualidad por los intereses creados y la tradición tanto como por los requerimientos preciosos de defensa en condiciones modernas.

La llegada del factor aeronáutico ha alternado fundamentalmente la posición de estas islas sin que las consecuencias de esa factor hayan sido aún percibidas por la vieja generación de políticos. Con el mismo espíritu de realidad examinaríamos la defensa de nuestras rutas comerciales. ¿Es, por ejemplo, un hecho, que el Mediterráneo y por consi-

guiente el Canal de Suez pueden sernos cerrados mediante una combinación de ataques aéreos y submarinos en los Estrechos? En tal caso quedaría cerrada nuestra ruta a la India. Si la ruta del Canal pudiera quedar así clausurada y conste que no hablo como experto, en lugar de crearnos complicaciones políticas en Egipto nos ocuparíamos en fortificar las islas existentes en la ruta del Cabo a la India.

No son estos problemas que puedan ser resueltos por el profano: pero son, sin embargo, cuestiones que sospechamos se zanjan en la actualidad por tradición más bien que por un estudio científico de las circunstancias actuales.

En un estudio como éste, comprensivo de muchos temas totalmente novedosos que requieren para su desarrollo mayor espacio, es imposible referirse a la política exterior en otros términos que los generales.

Tendríamos por norma la paz y la conciliación y estamos preparados para dar la pauta en estos asuntos. Aún en esta esfera, Gran Bretaña ha sido durante demasiado tiempo un vacilante subalterno de otras naciones.

Con abierta franqueza, diremos que nuestra mira principal la constituye una política de "Inglaterra ante todo", pero el mismo detalle de nuestra preocupación por la reconstrucción interna constituye cierta garantía de que al menos no incurriremos jamás en la locura de caer en un imperialismo agresivo. Jamás será necesario estimular el carácter firme de Inglaterra en la tarea de reconstruir nuestro propio país mediante llamados al sentimiento de ingerencia nacional en los asuntos extranjeros. Nos ocuparemos de lo que nos interese, pero contribuiremos a la organización de la paz del mundo como parte de ese interés.

CAPITULO XII
CONCLUSIÓN

Lo manifestado en estas páginas se refiere no sólo a un nuevo régimen político, sino a una nueva concepción de la vida. A nuestro modo de ver, esos fines sólo pueden ser logrados dando impulsos a un movimiento moderno que invada todas las esferas de la vida nacional. Para tener éxito tal movimiento debe representar la revuelta organizada de la juventud inglesa contra el estado actual de cosas. El enemigo es "la vieja troupe" de nuestro sistema político actual. Sea cual fuera la denominación de sus partidos, nuestros decrépitos parlamentarios han demostrado ser siempre los mismos; sea cual fuere la plataforma para cuya realización se les elige, una vez en sus escaños, su política es invariablemente la misma; de subordinación a los intereses partidarios y al letargo nacional.

Al finalizar la guerra, hallaron a Inglaterra elevada a un pináculo de potencia y grandeza por los esfuerzos de la joven generación. Su gobierno de catorce años ha derribado esa posición reduciendo este país, interna y exteriormente, a una situación peligrosa. Una vez más levantamos el estandarte de la juventud y combatimos esa traición. La primera tentativa fue la formación del Partido Nuevo en 1931 que logró una poderosa masa de afiliados en todo el país. Desde sus comienzos el Partido Nuevo tropezó con el ataque concentrado de la tergiversación y el ridículo organizado de los viejos parlamentarios y de la prensa de los grandes intereses creados. Como resultado de ello

su política y sus finalidades nunca fueron conocidas ni estudiadas por el político.

En las elecciones generales de octubre de 1931, el Partido fue temporalmente abrumado por el último gran "bluff" de las "viejas troupes" en la formación de un gobierno nacional. El electorado extendió un cheque en blanco a un gobierno de "carneros unidos" que combinó abiertamente, por primera vez, cada uno de los fracasos políticos de la postguerra. Cada uno de los políticos de la "vieja troupe" desertó de su variedad particular de barco semi hundido encaramándose al nuevo salvavidas. Sólo se excluyó un núcleo secundario de dirigentes laboristas -una colección de hombres cuyo calibre intelectual fue considerado por sus colegas desmerecedor de ser incluido en la nueva combinación.

El Gobierno Nacional no tenía programa cuando se inició, ni lo tiene en la actualidad. Sus dirigentes no previeron la crisis de 1931 hasta que la tuvieron encima y aún entonces se burlaron de ella, asegurando al pueblo que nuestras dificultades serían automáticamente resueltas por el mero hecho de una nueva combinación de las antiguas fuerzas. La crisis, al igual que el corazón del electorado, debía ablandarse ante las repentinas efusiones de algunos ancianos caballeros que habían empleado el medio siglo anterior en zaherirse mutuamente.

Desgraciadamente, los hecho son más duros que las emociones de la democracia y han demostrado muy pronto que se requería una acción algo más viva que la desplegada por la "vieja troupe".

En medio de semejante atmósfera todo llamado al buen sentido, a la razón, al esfuerzo y a la acción fue naturalmente vano. Se escarneció nuestro programa constructivo, dejándolo de lado para adoptarlo en parte posteriormente el Gobierno Nacional, pero en grado tan pequeño, tan tardíamente y en forma tan embrollada que resultó completamente ineficaz.

No formulamos, empero, ninguna queja por ello; tal experiencia es simplemente la clásica primera faz de un movimiento moderno. En realidad tuvimos un comienzo mucho mejor que cualquiera de los otros movimientos que se han suscitado y llegado al poder en otros países después de la guerra; los fascistas italianos fueron rotundamente derrotados en las elecciones de 1919, tres años antes de subir al poder. Su jefe obtuvo sólo cinco mil votos contra los cien mil de su contrario, perteneciente a la "vieja troupe". Resultado que llega apenas al veinte por ciento de los sufragios que yo mismo obtuve del pueblo de Stoke-Trent en las elecciones de 1931. Si consideramos el caso de los "nazis" alemanes, encontramos que fueron derrotados una y otra vez por combinaciones nacionales de su "viaja troupe" antes de acercarse al Gobierno. El primer resultado de la crisis en todas las naciones, ha sido siempre una combinación nacional de los "carnero unidos". Sólo después del fracaso de estos el moderno movimiento comienza a avanzar irresistiblemente. La finalidad de un movimiento semejante debe ser revolucionaria en los cambios fundamentales que trata de lograr. Sin embargo, todos estos cambios pueden ser alcanzados por medio de métodos legales y pacíficos que es como ardientemente lo deseamos. Que así sea depende, en gran parte, de la rapidez con que las nuevas ideas sean aceptadas en este país.

Pretender llegar más lejos y embrollarse aún más es correr el riesgo de un colapso. En tal situación, las nuevas ideas no se aceptarán pacíficamente, sino con violencia, como ha ocurrido en otras partes. En la crisis económica a que finalmente conduce la negligencia sólo prevalecen la argumentación, la razón, la persuasión y la fuerza organizada. En semejante situación, los eternos protagonistas de la historia de todas las crisis modernas deben luchar por el dominio del Estado. El fascismo o el comunismo han de surgir victoriosos; si fuera este último, fácil es adivinar cuáles serían las consecuencias.

Quien quiera que arguya que en semejante situación puedan utilizarse eficazmente los instrumentos normales de gobierno, tales como la policía y el ejército, no ha estudiado ni la historia europea de su propia época, ni las realidades de la hora presente. En la lucha altamente técnica por el Estado moderno en crisis, sólo las organizaciones técnicas del fascismo y del comunismo han prevalecido siempre o pueden prevalecer, según la naturaleza del caso. Los gobiernos y los partidos que han confiado en los instrumentos normales de gobierno (que no están constituidos para tales fines) han caído como fáciles e innobles víctimas de las fuerzas del anarquismo. Por lo tanto, si surgiera una situación semejante en Inglaterra, nos dispondremos a afrontar la anarquía del comunismo con la fuerza organizada del fascismo; sin embargo, no buscamos esa lucha y en bien de la nación deseamos evitarla.

Aún ahora, una nación unida podría impedirla; pero ¿puede alguien, después de la experiencia política de la post-guerra, esperar esa acción de los partidos políticos existentes, de los hombres que los dirigen o del mismo régimen político actual? La misma constitución, composición, tradición, psicología y visión de los viejos partidos políticos les inhibe para hacer frente a los problemas de la hora presente.

Con frecuencia se me ha apremiado con la afirmación de que podría hallar la aceptación de muchas de las ideas expuestas en este libro, por parte de alguno de los partidos existentes, y que es una locura intentar la enorme labor de crear nuevos organismos para obtener fines que pueden ser logrados con los ya existentes.

Semejante argumentación trasluce una incomprensión total del problema y de la historia de este período. Habría sido igualmente inútil decir a un fascista italiano que podía lograr el renacimiento de Italia por el Parlamento de Giolitti, o a un nazi alemán que debiera cesar su lucha y tratar de persuadir a los contrarios cuyo fracaso les hizo ver la necesidad de organizarse. En el mundo moderno nunca han surgido nuevas ideas como no sea de la realidad organizada y también nueva.

En Gran Bretaña, la salvación no ha salido, en escasos años, de los antiguos partidos, y tampoco saldrá. No están organizados para hacer frente a la crisis y su mentalidad y psicología carecen de capacidad para ello. No podemos pues unirnos a ellos por cuanto "sus rutas no son las nuestras y sus Dioses tampoco".

Es verdad que en el seno de los antiguos partidos y hasta dentro del antiguo parlamento hay mucos jóvenes cuyo verdadero lugar está a nuestro lado y que simpatizan con nuestras ideas. La verdadera división política de la última década, no ha sido una división de partidos, sino de generaciones. En estos últimos años hubiera podido constituirse en cualquier momento un gobienro de ideas ampliamente homogéneas, con hombres de más de cincuenta años de edad, y un gobierno correspondiente, con hombres de edad inferior a ese límite. Quedó librada a la generación más vieja, el demostrar la verdad de este punto de vista en la formación de un Gobierno Nacional.

En el caso de la generación más joven el mecanismo del gobierno partidario, dirigido por los viejos, ha tornado imposible ese desenvolvimiento. La potencia de esa organización partidaria ha arrasado todas las

tentativas para el logro de una concordancia natural en la política británica. Sin embargo, en todos los partidos políticos hay fascistas en potencia.

Antes de que podamos poner en movimiento ese apoyo que equivaldría al derrumbe del antiguo régimen político y la consolidación de una nueva unidad nacional, tenemos mucho que avanzar por la senda de la victoria. Hemos de descubrir, como ya lo hemos hecho, hombre nuevos y crear una fuerza nueva de nada que no sea la voluntad de las masas populares hacia el triunfo.

Es así que todos los movimientos fascistas han llegado al poder; no mediante combinaciones de hombres sacados del régimen político anterior, sino por el descubrimiento de hombres nuevos que de ninguna parte vienen, y por la creación de una nueva fuerza, libre de las trabas del pasado.

Por lo tanto, para el logro de nuestros fines no podemos basarnos en nombres y figuras conocidas. Pocos de ellos correrán los riesgos de una aventura tan grande cono es la creación de un movimiento moderno y no podemos esperar tampoco que lo corran. Si hemos de decir la verdad, tendremos que cargar nosotros mismos con riesgos que muchos hombres no querrán correr, y deberemos jugarnos enteros en una misión que en sus primeras etapas ha de ser solidaria.

En la lucha que se avecina, tendremos contra nosotros la fuerza de los hechos del mundo y mucho de su potencia material. Los grandes nombres de políticos, el poder de las organizaciones partidarias y de la prensa, nos opondrán una barrera conjunta de tergiversaciones o un "boycott" bien organizado como lo han hecho en el pasado cada vez que en este país ha despuntado un movimiento similar. Mas contamos nosotros por nuestra parte, con fuerzas que han llevado esos movimientos a la victoria en el mundo entero. TENEMOS AL UNÍSONO EN NUESTRA CAUSA LOS HECHOS ECONÓMICOS Y LAS TENDENCIAS ESPIRITUALES DE NUESTRA ÉPOCA. Estas son las fuerzas que en tantos países han dado por tierra recientemente con la pompa y el escaparate de los antiguos regímenes políticos, entronizando nuevos credos en el poder.

Se nos dice que Inglaterra es distinta (y no hay duda de que la invitamos a hacer las cosas en forma también distinta). Alemania difería de

Italia según aseguraban hace poco tiempo, y tenían razón en cuanto que el abismo existente entre la raza latina y la teutónica es mayor que el que separa a cualquiera de ellas de la inglesa. Sin embargo, en la hora de crisis, ese fenómeno de la época moderna que es el movimiento organizado fascista, salvó la distancia que separaba al latino del teutón reproduciéndose en forma casi idéntica.

En la actualidad el fascismo se ha tornado un movimiento de carácter mundial, invadiendo todos los países en su respectiva hora crítica, como única alternativa que oponer a un comunismo destructor. No debemos olvidar que en el prolongado curso de la historia, todos los grandes movimientos que se han producido en el continente han arribado finalmente a estas costas, aunque bajo forma y carácter muy distintos. Nosotros también tratamos de dar vida al moderno movimiento en Inglaterra en una forma muy distinta de las continentales, con características peculiarmente británicas y en forma que tenderá a evitar los excesos y los horrores de la lucha continental.

El que estos propósitos se realicen depende de que Inglaterra despierte tarde o temprano. ¿Podemos demostrar nuevamente el genio político que convirtió aquel gran movimiento que azotó al continente a fines del siglo XVIII, en la cordura y el equilibrio de fuerzas que más tarde trajo consigo la gran ley de Reforma en Inglaterra, y que ningún otro país pudo haber concebido o producido? El nuevo orden de cosas nacido en el contiente entre un río de sangre fue trasplantado a Inglaterra siguiendo un método y una nomas características de nuestra ordenada grandeza. ¿Por qué entonces, inquirimos, debe ser precedida por la violencia la llegada -inevitable- de las grandes fuerzas de la nueva era? ¿Tiene Inglaterra aún el criterio político y la determinación nacional necesarios para evitarlo? ¿Es que será vano todo llamado a la razón? ¿Deberemos inclinarnos sin remedio al arbitrio de la fuerza?

En lo que a nosotros respecta, aconsejamos a nuestros compatriotas se pongan en acción a tiempo y den lugar a los cambios necesarios por los métodos legales y constitucionales de que se dispone. Si por otra parte, resultara inútil en el futuro todo llamado a la razón, como ha ocurrido en un pasado no lejano, y se deja rodar a este Imperio hasta el colapso y la anarquía, nos organizaremos para situarnos entre el Estado y la ruina.

Se nos acusa de organizarnos para provocar violencias. Tal acusación es inexacta. Verdad es que nos hemos organizado para proteger en los posible contra la violencia a nuestro grupo, habiendo demostrado tal organización ser sumamente necesaria en la práctica. Hemos llegado ya en este país a una situación en que la libertad de palabra es cosa del pasado. Los dirigentes de los viejos partidos políticos llegan por puertas falsas, protegidos por la policía, a reuniones de concurrencia perfectamente controlada, que de otro modo serían interrumpidas por la violencia organizada de los extremistas socialistas y comunistas.

Nosotros hemos celebrado nuestras reuniones públicas al aire libre, ejercitando después de ellas el derecho que todo inglés tiene de caminar por las calles de nuestras grandes ciudades. Cuando se nos ha atacado hemos devuelto el golpe, y como resultado de ello se me ha sometido a la farsa de citárseme a un juzgado policial con motivo de un asalto llevado a cabo por los rojos que pretendieron interrumpir violentamente nuestras reuniones y que hubieron de huir con el rabo entre las piernas cuando se les rechazó con sus mismas armas. La gran mayoría de nuestras reuniones, aún en los primeros tiempos se desarrolló pacíficamente. En realidad, sólo un par de ellas sobre un total de varios centenares que dirigí en épocas de elecciones, terminaron en pelea. Y la visita de retorno, aún a Glasgow, resultó extraordinariamente pacífica. Cuando se nos amenaza con el terror rojo estamos debidamente organizados para repeler la fuerza con la fuerza, y haremos en todo momento lo posible para aplastarlos. El fanfarrón callejero ha existido durante demasiado tiempo. Nosotros continuaremos ejercitando el derecho de libertad de palabra y haremos lo imposible por defenderlo.

No quiere esto decir que busquemos la violencia. Por el contrario, buscamos el logro de nuestro fines con métodos que son a la vez legales y constitucionales y apelamos a nuestro país, aconsejándole obrar con tiempo para evitar la posibilidad de toda violencia. Si se quiere evitar la situación de violencia debe desalojarse del Gobierno a los políticos del antiguo régimen adoptándose medidas efectivas antes de que las cosas lleguen demasiado lejos. El enemigo de hoy en día es la "vieja troupe" integrada por los parlamentarios actuales. El enemigo de mañana, si persisten por mucho tiempo en su política, será el Partido Comunista. LAS "VIEJAS TROUPES" SON LOS ARQUITECTOS

DEL DESASTRE Y LOS COMUNISTAS TAN SOLO SUS EJECUTANTES. Únicamente cuando las "viejas troupes" nos hayan arrastrado a la catástrofe podrán operar realmente los comunistas; por tal razón y en primer lugar, el enemigo es la "vieja troupe" y el fin perseguido, su desalojo del poder. Pretender lograrlo por medios constitucionales provocará ulteriormente un reclamo de fueros parlamentarios. Haciendo una paradoja superficial, sería necesario para un movimiento moderno que no creyera en el Parlamento según está constituido actualmente, tratar de conquistar ese mismo Parlamento. Para nosotros el Parlamento no constituirá jamás un fin en sí mismo, sino un medio para llegar a un fin; nuestra finalidad no consiste en la retención de situaciones políticas, sino el logro de la reconstrucción nacional.

Sin embargo, no ha llegado aún el momento de las elecciones y del Parlamento. Ante todo es necesario dar vida a un movimiento que invada todas las fases de la vida nacional y lleve a todas partes la idea corporativa. En el primer caso, cometimos probablemente un error al presentarnos a elecciones parlamentarias antes de haber creado esa estructura. Es un error en el que hemos incurrido en común con todos los nuevos movimientos que han subido al poder en Europa con posterioridad a la guerra. En todos los casos debe atravesarse la fase del ridículo y la derrota que constituyen, en realidad, la prueba de la vitalidad de un movimiento.

Nadie puede asegurar si nuestra Unión Británica de Partidos Fascistas llegará al poder por el sistema parlamentario o en una situación completamente ajena al control del Parlamento. La solución de ese problema dependerá de dos factores incalculables: I) la rapidez con que degenere la situación; II) la rapidez con que el pueblo británico reconozca la necesidad de nuevas formas y nuevas organizaciones. Si la situación se desarrolla rápidamente y la mentalidad pública lo hace con lentitud, ocurrirá algo muy semejante a una catástrofe antes de que cualquier nuevo movimiento conquiste el poder parlamentario.

En tal caso deberán adoptarse otras medidas más rigurosas para salvar al Estado de una situación próxima a la anarquía. En ningún caso recurriremos a la violencia contra las fuerzas de la Corona, y sí sólo contra los elementos anarquistas si la maquinaria gubernativa resultase impotente. Aunque parezca extraño, semejante eventualidad constituye

probablemente, si se considera el carácter del pueblo británico, una amenaza mucho menor que la posibilidad de una declinación lenta y prolongada, tan imperceptible que no logre despertar la voluntad nacional. Durante la crisis, los ingleses son insuperables; cuando la necesidad de obrar no resulta clara, están en su peor momento. Es posible que no arribemos a ninguna crisis determinada con precisión: entonces surgirá un peligro aún mayor. La máquina industrial marcha en dos cilindros en lugar de seis. Un descalabro total constituiría un mayor incentivo para obrar que el movimiento de una máquina averiada, por molesto que resulte. En tanto exista un movimiento, de cualquier clase que sea, existirá siempre una débil esperanza en cosas mejores. El peligro supremo es que Inglaterra caiga, sumida en su modorra, a la situación de una España, viva en cierto modo, pero muerta a todo sentido de grandeza y a su misión en el mundo.

En una situación de tantas y tan diversas contingencias nadie puede dogmatizar respecto al futuro. No podemos decir con certeza cuando sobrevendrá la catástrofe, ni si ella asumirá la forma de una crisis aguda o de una declinación constante hacia el nivel de una potencia de segundo orden. Lo que sí podemos afirmar con certeza, es que Inglaterra no podrá llegar muy lejos sin provocar una catástrofe o perder su posición mundial. Contra cualquiera de esas contingencias, consideramos nuestro deber prevenir a la nación. Es nuestro deber organizarnos para afrontar ya sea la situación normal de una acción política o la anormal de una catástrofe. Por consiguiente, si bien los principios por los que luchamos pueden ser claramente descritos en un régimen político comprensivo, de economía y de vida, sería una locura describir por adelantado y con precisión la ruta por la que pensamos llegar a ello. Un gran hombre de acción observó cierta vez :"Nadie llega más lejos que el que conoce exactamente su punto de destino" y esta misma observación se aplica con cierta autoridad a los modernos movimientos de realidad en las variables situaciones de la hora presente.

***

Pedimos a quienes se nos unen que nos acompañen en una aventura grandiosa y arriesgada. Les pedimos que estén preparados para sacrificarlo todo, siempre que no sea en favor de fines mezquinos e indig-

nos. Les pedimos que dediquen sus vidas a la estructuración, en este país, de un movimiento completamente moderno que por su expresión británica, transcenderá, según ha ocurrido otras veces en nuestra historia, superando a nuestros precursores del continente en ideas y en desarrollo constructivo.

Les pedimos que vuelvan a escribir las páginas más grandes de la historia británica precisando, por el espíritu de su época, su elevada misión en estas islas. No formulamos promesas a nuestros amigos ni al país; no conquistaremos el futuro sin lucha y sin tribulaciones. Quienes nos acompañen deberán afrontar seguramente el abuso, la incomprensión, la animosidad amarga y posiblemente la ferocidad de la lucha y del peligro. A cambio de ello, sólo podemos ofrecerles la profunda convicción de que luchan para dar vida a un gran país.

FIN

He aquí la obra de un europeo excepcional.
De él dijo Lord Boothby
que hubiera sido
un gran primer ministro inglés.
Conservador en sus inicios,
laborista más tarde,
excelente orador, Sir Oswald Mosley
fundó en 1931 el New Party,
precedente de la British Union of Fascists,
una organización fascista que,
a decir del historiador Ernst Nolte,
era realista y nada mitológica
y el movimiento nacional que más énfasis
puso en lo moderno y lo racional.

